ARTURO DESPOUEY

QUIJOTE 44

Novela

Volumen II:

LARGA NOCHE DE LONDRES

LARGA NOCHE DE LONDRES

Para Luchi.

"Las ausencias,
los grandes huecos,
el enorme vacío dibujado
por los recuerdos insistentes,
todo está aquí
como cenizas de un gran fuego".

(Manuel Altolaguirre - "Roca maternal")

LARGA NOCHE DE LONDRES

Tomo I

La ciudad de uniforme

Sólo vela a mi lado en la alcoba encendida
la soledad, imagen exacta de mi vida;
espejo silencioso que ensancha los momentos
y por el cual navegan en paz los pensamientos
entre la luz inmóvil de la lámpara en vilo.
(Marqués de Villanova - "Un recinto me ciñe

I

"Fuera, a las cuatro apenas,
la noche cae disuelta
en una tinta china
sepia."
(Eugenio D'Ors - "Los cuatro mejores crepúsculos del año")

Al bajar por la planchada del "Talk of the Town" aquella tarde de noviembre de 1942 Guy Delatour vio con asombro que eran apenas las cuatro. Volvió a mirar su reloj. Las cuatro, sí. Las cuatro, y una sombra casi vespertina descendía ya sobre aquel Stonehenge de nuevo cuño que tenía frente a sí: piedra y hierro mordidos por el fuego enemigo que parecían tan sepulcrales en su intención, y tan neolíticos, como los hitos del llano de Salisbury. A las cuatro de la tarde la noche redoblada del apagón empezaba a dar un prestigio casi gótico a las rebanadas de pared y los esqueletos metálicos del puerto. ¡A las cuatro! No parecía posible. En un santiamén el "blackout" haría definitivas las cortinas de noche prematura que la niebla de Liverpool y el invierno nortéño venían corriendo secularmente sobre las calles saturadas de hollín.

Guy lanzó un suspiro. Dieciséis horas continuas de sombra. El corazón pareció encogérsele; su soledad, que se había anunciado como una promesa, empezaba a pesarle apenas ponía pie en la tierra castigada que lo había recibido cantando:

"Roll up the barrel,
We'll have a barrel of fun,
Roll up the barrel,
We'll have the Huns on the run..."

En los carnavales de Montevideo se entonaba con inocencia mulata aquel "Barrilito de cerveza", pero para él la canción del Londres en guerra no era más, no podía ser otra cosa, que el anuncio de la tensión sexual de su hermana, de un cenit de su esquizofrenia, y aquí, elevada a himno de bienvenida por las barranderas del puerto hacía apenas una hora, sonaba a equivocación, a incongruencia. Esta era la vida en versión original. ¿Podría moverse en ella engañando más o menos eficazmente a unos y otros sobre su ignorancia de ritos y tabús, de leyes y costumbres locales, pese a

las migajas de conocimiento recogidas apresuradamente y a últimomento en

sin cuidarse del calendario, y otra dejar que le penetrara los huesos y el alma, como un chorro permanente de éter, la humedad persuasiva y sobrecogedora de aquel aire. Era un desafío a las células, a la sangre, como el "blackout" era un desafío a la vida. Pero la gente seguía viviendo: con humedad, con frío, con "blackout"; viviendo, amando y riéndose. La conclusión era simple; tendría que convertirse en gente, o sea fundirse en aquella multitud.

En camino a la Inmigración y las aduanas, no era la suya la única mirada inquieta y socairera. Aquella neblina tabacal, granulosa, azulenca que se veía allí - una neblina de Van Gogh en Holanda - estaría como mandada hacer para los cisnes de Hyde Park; pero transportada a los muelles catarrales en que el barco había atracado por fin, era la gota de agua que colma la copa.

Los pasajeros que bajaban con él miraban la masa de construcciones que parecían decididas a ceder, a consentirse, acosadas por aquel triste sudor del cielo. En el ligero brillo de hostilidad de casi todos los ojos se levantaba una protesta: "Bueno, está bien; ya sabemos que este es un país en guerra. Pero no hay que exagerar; los ingleses son el único pueblo que no exagera". Y con el espectáculo de los muelles la Municipalidad liverpudliana les respondía, sacudiendo el índice: "Miren Vds. bien. Aquí nadie exagera, señores. La niebla podrá escapar todavía al control de la ciudad, pero la ciudad no ha escapado a las visitas de la Luftwaffe. Lo primero es devolverle esta tarjeta que nos dejan; ya pondremos después en orden todo el puerto".

Eran leves los suspiros en varios rincones; tan leves que bien cabía pensar que los pasajeros no se habían llamado a engaño. Los cuarenta días de encierro en el "Talk of the Town" empezaban a quedar bien atrás, y esto era lo que todos esperaban y daban por descontado: esta manera rabiosa de afeitar un puerto de la superficie donde se ha ido organizando en el curso de los siglos al compás de una marea de riquezas que vienen y van

Pero no lo esperaban así, tan total, tan irremisible, y les costó unos mi
nutos, en camino al hangar prefrabricado donde funcionaban las autoridades

madera entre grandes extensiones de piedra gris; del otro, escapara-
tes cubiertos por un anchísimo marco de madera, casi siempre pinta-
[redacted] cu-

confidencias, de boca en boca. Había locas conjeturas sobre el reparto de puestos en las elecciones del próximo diciembre; repetidas frases de cajetillas de fósforos sobre los destinos del país; palabras susurradas al oído; demostraciones de ubicuidad por el mucamo, intenso y peripatético; ruidos de balde que subía de un aljibe colocado en el centro del patio de azulejos y exclamaciones de un papagayo extraído quizá por la memoria de Ferreiro de algún lejano espectáculo brasilero de Abigail Mais para adjudicarle las frases más disparatadas de la mañana.

Era ya la despedida y Guy - sabedor de que las lealtades políticas de Ferreiro duraban lo que sus puestos en los diarios donde podía hacer chisporrotear su humorismo epileptoide - no hbbía querido ofenderlo diciéndole que él no sólo no sabía, ni podía, sino que tampoco quería - ni quiso nunca - pedir esa clase de cosas a nadie.

Ferreiro. Un pájaro alto, de chuzas renegridas, tan espigado en la adolescencia como Guy seguía siendo ahora. Un pájaro carpintero que picoteaba sin cesar su "running commentary" sobre la blanda fibra de la vida uruguaya. Un hombre herido y conmovido por la existencia, disfrazado de estudiante a perpetuidad; así lo veía ahora. Ferreiro. ¡Qué injusto había sido en el viaje! ¡Cuántos ojos amigos le sonreían de repente desde las costas de la "saudade", conjurados por la imagen de aquel seudo-japonés desesperado y desbaratado en risas que celebraban antes que nadie sus propios chistes!

En su fuero interno, la partida de Guy había tocado un resorte que él apenas usaba, precipitando una explosión de resentimiento difícil de explicar en el instante en que por fin se sentía libre y casi feliz. ¿Resentimiento... o autodefensa contra la nostalgia y sus arterías? El hecho es que Ferreiro, borrado en el curso del viaje, junto con tantos otros, se tomaba ahora su revancha.

Estaba allá, con su amigo y el hijo de éste, en el balcón de la

Radio Carve, contemplando el desfile militar del 25 de agosto, espectáculo que desde pequeño le había sido antipático, pero que este otro niño devoraba con unos tristes ojos asténicos en los que ya estaba escrita, a los diez años, su muerte prematura. Ahora veía que aquél había sido el momento justo para salir del incesante "ping-pong" de chiste que jugaba con Ferreiro y hablar como un hombre. Si hubiera podido tenerlo a mano en este momento, le habría dicho lo que ni siquiera se le pasó por la cabeza decirle aquella mañana:

"Sé que fuera voy a satisfacer - aunque no quiera - mi gran vocación de solitario. Pero ¿y mi vocación de hombre comunicativo? Amigos como Vd. no existen por esos mundos. Y ahora, con la guerra, menos. Eso lo sé muy bien. Un momento. No se ría. En esos países en serio no se concibe esta orgía de maledicencia ingeniosa que vivimos; nadie pensaría en pulverizar así todo el tiempo lo oficial, lo célebre y augusto. Se hace profesionalmente, claro; hay periodistas que viven de eso; pero la gente en general, no. Yo me he quedado hasta la última copa de la fiesta, hasta la última taza de café que me correspondían. Pero hay un momento odioso en que las mejores orgías se acaban; es el fin de la juventud, el lujo que más se echa de menos, supongo. Ahora que me voy, veo bien claro todo lo que pierdo y que ya no podré recuperar".

Pero sólo dijo, fijando un segundo los ojos en el desfile de los caballos soliviantados por la primavera cercana:

"Mire eso, Ferreiro. ¿Se da cuenta de lo que me voy a perder en Inglaterra?"

"Hombre, de tener que ver con soldados, yo prefiero estos de chocolate del Apiario Iris" contestó su amigo, soltando una de sus risas de pistón. "Y además, cuando vuelva, todo esto estará igual. El maestro de la banda seguirá enseñando notas desafinadas a todos estos mi

quitaría nadie".

El hombre y su compañero de aduanas sonrieron mirándose con una

taron la carcajada. "No está prohibido ¿sabe? En la Junta de Comercio le dirán qué trámites tiene que hacer" añadió el aduanero con un guiño cordial de cómico de "music-hall". "Vamos a ver ahora ese maletín de mano".

"Está abierto también. Mire".

"¿Estos papeles...?"

"Una traducción técnica".

"¿De qué?"

"Prospecciones arqueológicas. Una lata".

"Hay maneras curiosas de ganarse la vida".

El hombre bostezó. Un cansancio profundo se instaló de pronto en su máscara de arena e hizo más aguachento todavía el azul de sus ojos de "baby". Era muy posible que hubiera estado de guardia toda la noche en un turno de alerta a los incendios.

Guy vio claramente que todo aquel juego había tenido por único objeto el de hacerlo sentirse cómodo; la hospitalidad en Inglaterra, entonces, empezaba así, allí mismo, en el curso del delicado trámite de ingreso a un país en guerra. Tenía mucho que agradecer, pero -pensó- un poco de típica deshonestidad criolla no mata a nadie. Y así, al preguntarle el oficial: "¿Ninguna nota de viaje? ¿Ningún apunte?" el mintió, decidido como estaba a no dar a publicidad sino muchos años después de terminada la guerra la especie de diario de viaje que había llevado en el "Talk of the Town".

"Una mentira técnicamente aceptable" habría dicho con una risa-suspiro Michael Brady, su mentor inglés de Montevideo, cuya sonrisa de labios apretados se proyectaba de pronto sobre aquella conversación.

El oficial llamó al mozo de cuerda mientras marcaba con tiza las maletas de Guy.

"Hace veinte días que lo espera esta carta, señor" le dijo produ-

ciendo misteriosamente un sobre a modo de despedida. Era una nota del Consejo Británico en que le indicaban un hotel para pasar la noche y le adjuntaban un pasaje de ferrocarril Liverpool-Londres. El mozo de cuerda le dijo que el hotel estaba a dos pasos de allí. Eran dos mil, no dos, y el pavimento seguía siendo de piedras redondeadas, pero Guy, que había decidido seguir al carrito en la misma calle y no desde la acera, no lo advirtió. Guardó el pasaporte en el bolsillo y, al mirarlo, volvió a aparecer ante él el fantasma de Ferreiro, con su risa de los labios para afuera y de las cejas para arriba, una risa que parecía embalsamarlo, como los gritos ululantes de los actores kabuki paralizaban a éstos. Y en vez de pasearse por Liverpool con sus maletas salió en compañía de su fantasma por las calles del puerto de Montevideo, que en su último mes de estada habían recorrido ambos tantas tardes en una ritual obsesión de despedida.

Ferreiro. Un vaso de alcohol nunca muy legítimo en la mano; en la boca, fermentando en palabras, el vino no menos impuro de la imaginación, que hacía cómico o memorable casi todo lo que tocaba.

"Mire un poco a esos tres pesos pesados, che" decía a Guy indicando a tres gordas que en su madurez se habían deslizado por la pendiente de los atardeceres retribuidos por señores serios en casas de citas. "Pensar que cuando yo era chico se llamaba "plumas" a estas mujeres. ¡Ja, ja, ja!" O: "Dice Coceteau que Napoleón era un loco que se creía Napoleón. Pero a mí me habría parecido más interesante que se creyera Wellington. ¡Qué película se habría podido sacar de ahí!"

Frente al mostrador de zinc de Fun-Fun presidía las actividades la estatua viva del Ñato Pedreira, personaje tan popular como silencioso y monolítico: ¿causa y efecto recíprocos? Pero al llegar

miento; pero al compás de las imágenes literarias que nombres y cosas de Montevideo les iban suscitando, bien podía ser otra Europa a precios populares la que se iba perfilando bajo el bisturí implacable de sus comentarios.

Ferreiro con su hijo en el balcón de Radio Carve. ¡Qué deslumbramiento para el niño, aquella parada: las corazas de metal, los penachos

tir a sus pobres consortes en público y para disminuirlos en la intimidad. "Porque eso se huele, che; no hay necesidad de verlo".

Pero aquel "mynah bird" sin par que era Ferreiro, aquel magistral buho parlante, sería el último en observar los viejos tabús locales. El producía a su mujer en todas partes. ¿Cuál era entonces el motivo de que ella saliera tan poco con ambos? ¿No quería él que su mujer lo viera beber sin parar hasta las tres de la madrugada? Pero ella lo veía echarse al coleto copa tras copa en fiestas y en grupos de café. Sus ojos serenos e inteligentes decían, según Guy, "Yo sé que sin el alcohol Alfredo, con todo lo que nos quiere, no soportaría el mundo".

Ferreiro había descubierto que, de todos sus muchos amigos y colegas del periodismo y la radio, Delatour era el único que no tenía hígado ni estómago ni escrúpulos alcohólicos de ningún género. Pero lo que en el seudo-japonés exuberante era una necesidad biológica, en Guy constituiría siempre un placer menor, un gesto casi deportivo. La intuición de su mujer era justa. ¿Por qué, quiriéndolos tan hondamente a ella y a su hijo, bebía así aquel ingenio delirante? ¿Se sentiría tan desplazado en el mundo como Guy, él, que como Guy, parecía gozar tanto de todo y saber paladear la vida como si fuera un vaso del mejor Concha y Toro?

El afán de chiste del humorista, como su afán de alcohol, eran indudablemente desesperados. Mucha gente se cansaba de oirlo. "Un esprit trop touffu pour mon goût" había dicho una embajadora a la que nunca pescaban hablando en otra cosa que en francés. Guy hablaba demasiado, pero excepto en las rachas trágicas de su vida doméstica, no lo movía ninguna desesperación; esto estaba bien claro ahora. Mientras Ferreiro llegaba rápidamente a la cresta de peligro, Guy seguía sólidamente acodado a los barandales de su descontento estético y ético con el mundo: por ello, desde esas ramblas de su propia angustia ék había entrevisto certeramente la marejada secreta que arrastraba a su interlocutor

Pese a los continuos elogios explícitos de tanta crónica como Guy escribía y tanta conferencia y espectáculo como daba por aquellos días, es posible que Ferreiro lo admirara más por su capacidad para sortear sin ayuda de nadie ni de nada los cabos de esa angustia de hombre que por su celebrada espermatorrea periodístico-literaria. Ahí estaba el lazo, ahí; de eso no le cabía ahora la menor duda. Más histrión que Guy, aunque interpretando solamente su propio personaje: tartamudo en la risa, como él en el discurso, Ferreiro era su hermano de sangre, su secreto hermano dramático.

. . .

El viajero llegó al hotel. Estaba en Inglaterra pero seguía viajando por el Uruguay, visitando su "habitat" con la mente, como en el curso de la larga aventura atlántica. ¿Lo dejarían en paz alguna vez aquellos fantasmas vivos de su tierra? Algo en el fondo de su espíritu le dijo que no. "Tengo que organizarme rápidamente una vida aquí" se dijo con la misma consecuencia de quien dijera: "Mañana voy a dejar una bomba de tiempo en el despacho de Hitler".

Mientras unas manos temblorosas de mujer tomaban su pasaporte en la recepción, la mente de Guy estaba fija en el extraño orden de prioridades que la ausencia le establecía para el recuerdo: primero, lo que más lo había herido; luego, lo más entrañable, aunque, como en el caso de Ferreiro, esto hubiera sido hasta ahora un secreto para el que lo sentía. ¿Cómo puede reconocerse lo entrañable entre el terco son de los cascabeles del chiste? Sólo el amor y el dolor de la muerte se anuncian desde la entraña: la amistad fraternal se diluía en la aldea montevideana en ritmos de costumbre, en tonos de anécdota, abonados los que la sintieran al rioplatense placer de vivir el minuto.

"¿Cena aquí el señor?"

"Si es posible".

[illegible] habitación y llame después esta tarjeta, por favor.

Guy; era sus "week-ends" de Progreso. Enseguida se sintió mejor.

"¿Hay agua caliente ahora?"

"Toda la noche, señor. Pero si va a bañarse, le advierto que debe emplear sólo siete dedos de agua".

"¿De los míos o de los suyos?"

"¡Qué ocurrencia, señor!" contestó ella entre risas. "Yo diría que más bien de los suyos. El rey mismo ha sentado el ejemplo hace poco ¿sabe, señor? Hay que ahorrar combustible". Guy sonrió. "Me doy cuenta de que un hombre tan grande como Vd. no puede hacer mucho con siete dedos de agua. Pero ¡qué quiere Vd., señor! Las reglamentaciones son así. Y cada día salen dos o tres nuevas".

"Tendré que estudiármelas".

"El señor traerá su propio jabón, supongo".

"Unos cuantos".

"¡Lo que es venir de países ricos! Apropósito, señor: ¿de qué lado de Africa cae el Uruguay?"

"Está casi frente al Cabo de Buena Esperanza" dijo él para no desengañarla.

"¡Mire Vd.! ¡Cuánto hielo deben estar viendo todo el tiempo, pobrecitos!"

El sacó de su bolsillo media corona y se la dio diciéndole; "Thank you".

"Ay, señor. No debía. Aquí no se dan propinas. Pero es Vd. tan impetuoso que una no puede menos de ceder. He perdido varias de mis raciones de chocolate o caramelos por no tener un poco de dinero de sobra. Para mis sobrinos esto va a ser una verdadera fiesta, señor, Dios lo bendiga".

La mujer cerró la puerta sin ver que a Guy se le habían empezado a nublar los ojos... hasta que se le ocurrió que los sobrinos de la camarera debían tener entre 35 y 40 años. ¡Ja! Luego de dejar el sentimen-

talismo en su sitio y la ropa desperdigada encima de la cama, Guy corrió al cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente.

"Save fuel! Save fuel mierda! ¡Aquí me voy a dar el baño más sibarítico de mi vida!"

Se estuvo veinticinco minutos en el agua que llenaba la bañera, regocijándose ante la idea de que, si alguna de las dos mujeres que a esa hora debían estar abriendo las camas había oído correr la catarata de agua caliente que era su manifestación personal de protesta al Ministerio de Combustibles, la infeliz se estaría persignando ante la idea de haber atendido a algún espía digno de venir directamente de las costas de Eire.

El "maître h'hôtel" rió. "Ahí se sube por la derecha".

Y ahora rió Guy, convencido de que se perdería de todos modos".

"¿Y cómo puedo reconocer el cine en el apagón?"

"Muy adentro del vestíbulo habrá un cartel con luces verdes, anunciando el título de la película. Lo mismo que en los locales de primeros auxilios y en las casas de pompas fúnebres".

"El Señor me guiará, espero" dijo Guy con cara de circunstancias

Ya podía ocultarlo todo aquella especie de gas amarillento que sustituía al aire transparente de la noche; ocultar no sólo la pobreza presente de Inglaterra, la vejez, el desgaste, la muerte de los sentidos - aquella comida sin condimentos, sobre la que uno debía arrojar a manos llenos la sal y la pimienta, era la muerte de los sentidos - sino también, ésto no había que olvidarlo, el espíritu de lucha, la gana de broma, la carne joven que se obstinaba en sobrevivir y se unía sin miramientos y sin demasiados prólogos en el abrazo desnudo, los concentrados afrodisíacos de una muerte siempre a la vuelta de la esquina. En aquella noche total - noche de ciegos - él se sentía libre, anónimo, divertido. Y la niebla sabía a mostaza fuerte de Dijon, un sabor mucho más apetecible que el de las coles de Bruselas con las que el viajero, sin saberlo, había iniciado hacía un rato una temible y larga asociación gastronómica.

* * *

El desayuno fue más auspicioso. Las tajadas de pan untado con margarina eran transparentes (¿con qué cuchillo las cortarían así?); pero la mermelada resultó digna de la mesa de Eduardo VII (he aquí una cosa que no se había corrompido); el té tenía un sabor de tiempos pasados en alguna plantación de Ceilán, la leche con la rica nata coronando la jarrita - la nata que el Uruguay sólo concebía en forma de

del hambre que tenía. ¡Y el "whiskecito" que me mandaron! Medio dedo. Esto es horrible, viejo, horrible. Dan ganas de volverse a nado".

Guy rió con todas sus ganas.

"Yo, en cambio, cené abajo y fui al cine".

"¿Con esa niebla? ¿Y todavía estás vivo? Otra cosa que no comprendo de este "réquiesca in pache".

"Molto difficult, no?" dijo a Guy la mujer que tenía frente a sí.

"I beg your pardon?" respondió él afectadamente, más inglés que los ingleses.

"Difficile. The word is 'difficile"; sono sicura" dijo ella con un acento del sur de Inglaterra capaz de cortar la niebla de Liverpool.

"¿Por qué nos habla en italiano?" siguió Guy, decididamente en inglés.

"Porque son italianos ¿no?"

"No".

"Pues su amigo junta todos los dedos de la mano y, así cerrada, la mueve de atrás adelante mientras habla. Eso no lo hacen más que los italianos".

"Y algunos argentinos" dijo Cortés. "Yo soy de Buenos Aires, señora".

"Claro. Una colonia italiana" respondió ella, sin saber en absoluto cuánta verdad había en aquel disparate. Y Guy, riendo: "En efecto: una colonia italiana, pese a los apellidos vascos e irlandeses de la "haute". Luego la miró de una manera penetrante y le preguntó: "¿Tiene Vd. parientes en Italia, señora?"

"No; soy de ascendencia galesa, escocesa y del norte de Inglaterra. Evans-Fenton es mi nombre. Pero antes de la guerra hacía un viaje a Italia cada dos años. ¡Ah, qué país! ¡Qué sol! Amalfi y Sorrento, Sicilia, la Liguria ¡una maravilla! El solo escuchar el idioma ya me da placer".

El tren se puso en marcha. Guy adivinó por dónde iba a saltar Cortés y se le adelantó.

"Pero señora ¿no se le ocurre pensar que, como italianos, somos sus enemigos?" dijo.

Ella rió con una risa ronca y, en el fondo, triste.

"¿Los italianos? Jamás. El Duce, puede ser. Obligado por las circunstancias. Ningún pueblo es mi enemigo".

"Esa es una manera un poco ligera de ver la guerra" comentó Cortés. "Si es así, creo que tengo derecho a hacerlo, señor. Vivo en Dover. En mi vecindario ha habido más de trescientos "raids" de los aviones nazis. Los tenemos enfrente, a quince minutos de vuelo. Hemos compuesto el techo de la casa más de cuarenta veces. El mayor de mis dos hijos ha muerto hace seis meses en el norte de Africa, y ahora he venido aquí a despedir al menor, que salió esta madrugada sabe Dios para dónde".

"Perdone" dijo el arquitecto frunciendo las cejas.

"Mi nombre es Delatour, de ascéndencia francesa, como imaginará" dijo Guy besándole la mano luego de ponerse de pie.

"¿No ve?" dijo ella comentando el gesto. "Italiano de todos modos".

"Me temo que ni en la Argentina ni en el Uruguay se considere muy refinado serlo" respondió Guy sonriendo.

"¡Qué locura! El pueblo más artista, más humano, más generoso del mundo" insistió la mujer.

"Y dale" comentó Cortés criollamente. "Estos ingleses. Fijate un poco en los pañitos que me ponen en la cabecera de los asientos. Son del año de la pera ¿no?"

"Pues bendito sea el año de la pera. Todo el mundo recuesta la cabeza en un sofá. Bien que te repugnaría la grasa de otros al apoyar tú la nuca... si no fuera por estos pañitos".

"Vos los disculpás en todo. Todo te parece bien. ¡Qué modo de estar rendido al oro británico!"

Guy rió. "Al oro de su manera de ser, sí. Ahí tienes a esta mujer. Yo no la he ido a buscar para metértela por la nariz: ha aparecido sola. Y ya la has oído: se niega a odiar al enemigo".

"Debe estar un poco loca" dijo Cortés.

Esta vez Guy rió con ganas. "Y viva el prejuicio. Con tipos como tú, se hará un espléndido mundo nuevo".

Mrs. Evans-Fenton había abierto mientras tanto un maletín, sacado de él una botella de "whisky" llena y abierto el tapón de tornillo, que podía servir de vasito. Mientras vertía la bebida, dijo a modo de disculpa:

"Tengo la presión baja. Un sorbo por la mañana me anima para todo lo que hay que hacer en la casa. Sírvase" dijo a Guy extendiéndole el tapón lleno.

"No, gracias, señora. Yo tengo la presión normal" contestó él sonriendo. "Y además, entiendo que aquí el "whisky" es muy difícil de conseguir."

"Este lo traía para mi hijo... pero... Vd. sabe lo que son las despedidas. Se me olvidó dárselo. ¡Había un desorden en aquel muelle!"

"Todo, menos dejar traslucir una emoción; para estos tipos una emoción es algo vergonzoso. ¡Pobre gente!" pensó Cortés levantando el labio inferior en un gesto petulante.

"Se lo agradezco, señora, pero..."

"En climas como el de Inglaterra hay que beber un poco por la mañana" insistió ella dirigiéndose a Guy. "Ya lo verá Vd. más adelante. Anímese, vamos!"

"Pero..."

"¡De cuántas docenas de "fiaschi" de Chianti y Bardolino no habré

bebido yo en los trenes italianos!" dijo la mujer con cierto orgullo. "Todo el mundo que viaja allí en segunda está invitando todo el tiempo a los demás. Yo siempre viajo en segunda clase ¿sabe?"

"Bueno, pues entonces..." accedió Guy, quemándose la garganta con aquella celebrada medicina escocesa.

"Bravo ragazzo. Un vero italiano" dijo ella sílaba por sílaba, con caricaturesco cuidado, y pasó la botella a Cprtés, que se limitó a sacudir la cabeza.

"¿Qué viene a hacer su compañero a Inglaterra?"

"A estudiar arquitectura paisajística, señora".

"¿Jardines?"

"Sí".

"¡Pero si ya no hay jardines en Inglaterra! ¡Pobrecito! Yo ya no tengo más rosas: en vez de ellas planto ruibarbo, tomates y cebollas".

Guy volvió a reir.

"Bueno, pues se tendrá que conformar con mirar ilustraciones de libros de jardinería. A Vd. le toca beber ahora, Mrs. Evans-Fenton".

"No. Yo voy a guardar esta botella para Navidad. Vds. recién llegan y, naturalmente, no estarán invitados todavía a ninguna casa, así que cuento con los dos. La Navidad es una fiesta para el hogar. Y yo estaré allí en el mío completamente sola. Tienen que prometerme que van a venir; no hay más de hora y media de tren desde Londres".

"Navidad con el enemigo" dijo Cortés con uno de sus típicos cloqueos.

"Aunque así fuera" retrucó ella. "¿No se la pasa así en el frente de batalla? Los soldados enemigos juegan juntos y beben juntos ¿no?"

"Sí" suspiró Guy. "El deporte dentro de la guerra. Qué rito absurdo. Y todo para matarse rabiosamente dos horas después".

"Pero Vds., italianos, serán siempre mis amigos. Voy apuntarles mi dirección" dijo ella guardando el "whisky" y sacando una libretita.

Hubo tres pitidos agudos y el tren echó a andar.

∴

Euston Station, Londres. El mismo hollín y el mismo polvo de Liverppol, pero en un escenario todavía más aplastante y aplastado: centenares de metros cuadrados de vidrio habían volado de su inacabable techo. Al fondo de aquella pesadilla de Gustavo Doré se erguían enormes columnas de piedra. ¿Cómo podrían haber respirado aquí, en medio a este sucio trajín inhumano, los mejores poetas del siglo XIX, de no esperarlos fuera, franqueada esta puerta terrible, el resplandor de la alfombra de esmeralda que tanto había cautivado el ánimo de Guy durante el viaje en tren?

¡Qué campo, qué campo! Graníticas encinas, sicomoros centenarios, robles y tilos sonrientes se levantaban de entre la seda viva del césped y componían con ella y los huertos y macizos de flores, entre tejas de pizarra, vigas isabelinas que rayaban y tachaban las fachadas del "seicento" y sombras litográficas de catedrales, un inacabable jardín de estampa, un paisaje nemoroso en que casi no se podía creer. Sólo al llegar a los suburbios de la capital la industria reventaba en un siniestro campo de concentración de obreros "robot", con cientos y cientos de casas iguales; golpe de muerte a Logos y Eros, befa permanente de los sueños de Iñigo Jones.

Esto era Londres. Pero bajo un sol ictérico, aquella gloria que era el campo inglés le había sonreído frente a la ventanilla del tren como una mozuela isabelina al galán que la llevara a bailar frente al Maypole, el tronco enguirnaldado, brillante de cintas y anillos, que decretaba el despertar de la sangre al estallar en los campos los narcisos y los junquillos, gritando que por aquellos tiempos sí podía contarse con la primavera. ¡Qué lejos, qué lejos estaba todo eso, y en el campo, entre los graneros antiquísimos, cómo seguía soplando Puck sus atrevi-

das imágenes, sin embargo!

Se juzgaba con el rasero de que uno disponía: por eso el que no disponía sino de uno solo se encontraba tan empobrecido como él en aquel momento. Guy no querría haber valorado todo aquello con ojos de montevideano, pero ¿qué otro remedio le quedaba? En Río de Janeiro la naturaleza enloquecida aplastaba al hombre; en el Uruguay, abundante en signos de esterilidad y abandono y ciego capricho de los elementos, lo rechazaba. Aun con esos signos en contra, había, naturalmente, quien la quisiera; no hay mala madre para un hijo necesitado de amor: y ese hijo, en la gran América desconocida, habría tolerado cualquier cosa, el peligro constante del Chaco y la lenta muerte del Altiplano. Pero el campo de Inglaterra era otra cosa.

Claro estaba que trabajarlo no debía ser una fiesta; pero los señores dieciochescos y los paisajistas que éstos habían traído de Francia montaron un decorado festival como para que en el necesario matrimonio del hombre y la tierra no hubiera sólo la amargura de la lucha, sino lo que Adán esperaba de íntimo, de inefable placer en una asociación vitalicia.

Cortés fue todo ojos para aquel certamen de verdes que corrían frente a la ventanilla del tren, pero no dijo palabra, ni siquiera lo obvio: que el campo inglés era un campo umbilicalmente unido a la metrópolis; o en otras palabras, el parque y el jardín de ésta. Pero Guy, como animal esencialmente metropolitano que era, sintió un goce y una alegría irreprimibles ante aquel espectáculo. El campo uruguayo - llano, desnudo, profundo y melancólico - satisfacía un rincón de su alma que pedía verdad (y para él tenía que haber siempre en la verdad una intimación de muerte, no una invitación a la vida); pero era un lugar de destierro si uno no había nacido en él, y como el fin de todo lo que enciende la imaginación del hombre. Allá, en su tierra, se podía ir al campo a mo-

rir; los seres de llanuras y cuchillas, como lo veía él, como parecía a su propia sensibilidad, vivían divorciados unos de otros, incomunicados, barbotando monosílabos que ellos tenían por grandes sentencias homéricas; pero la vida debía ser más gozosa que todo eso, más compleja, más estimulante... o si no, no era vida.

.
. .

Euston Station. Frente a esta otra monstruosidad ¡qué bien se comprendía a los rebeldes victorianos! Los pistoletazos de ruido que lanzaban al marchar los enormes carros donde se apilaban docenas de misteriosos recipientes metálicos; el ritmo impertinente de las botas militares, ribeteados de metal el borde del tacón y la puntera; los pitidos; los gritos de los mozos de cuerda; el ritmo de "jazz" improvisado por las locomotoras al juntar fuerzas pulmonares para partir: he aquí la Inglaterra sólida, industrial, viril (Londres era un obrero y París, la prostituta con la cual soñaba). Pero, aunque respetaba y admiraba a Inglaterra - a esa Inglaterra - en su lucha hasta entonces solitaria contra una inmensa locura colectiva, Guy no estaba dispuesto aún a aceptar de plano dentro de su sangre la pesadilla de sudor y acero de la que debía surgir la victoria.

Estaba ya en Londres. Como la cosa más natural. O mejor dicho, quien estaba aquí era este extranjero, este anónimo desconocido, empujado ya por el ritmo de la estación de ferrocarril a asimilarse al microcosmos donde millones de criaturas libraban una lucha sorda por seguir siendo individuos; no era él, la personalidad montevideana festejada y calumniada por igual. Londres, por lo menos en Euston, no le inspiraba ninguna de las paradojas que habría soltado como turista de paso, ninguno de sus consabidos "mots d'esprit". En aquel momento de la llegada su cerebro estaba como muerto, pero todo lo demás vivía fuertemente en él; nadir lleno de vibración que no le causaba, con todo su contrasen-

tido, la menor inquietud.

Una mujer pequeñita adivinó a Guy y a Cortés desde una columna: sólo viniendo de otros mundos podía traerse un cuello duro sin deshilachar y una ropa que olía tan a nuevo como la de aquel uruguayo y aquel argentino.

"Mr. Délatour? Mr. Córtes?" dijo, alterando la acentuación tradicional de los dos apellidos mientras daba, sonriendo, unos pasos hacia los viajeros.

"Vd. es del Consejo Británico" le dijo Guy. "Tanto gusto".

"No tanto como el mío. Por no hablar del alivio" dijo ella riendo. "En estos últimos veinte días hemos tenido el alma en un hilo. Gracias a Dios están Vds. aquí. Hasta ahora no hemos perdido a ningún becario".

"Pero han naufragado bastantes ¿no?"

"Shhh" dijo ella, bajando la voz. "De eso no hablemos. Todos están aquí".

¿Qué edad tendría aquella mujer: treinta, treinta y cinco, cuarenta años? La vivacidad podía más que los mejores maquillajes. Era más pequeña de lo que su aire afirmativo y a veces dogmático - la sonrisa apoyaba al dogma - permitían imaginar. La melena castaño rojizo ahuecada e iluminada aquí y allá por alguna cana distraída: una falda de "tweed" y una chaqueta de gamuza verde, con una chalina romántica, le daban esa mezcla de aire deportivo y tono intelectual que quizá estuviera de moda en Londres desde el comienzo de la guerra. Ojos inteligentes y penetrantes, belfo inferior ligeramente saliente, nariz ligeramente curvada; todo lo semita que había en ella atrajo a Guy, conquistó su simpatía y, como era casi inevitable, rechazó a Cortés, el izquierdista a la porteña.

"Hace veinte años me gustaba una actriz..." siguió Guy.

"¡Uy, qué niño más temible!" contestó ella, soltando la risa.

"Bueno, me gustaban muchas, pero entre ellas, Marguerite de la Motte,

la "leading-lady" en las primeras películas de Douglas Fairbanks. ¿No ha oído hablar de ella? Hacía de Constance Bonacieux en los fantasiosos "Tres mosqueteros" de aquel saltarín a cuadros. Marguerite de la Motte. Según la recuerdo, tenía mucho de Vd., aparte el apellido. A lo mejor mi memoria la idealiza" agregó Guy levantando una ceja entre cómica y concupiscentemente. Aunque con aire de burlarse de sí mismo, ya había empezado a flirtear, una de sus malas costumbres, porque el galanteo no era sino retórico y nunca desembocaba en la cama, que es donde, en su inocencia de los tráficos del sexo ¡a los 33 años! él no sabía que se esperaba que desembocara. Felizmente, Miss de la Motte, que quizá no hubiera conocido nunca un ejemplar como Guy, rió la frase como una humorada de viejo amigo.

"¿Algún parentesco con esa actriz?" insistió él.

"No sé, no creo. Si a Vd. le parecía tan digna de admiración, me temo que el apellido sea 'mera coincidencia'" dijo ella con deportiva coquetería y la esperada dosis de modestia británica. "O la idea de un agente de publicidad: Vd. sabe cómo es Hollywood".

"Simple coincidencia, no creo" dijo Guy. "En todo caso, el parecido redobla para mí la simpatía del recibimiento que ha venido a hacernos".

"¡Ah, estos latinos!" suspiró ella con ojos sonrientes. "¿Qué haríamos sin sus exageraciones?" Y luego, poniéndose seria de repente, recordó su función, su misión, que no era únicamente social. "Aquí tengo estos sobres y estas cartas para los dos. Los voy a llevar a un hotel tranquilo e íntimo - "White's" - a pasar el fin de semana. Desde el lunes cada uno se alojará en un sitio distinto: Vd." dijo a Guy "en St. Johns Wood, en la pensión de una vieja actriz francesa que recibe a estudiantes de todas nacionalidades. Tendrá mucho de que hablar con ella, supongo. Vd." dijo a Cortés "cerca de Aldwych y del río, donde tenemos a varios arquitectos y urbanistas".

"Gracias" contestó él entre dientes, como quien masticara algo.

Amescua pasó junto al grupo arrastrando el equipaje en que llevaba todos los recuerdos de su vida.

"Llámame esta noche a las nueve" le gritó Guy. "Quiero saber qué ha pasado con la carta de España".

"¡Ah, sí! ¡Yo tengo una curiosidad...! ¿Dónde te llamo?"

"¡A "White's! ¡"White's"!

""White's en Mayfair. Ya" dijo el español.

"Hazme el favor".

Amescua recorrió con la mano todo el ámbito de Euston Station y sacudió la cabeza, como diciendo: "¡Qué desastre!" Antes de seguir arrastrando su carga, se inclinó ante Miss de la Motte y levantó el brazo en un saludo cordial a sus compañeros de viaje.

Sin decir nada más, ella marchó hacia los portales de acceso a la estación y se dirigió hacia la siempre cambiante fila de taxis. Guy la seguía, mirando todo el tiempo en torno suyo. De pronto lo detuvo lo que parecía una empleada del ferrocarril en día de fiesta: uniforme azul marino de pantalón, con botones dorados - un uniforme típico de hombre - y en la cabeza una "cloche" con guindas artificiales, que evidentemente no era lo más indicado para un señor. ¿Era posible el disfraz en un país en guerra? Por unos instantes las ideas del viajero sobre la Gran Bretaña se tambalearon. Pero Guy siguió adelante (en Montevideo el público se habría detenido en masa). Aquello era Londres, una gran ciudad sacada de quicio que podía absorber cualquier cosa sin alterar su ritmo en un solo punto y raya, aunque en aquella primera mitad del siglo nadie soñara todavía con los múltiples disfraces del futuro ni con los romanos equívocos del unisexo.

Todo el tiempo decía una voz dentro del viajero: "Estoy en Londres, sí, en Londres, en Londres, pero este no soy yo; para ser yo necesito

el té servido por Marjorie en el Instituto Cultural Anglo-Uruguayo, la mesa de los Terra Maza, la gracia primaveral de Odile. Odile con su cabello color de miel". El perfume de aquel amorío ligero había invadido sus últimos días de Montevideo de una manera que lo iluminó por dentro, dándole un atisbo de lo que podría ser la felicidad: una vaporización de paz y de comprensión en el aire que lo rodeaba a uno. Pero se iba para no volver: el perfume y la vaporización estaban condenados de entrada a perderse en el aire. De todos modos, enviaría a la mañana siguiente un telegrama a aquella fina criatura. Quería darle una vez más las gracias por la naturalidad con que había pasado por su vida en un momento dificilísimo de ésta, casi mortal; la naturalidad era la única nota que Guy no lograba alcanzar histriónicamente.

"Este no soy yo; yo empiezo a desaparecer" se repitió en secreto a lo largo del andén. "¡Hombre al agua!" le vinieron unas ganas locas de gritar - en broma, naturalmente - al vislumbrar el abismo que en ese momento empezaba a abrirse a sus pies. Pero montó en el taxi como si nada pasara, y volvió a encantarlo, como lo había encantado en Liverpool, aquel techo tan alto del vehículo, aquella amplitud del interior, aquella especie de apeadero de metal junto al asiento del conductor en que éste colocaba las maletas y las sujetaba con fuertes correas, apeadero que a veces tenía una puerta esquinada por la cual se entraba al coche de frente, no de lado. La comodidad antes que la moda: "mi cuerpo caliente y ríase la gente". Era una fórmula difícil de resistir.

El taxi partió y Guy volvió a oir en su mente una de las últimas recomendaciones de Michael Brady; "El secreto de la vida inglesa está en pensar primero en los demás y luego en uno mismo. Esto es lo que algunos latinos llaman hipocresía y otros estupidez. Por eso nos quieren tan poco". Y al tenor de ese recuerdo, el uruguayo dijo a Miss de la Motte:

" "Siento muchísimo que le hayamos arruinado el fin de semana. Pero ¿cómo íbamos a calcular...?"

"Nada de eso. Fue una suerte que el telegrama llegara a las oficinas diez minutos antes de la salida. Me pregunto qué habrían hecho Vds. aquí solos".

"Yo" dijo Guy "irme al Ritz". Cortés seguía impenetrablemente callado.

"El week-end le habría costado la mitad de lo que hay en ese sobre".

"Lo habría gastado con gusto pensando que Vd. no iba a ser la sacrificada".

"Sacrificada, de ninguna manera".

"¿No se va al campo los fines de semana para descansar mejor?"

"No siempre. Ya no hay necesidad. Hace meses que en Londres no cae una sola bomba" dijo ella cruzando los dedos de ambas manos para conjurar una posible reanudación de los "raids". "Ahora esperamos el arma secreta de Hitler. Todos los días se nos habla de ella; hay gente que la espera hasta con impaciencia, para saber de una vez qué es lo peor que nos puede pasar. Yo no: yo estoy esperando siempre cosas mejores".

"De todos modos, éste debía ser su día libre".

"Pero me alegro de haberme quedado; en vez de visitar a mi tía, me reuniré esta noche con unos amigos a festejar la gran noticia". Al decir esto, ella miró a Cortés - Guy la estaba acaparando demasiado - y se encontró con una cara de pared, que parecía decir; "La gran noticia no será por cierto nuestra llegada". "¿Qué les parece?" agregó ella mirando ahora a uno y otro alternativamente. "Cuando lo oí por radio esta mañana a las siete, empecé a dar saltos en la cama".

"En el hotel nadie nos dijo nada" observó Cortés como acusando al pueblo de indiferencia ante los grandes acontecimientos.

"No es posible" siguió Miss de la Motte. "¡Con lo que se ha esperado ese desembarco!¡La primera operación de americanos y británicos juntos, su primer gran golpe! Ahora El Alamein será nuestro definitivamente".

Guy creyó necesario afectar un poco de entusiasmo:

"Me imagino qué alivio habrá sentido aquí todo el mundo".

"¿Alivio? Mucho más que eso, mucho más. En América y en Rusia la repercusión ha sido tremenda". Los ojos le rebrillaban. "Es una noticia sensacional; sinceramente, han llegado Vds. con una oportunidad histórica de primera".

"Pero por la calle no se nota" dijo Cortés con su dejo de malevolencia.

"Lo que se nota es que somos ingleses" retrucó ella riendo.

Guy hizo un examen relámpago de conciencia. ¿Sabía realmente lo que significaba la nueva? Realmente, no; para él era como una frase en un texto de historia. Habría que haber vivido antes todos los fracasos, todas las desilusiones y los errores de tres años de lucha. O mejor aún, habría que estar achicharrándose el cogote allá en el desierto, friéndose vivo en aquel terrible disparate de avanzar y retroceder por arenas que nada tenían que ver con uno, con su organismo, con sus conocimientos, con su idea de la vida. Lo humillaba ese fracaso de su imaginación; en ese momento, una de sus peores limitaciones. Había sido testigo presencial de la primera acción importante de la guerra - la batalla del Graf Spee -; había vivido el ataque al convoy, y, con todo eso, aquella enorme barbaridad que era la guerra mundial seguía siendo para él un editorial de diario, una imagen de cine, un suceso de otro planeta. No era asunto de su esquina ni de sus vecinos. La declaración de guerra había hecho algo más que rozarle la conciencia de intelectual y el sentir de hombre, sí; (la mañana de setiembre de 1939 en que el camarero del Hotel Ritz de Montevideo le había traído la noticia Mal lecho

junto con el desayuno se había echado a llorar solo, como si hubiera perdido a un ser queridísimo); pero conciencia y sentir habían sido rozados de una manera universal, indirecta; la guerra no era todavía un duelo personal suyo.

"Habría sido inicuo dejar a Montgomery solo" dijo Miss de la Motte con cierta vehemencia. "Además, es un nuevo golpe que Hitler recibe después de la espléndida resistencia de Stalingrado".

"Eso sí que es sensacional" apuntó Cortés.

"¡Ah, claro! Lo más sensacional de todo. Y sin eso la guerra duraría por lo menos dos años más" dijo ella, haciéndolo esponjarse de satisfacción.

"¿Ha hablado Churchill del desembarco?" preguntó Guy.

"No. Primero tiene que rendir cuenta de la batalla en la Cámara de los Comunes. Es, por lo menos, la costumbre. Y eso pasará el lunes o el martes, no antes. ¿Admira Vd. mucho a Churchill?"

"Creo imposible no admirarlo, por lo menos como orador" dijo Guy, mientras luchaba con la tentación de mirar por las ventanillas. Todo era nuevo para él en aquel Londres: la llamarada roja de los ómnibus de dos pisos, un "sí" por la vida; la piedra blanca de Portland y los chorros negros que la manchaban en los edificios monumentales; el ladrillo - rojo o gris - al desnudo en las elegantes casas nuevas de apartamentos; los graciosos marcos de ventana pintados de blanco; los exquisitos faroles que ahora eran solamente un artefacto decorativo; la "S" que se veía pintada a dos por tres sobre sendas paredes de ladrillos levantados en aceras y rincones de calles, una "S" que anunciaban los "shelters" (refugios antiaéreos) aunque a él le parecía que debía querer decir simplemente "Silencio" el lema de la ciudad; las bolsas de arena apiladas a uno y otro lado de la puerta en los edificios importantes (esto es lo que más hablaba de bombardeo, de catástrofe, de emergencia,

y Guy lo odió de entrada); las esquinas bordeadas de una larga barandilla circular de metal para impedir el cruce de la calle en una encrucijada peligrosa; los viejos letreros de vidrio pintado - oro sobre negro o de gordas letras blancas en relieve sobre un fondo oscuro, que anunciaban los nombres de las tiendas encima de escaparates que sólo parecían murmurar entre dientes "racionamiento a muerte"; los añosos árboles que en calles y plazas absorbían el ruido de los vehículos, purificaban el aire, "hacían" el paisaje, amaban a los niños con plácido amor de tatarabuelos. Pero ¿por qué estaban las plazas cercadas por una verja? Guy habría querido ver mucho más, sólo que hablar venía antes que todo para él.

"Pero nada de lo que veo por la ventanilla tiene mucho que ver con el tono de Churchill" respondió por fin Guy, cediendo a su manía de decir siempre lo que pensaba. "The Empáia, the British Empáia. Hay que ver con qué ganas dice esa palabra "Empire", como si estuviera chupando un cigarro de hoja. El Consejo Británico, por lo menos, tiene el pudor de hablar de "Comunidad Británica de Naciones".

"Y eso es lo único que puede ser" dijo Miss de la Motte.

"¿Vd. también lo cree? ¡Qué interesante!" Cortés habló con una delectación particular, sorprendiendo a su "cicerone", que le respondió:

"¿Cómo no lo voy a creer? Nadie lucha por un par de años, solo, contra un agresor que viene a golpearlo a su puerta, y moviliza a todo el pueblo y lo pone a fabricar las armas de defensa y el equipo militar y los tanques y a manejar cañones antiaéreos y extinguir incendios sin perder todo lo que en tiempos de paz hace rico y poderoso a un país".

"Sobre todo cuando la guerra cuesta por día más que una superproducción de Hollywood" se le escapó decir al crítico de cine.

"¡Ah! Apropósito de superproducciones (yo sé a qué se ha dedicado Vd.,

Mr. Délatour; la ficha la tengo completa en la cabeza;) tiene que correr a ver "In Which We Serve". Noël Coward la ha hecho por una suma que dicen insignificante (podrá ser 80.000 libras u 800.000?. No sé; no entiendo de dinero".

"Ni yo tampoco. Y espero no entender nunca" respondió Guy riendo.

"Es sobre el naufragio de un barco en la batalla de Creta; lo mismo que les ha ocurrido a Vds.... o mejor dicho, a otros que iban junto a Vds., según me telefonearon esta mañana".

"Yo no pude ver nada de lo que pasó" dijo Cortés con una de sus risitas: "me enteraré por el cine".

"Entérese: es la primera película buena de verdad que se hace sobre esta guerra. ¡Qué salto ha pegado nuestro Noël! Desde el diván de "Vidas privadas" a esos puentes sucios de aceite que saltan por el aire antes de ir a parar al fondo del Mediterráneo".

El taxi pasaba por Oxford Street. La gente se volvía para mirar a un soldado norteamericano que se estaba haciendo lustrar los zapatos en plena calle y fumaba mientras tanto un enorme puro - dos de los lujos más grandes que un hombre podía darse en Londres en esos días - con una mirada de soslayo y una vaga sonrisa condescendiente de semental en reposo, copiada textualmente del Rhett Butler de Clark Gable.

"Roma escupiendo sobre las nobles piedras de la vieja Grecia" dijo Guy. Miss de la Motte lo cogió del antebrazo y se puso a reir casi frenéticamente, sacudiendo la cabeza todo el tiempo en señal de aprobación.

III

"Triste de mí, que parto, mas no parto"

(Francisco de Figueroa -m "Madrigal")

"White's" era parte del Londres que esperaba ver Guy, aunque la guerra hubiera dejado pocas cosas intactas en la ciudad. Las alfombras rojo y azul lo cubrían todo, hasta el último rincón; en el comedor las mesas redondas de palo de rosa estaban cubiertas por manteles inmaculados, sobre los que lucían floreros de plata y copas de Christofle: el bar era un espectáculo de caoba, espejos y cuero rojo, con una cantidad de complicados instrumentos de plata que parecían quirúrgicos, como si para degustar sus delicias tuvieran primero que sacarle la vesícula al consumidor: las lámparas más grandes reposaban sobre unos finos y espigados pies de cobre. Todo francés, quizá, pero francés a la londinense, no lo que Buenos Aires admiraba como francés.

"Si aquí le dieran a uno algo decente de comer, esto sería el paraíso" pensó Guy mientras ofrecía a Miss de la Motte un jerez antes de sentarse a la mesa. Cortés, siempre tan descortés, se había ido a leer sus cartas a su habitación.

"Que conste que este almuerzo es invitación mía (o mejor dicho, del Consejo...)" empezó por decir Miss de la Motte, frunciendo los labios violeta con un conato de sonrisa.

"Y el estar nosotros aquí todoun fin de semana, una especie de premio a las fatigas que se supone que hemos pasado".

"Vd. tiene el arte de estar poniendo todo el tiempo el dedo en el ventilador" dijo ella con una leve risita.

"Ya me lo han dicho antes".

"Pero no piense que este premio puede pasar del lunes por la mañana. Luego tendrá Vd. que contar muy bien sus cuartos para arreglarse con su mensualidad".

"Yess mother darling" se atrevió él a decir, haciéndola reir nuevamente. "No se preocupe: no tengo ningún sentido del orden ni de la buena administración, pero algo surgirá. Algo de periodismo o de radio, espero".

"¿Puedo beber por ese algo con un Pimm's?"

"¿Pimm's?"

"Sí; un "cocktail" de whisky, generalmente embotellado. Se sirve con trozos de pepino y guindas confitadas y hojas de menta; eso es lo que recuerda mi paladar. Y se supone que las chicas casaderas actuarán como seres humanos después de tomarse un par de ellos".

"¿Prohibido para señores, entonces?"

"Bueno. Aquí no se hacen entre los sexos una distinciones tan rajantes como las de Vds." dijo ella con deliciosa ironía, "y además, una chica tiene que ser muy señor para tomarse tres "Pimm's seguidos".

"Ole" dijo Guy. "Venga otro para mí, entonces. Y no olvide que ahora invito yo. En alguna forma tengo que agradecerle inmediatamente lo angelical que ha sido al venir a recibirnos".

El adjetivo parecía exagerado, pero para él era justo. Sin la presencia de Miss de la Motte es posible que Guy hubiera entrado en la ciudad ya poseído por la tensión habitual en él. No podía seguir más tiempo sin hacer nada; trabajaba diez y seis horas diarias desde hacía casi diez años; ahora mismo veía que, sin trabajar, la intertidumbre y la soledad, tarde o temprano, iban a corroer en aquel incalculable conglomerado humano su buen ánimo y su afán de aventura. El almuerzo de llegada fue una moratoria a su inquietud. Las cartas de Montevideo le darían enseguida la longitud y latitud de su nostalgia; además, en aquella pensión de la ex-actriz francesa iba a volver a ser un estudiante ¡a su edad! La simple idea le dio un miedo pánico, y enseguida la descartó.

El par de "Pimm's" que bebió cada uno selló una amistad que, por los azares de la vida, nunca había de fructificar.

Después de desparramar furiosamente sal y pimienta sobre una crema de calabacines y un "Shepherd's pie" noblemente insípido Guy tomó un pedacito minúsculo de un queso delicioso - Cheddar, explicó ella - bebió el agua de castañas con que concluían las comidas... y quedó con mucha más hambre que antes.

"Y ahora ¿me puedo permitir otra iniciación?"

"¡Cuántas virginidades perdidas de golpe!" observó él descaradamente.

"En realidad, una sola" (ella le seguía el tren sin desfallecer) "porque esta bebida es también de hierbas y "whisky". Un licor escocés para señorenes: Drambuie".

El Drambuie fue un éxito. Cortés se puso a reir sin razón y contagió a la enviada del Consejo Británico. Rieron - y Guy con ellos - hasta que el arquitecto dijo de pronto:

"Yo ya no creo en la guerra en este país".

"¿Por unas alfombras y unas arañas de cristal y un poco de licor hecho aquí?" saltó ella, aunque siempre sonriendo. "Lo voy a mandar a visitar unas cuantas fábricas. Va a ver un 30, un 40, un 50 % de obreras con un soplete oxhídrico, o ajustando a un avión averiado la parte que han podido rescatar de otro casi deshecho, o manejando unas pinzas gigantescas para levantar una viga de acero al rojo blanco. Chicas que estaban empleadas en casas de modas o institutos de belleza o cosas así. Porque esta es la primera movilización de la mujer en la historia ¿sabe? 22 millones de personas trabajan aquí por y para la guerra, señor mío" agregó ella, sin abandonar por un momento su sonrisa.

"22 millones". Cortés era uno de esos hombres a quienes impresionan las cifras. Pero aquí había acertado: esta cifra evocaba millones

de tanques, buques de guerra o mercantes, aviones y portaviones, ametralladoras y tanques producidos allí y en Estados Unidos , parte de los cuales iban en ese momento a Rusia (la batalla de Egipto y la victoria de El Alamein querían decir que el camino para mandarlos allí se mantendría abierto desde el Medio Oriente).

"Todos los que están en condiciones de trabajar" precisó ella:"gente de 14 a 65 años, las dos terceras partes de los habitantes del país. Hay que luchar contra las armas y recursos de Europa entera, y también contra todo lo que tuvimos que dejar atrás en Dunkerque. Sólo superándolas en cantidad y calidad..." y dejó la frase en el aire.

"22 millones. Es una cifra, indudablemente" murmuró él.

"Es algo más que una cifra, Mr. Córtes; ¡es toda una revolución!"

"Esa interpretación me gusta".

"Me alegro mucho" dijo ella, levantando su copa de Drambuie.

Guy estaba un poco sobre ascuas y propuso que dieran una vuelta por el parque cercano. Al salir, una leve neblina había empezado a descender sobre la ciudad.

"¿Por qué nos ha traído al barrio más "chic"?" preguntó a Miss de la Motte.

"Porque en el telegrama de 200 palabras en que se describía un espectáculo suyo sobre Inglaterra y se conminaba al Consejo a que lo invitaran a venir se leía entre líneas que Vd. iba a disfrutar muchísimo de Mayfair".

"¿Y cómo le llaman Vds. a eso?" siguió Guy. "¿Espionaje cultural?"

Cortés mostró los dientes:

"A mí me tiene que enseñar cómo se va a los barrios obreros".

"A Vd. y a su compañero. Estoy segura de que a Mr. Délatour le interesa todo y que le encantarán los "cockneys"".

"También eso me lo han predicho antes" dijo Guy.

"Los "cockneys" convidan con cervaza a todo el mundo y, quieras que no, lo hacen cantar. Londres tiende su corazón por medio de ellos, benditos sean" comentó ella con un poco de melancolía en la sonrisa.

"¡Cantar! Yo desentono como un demonio " dijo él disculpándose "pero la idea me encanta. ¡Ah, ya veo el verde! ¡Qué alegría! Después de tanta ola, qué gana y qué necesidad se sienten de tierra, de follaje!"

"Pues ahí puedes pastar a gusto" le sugirió su compañero.

"¿No hay reglamentaciones en contra?"

"¡Huy, mil! Las hay para todo" rió Miss de la Motte. "Ni lo piense".

Pasearon sobre la tierna moqueta húmeda de Green Park, y los pasos pausados de los tres los llevaron por fin al lago, donde rieron ante el drama de un niñito de tres años que quería meterse en él para quedarse a vivir con los patos que comían de su mano. "Reencarnación equivocada" observó Miss de la Motte con una leve risa enternecida.

De repente se hizo una pausa larga, larguísima, en el curso de la cual, cada unp por su cuenta, descubrieron los tres que estaban exhaustos.

"Yo le tengo terror al silencio" dijo, rompiéndolo, Guy.

"En cambio, nosotros lo cultivamos. Estar callado junto a un amigo que uno estima ¿no es una forma superior de comunicación?"

"No lo sé ni lo sabré nunca" respondió él riendo. "Eso es demasiado oriental para mí".

"Nunca hay que decir "nunca"" dijo ella a modo de ligera reconvención.

Guy miró su reloj. "¡Huy! Con Vd. el tiempo se pasa volando. Ya le hemos robado más de tres horas, y no hay derecho. Le devolvemos su libertad, Miss de la Motte; ya la veremos el lunes por la mañana en su oficina".

"No, no" contestó ella, "soy yo la que los ha retenido; Vd. ni si-

quiera ha leído sus cartas. Pero si quieren, los dejo, sí. Entre los papeles que les he dado hay un plano de cómo llegar a las oficinas del Consejo".

"¡Hasta eso! Muchas gracias" dijo Guy.

"Ahora los llevo hasta Piccadilly Circus; ahí voy a tomar mi "metro" dijo ella. "Y gracias por esta intuición, esta consideración. Son Vds. unos becarios modelos".

"Paralizados y apabullados" siguió exagerando Guy. "Nos recibe la mismísima Britannia recién descendida de su pedestal; es un día de victoria, y pierde el tiempo con unos pobres desconocidos llegados de rincones de nombres impronunciables".

"Aryentina, Iúrugüei" dijo ella, y los tres soltaron la carcajada. "Pero si Vd. es un pobre desconocido, yo soy Margueritte de la Motte" añadió la emisaria con un elegante ademán de la mano al descender las escaleras y dejarse tragar por aquella especie de "Etoile" subterránea, con túneles que salían como radios de un redondo sol central.

* * *

En Haymarket Guy se separó de Cortés sin darle ninguna explicación. "Quiero ver una cosa" fue lo único que dijo. "¿Nos encontramos aquí en esta misma esquina, dentro de tres cuartos de hora?" Y sin esperar respuesta, dijo: "Si no es posible conseguir localidades para el teatro, iremos al cine". Y desapareció antes de que Cortés hubiera podido abrir la boca.

El final de la calle estaba lleno de mujeres de uniforme que habían hecho por la patria el supremo sacrificio de llevar medias de algodón. Guy sonrió a una que marchaba con paso marcial, levantando rítmicamente los brazos a la altura del hombro (¿un ejercicio, una broma?) y pese a la marcialidad y al pelo de oro severamente recogido bajo el quepis, ella respondió con un guiño divertido.

Más chapas metálicas en los zapatos; había trozos en que la calle sonaba a vereda de hipódromo. ¿Estaba en Londres o en Madrid? Tanto cabello renegrido, tanto ojo levantino. Aún no sabía Guy ver en toda aquella falsa latinidad, que de latino sólo tenía lo mediterráneo, una buena parte del millón y medio largo de judíos llegados allí de toda Europa en los últimos tres años; eso sin contar los instalados desde hacía siglos en la capital del "Empáia".

Londres no era una ciudad de cabezas rubias, ni de multitudes que corrían porque sí, como Buenos Aires, ni de grandes letreros (o quizá los letreros del centro de la ciudad habían sido arrancados junto con todos los nombres e indicaciones de ruta de todas las carreteras de las islas). Unas letras claras recortadas en madera anunciaban los espectáculos sobre fondo negro. "Holiday Inn" en su cuarto mes, con Bing Crosby cantando el sentimentaloide y quizá imperecedero "White Christmas" de Irving Berlin; "Went the Day Well?" un filme de Leslie Banks en el Pavilion; "The Little Foxes", el frasco de vitriolo certeramente lanzado por Lillian Hellman sobre la rapaz burguesía del sur de los Estados Unidos, con Fay Compton en el escenario del "Piccadilly"; lo demás, los "dinner and dancing restaurants", los bares, había que adivinarlo en todo aquel sector céntrico. Letreros verdes o rojos metidos al fondo de un corredor, como - y aquí Guy recordó la frase del "maître d'hôtel" de Liverpool - como el nombre de las empresas de pompas fúnebres, murmurados, como una leve disculpa, en pequeñas letras de neón. "Hipocresía, hipocresía" gritaban los europeos del continente; "hasta para comer son hipócritas".

Al pasar por el Haymarket Theatre, doscientos metros más abajo, Guy vio unas espléndidas fotos en que Angus Mc.Bean registraba a un grupo de actores ilustres en torno al intachable rostro de Capodimonte de Vivien Leigh; eran escenas de "El dilema del doctor". ¿Podría ver aque-

llo esa misma tarde? Para él eso sería entrar en Londres con el pie derecho. ¡Ver teatro como si ese solo espectáculo fuera para siempre, como si se tratara de una película, como si la perfección tuviera que ser el nivel inicial y hubiera una especie de obligación inmoral de superarla! Pero le dijeron, naturalmente, que no, y compró una localidad para el martes siguiente.

Algo lo empujó a seguir bajando por la calle. Al término de ella, ancha pero breve - apenas cuatro manzanas - torció instintivamente hacia la izquierda y se encontró de pronto con la plaza de Trafalgar y con Nelson, entero y de una pieza, atalayando desde lo alto de la exagerada columna sobre la que lo habían montado los kilómetros y kilómetros de casas, iglesias, parques y palacios que los siglos habían acumulado en Londres un poco sin ton ni son.

Quería ver solo aquel lugar célebre de la ciudad; quería preguntarse otra vez si aquel era de verdad "su" mundo, el mundo de su alma vieja, el de los estratos centenarios de vida y memoria de que venían coloreados sus genes. Y otra vez le pareció completamente natural estar allí, y se conmovió con un repeluzno, como si volviera a la casa solariega; pero ahora con la inquietud de quien se planta frente a su madre luego de treinta años de ausencia. Si lo dejaban descubrir poco a poco y siempre a solas el resto de la ciudad, era posible - sintió- que esta inquietud frente al Londres soñado desde Montevideo se fuera aventando suavemente en su corazón. Corazón, corazón, qué haces. En ese mismo momento el corazón le tartamudeaba dentro del pecho, golpeando la puerta de su celda; la alegría podía ser una emoción más violenta que la pena.

A un costado, otra gigantesca estación de ferrocarril - Chering Cross - vomitaba más taxis y, entre cientos de uniformes, alguna que otra vieja despistada, alguno que otro colegial de pelo artísticamente

desordenado, bicicleta en mano. A la derecha, junto al Arco del Almirantazgo, vio una de esas construcciones palaciegas que él, llena la memoria del París del cine y de los álbumes de arte, no asociaba todavía claramente al esplendor arquitectónico de Europa.

Algo lo hizo apretar el paso. Frente a unos largos muros de piedra grisácea un cartel pintado en letras blancas sobre fondo negro - Scotland Yard - le dijo que estaba en la pista cierta; junto al Cenotafio, dedicado simbólicamente a los soldados caídos en Francia hacía apenas 25 años, empezó a notar que la brisa fría de las cuatro y media de la tarde tenía un picante olor salino. El Támesis no podía estar lejos. Ahora estaba seguro. No sabía por qué; pero estaba seguro de que cinco minutos más allá, al paso nervioso de sus piernas largas, hallaría el Parlamento, Big Ben, el puente de Westminster. Los necesitaba para cerciorarse de verdad de verdad de que estaba en Londres; los necesitaba tanto como el peregrino sefardita necesita tocar el Muro de los Lamentos para saber que está en Jerusalén.

Westminster. Aquella majestuosidad seudogótica sí lo satisfizo; el impacto de la bomba nazi sobre la Cámara de los Comunes no se veía desde la calle; todo estaba igual que cuando sus ojos lo habían recorrido con frecuencia en el sueño de otra vida: macizo, rectangular, y sin embargo afiligranado y aéreo; intemporal; sintomático de toda una civilización, de todo un modo de vivir. Avanzó y se detuvo en el puente. El río era de un gris sucio y el viento lo plegaba en fuelles paralelos, como quien pliega la tela de una falda.

Pese a ser sábado, se multiplicaban en él gabarras y barcazas con cargas cubiertas de lona, y otras rebosantes de carbón; había innumerables casetas de depósito, altas escaleras de piedra en los desembarcaderos y, mucho más allá, como una idea póstuma, los árboles y flores del Embankment, tímida disculpa a la gritada, oleaginosa e incesante fiebre portuaria.

El Támesis era otro estibador y "la Seine" una rubia de Debussy con ondulación permanente, decía Guy; al río francés los ingenieros le habían hecho dar dos o tres vueltas que no estaban en el programa fijado por la Madre Natura y el estibador sabía que le sería imposible alcanzar nunca a aquella coqueta célebre. Por eso, como todo el mundo, la vestía de tanto prestigio imaginario.

Westminster Bridge. Soledad rodeada de grandiosidad. ¡Qué placer inédito para Guy! El no quitaba los ojos de toda aquella majestad de piedra que lo calmaba, que le daba una sensación de permanencia y de seguridad ¡por fin! tras aquellas primeras horas en que cada minuto traía una impresión contradictoria. Ahí, en el puente de Westminster, estaba contento y en paz; las caras de Montevideo que le pasaban por la mente sonreían todas; recién podía afrontar la prueba de leer las tres cartas que le había dado Miss de la Motte.

. . .

Empezó por la de Silvia, fechada quince días atrás y acompañada de dos recortes de diarios montevideanos en que se lo despedía con generosas palabras (Rocha en "El País" y Lorenzo y Deal en "El Día"). "Desde que no hemos tenido noticia de tu naufragio, te suponemos vivo y en algún Pago-Pago de esos mares de por ahí, donde se pondrá a punto tu repertorio de bailes tropicales. Es muy desconcertante ver que han pasado tres semanas y no oirte, no leerte. Por favor, decí algo en el mismo momento de llegar. Por poco agradable que sea, nos alegraría mucho oirte contar lo que pasó. Yo sé que tú tendrás "le mot juste" para describirlo. Mr. Brady se ha portado, no como un gran amigo, sino como un hermano; te doy toda la razón. A mí me ha nombrado bibliotecaria del Instituto y a Aníbal le ha dado tus audiciones de radio, así que con los dos sueldos unidos podremos casarnos antes de que pasen dos años. Después de noventa y seis meses de amores, me siento igual que

Anatolia Manrupe antes de arrastrar al tálamo a Tortorelli (Anatolia Manrupe era una célebre educadora de edad inmemorial - una especie de Cécile Sorel del magisterio uruguayo - que, ya no en el crepúsculo, sino en la noche intempesta de su vida, se había unido a un diputado/no tan inmemorial y se había lanzado desde el balcón de su casa a los pantanos de la política local, en una campaña más divertida todavía que las carnestolendas de fin de siglo).

La exageración de Silvia hizo reir a Guy: cuando dejó de reir, no pudo seguir leyendo, porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

* * *

Se preparaba para ir a Paysandú en el verano siguiente a la muerte de su madre; apenada, su tía Delatour tuvo entonces un arranque de cuya generosidad sólo él se había dado cuenta cabalmente; él, que le había oído a los diez años el disparate dictado contra él y sus padres por su ignorancia, por su apocamiento y su consiguiente envidia de los que podían brillar. Era urgente, había pensado Marie, sacarlo de la casa donde todo; la cómoda todavía desordenada de su madre, los suntuosos sillones ingleses de damasco color cyclamen comprados por ella en el remate de los Estrázulas; el piano vertical "Schiedmayer und Söhne" donde madre e hija habían tocado valses a cuatro manos bajo la dirección de Esmeralda Escuder; aquel cuadro de una labradora que ella había pintado y bordado (las dos cosas juntas) según los desmanes artesanales de principios de siglo; los manteles con aplicaciones de "crochet" a los que dedicaba tantas madrugadas; las cañas sibilantes del jardín, por las cuales, en un episodio de la infancia de Guy, había visto ella huir a un ladrón disfrazado de "pierrot" después de saltar por una ventana trasera de la casa (¡qué Uruguay rocambolesco el de aquel entonces!); la primorosa colcha de pabilo tejida por ella; su retrato vestida de Julieta, a los 19 años, para un baile de máscaras en el Teatro Solís;

su sillón de hamaca esterillado, las últimas ropas elegantes que se había mandado hacer, y que fetichistamente alguien había guardado sin omitir prenda; todo, todo, recordaba a cada paso el hachazo del destino que había sajado aquella majestuosa figura en sazón del fresco vivo de la ciudad.

Los exámenes de Guy no habían sido felices. El padre desaparecía por las noches. Nadie tenía con el chico, ningún pariente de ninguna de ambas ramas, un gesto tierno; parecía que en aquel país de jueces y censores maledicentes la ternura se guardara para las horas de regocijo - bodas, cumpleaños, exámenes - y no para las muertes, que era cuando más se la necesitaba. Pero frente a la muerte nadie sabía qué hacer ni qué decir; uno no sentía por interpósita persona. Quizá constituyera aquél el verdadero castigo por el pecado original, que sería el de simular - consciente o inconscientemente - el amor.

Alejar al chico de aquella casa - todavía no se había encontrado una lo suficientemente grande como para que la familia deshecha intentara crear un "ersatz" de hogar con la abuela y los tíos paternos - era ya un gesto tierno. Paysandú, la adormilada ciudad ribereña, era todo un mundo nuevo para Guy. Y para Silvia la cosa no tenía discusión posible, Acompañaría a su hermano; eso se daba por descontado.

A sus cinco años de edad quizá se sintiera todavía más desesperada que él a los quince. Nadie sabía medir aquellas cosas, y Guy, menos que nadie. ¡Estaba él en un vacío, en un caos tan grande! Fue en aquel verano cuando decidió que nunca sería feliz... PORQUE NO MERECIA SERLO: un disparate que sólo habría podido significar: "Mi madre ha muerto, y yo tengo el tupé de seguir viviendo".

En cuanto se habló del viaje, la niña dijo: "¿Cuándo nos vamos?" Era lo lógico; desde la muerte de su madre, que tenía tal locura por ella, Guy, fuera de las horas de clase, llenaba la vida de Silvia hasta el

último segundo; la enseñaba a leer, perdía horas jugando al ludo con ella; a falta de "biógrafo", como se le llamaba todavía al cine, y que el duelo les vedaba, había hecho que su padre comprara un teatro de títeres de cachiporra en el que representaba truculentas farsas para divertirla; la avostumbró a esperar la aparición de "Billiken", una revista infantil, como si fuera una lectura de la Biblia en alguna aldea medieval; la disfrazaba, dando rienda suelta con ello a su pasión por el teatro, y la enviaba de casa en casa del vecindario a que la admiraran; guardaba el dinero de sus meriendas liceales para traerle caramelos; le hacía cuentos; en suma, la enamoraba. Porque si, como ha dicho Ortega y Gasset, el amor es un fenómeno de la atención, él tenía todo el tiempo tan concentrada sobre sí la atención de la niña que era imposible que Silvia no lo amara. En alguna forma había que reemplazar la idolatría que la madre muerta había demostrado por Silvia desde que ésta abriera al mundo aquellos ojazos de concurso de belleza.

Pero las tías rechazaron categóricamente el plan de viaje.

"Absurdo. Tú no sabés cuidar a una chiquilina. Y es lo natural ¿no? ¿Cómo vas a saber? ¿Qué vas a hacer tantas horas con ella en el tren?"

¡Lo natural! ¿No la había estado cuidando la noche del duelo, doce horas diez veces más largas que las del viaje en tren?

"¿Y te imaginás qué responsabilidad para Marie si se enferma? Allí hay de repente unas epidemias de tifus o de "dengue" que no te digo nada. Y aunque no haya tifus, ¿si le da el sarampión? ¿Te imaginás cómo se pondría tu papá?"

Su padre. Ahora, a tantos años y tantos cientos y cientos de kilómetros del drama, pensó de repente en su padre. Nadie se había preocupado por Guy en el duelo que había dinamitado la vida de toda la casa; pero ¿qué había hecho él por su padre? Alguna vez, entre bromas y veras, había oído citar alguna de las frases leopardinas que aquella chica de 19

años - la Julieta del baile - había inspirado a aquel señor misógino de 32. Su padre se había casado con el puñal al pecho. Jean Delatour sería siempre ateo, liberal, librepensador, partidario del "sauna", del hipnotismo y del amor libre; sólo con una amenaza de arrancársela para siempre llevándola a Buenos Aires había logrado la abuela - una coqueta y vociferante joven de 37 años, ya viuda y divorciada - hacer hocicar a aquel "homme à la page" y hacerlo llevar a su hija al Registro Civil. ¡Qué pasión, que Guy niño vislumbraba en las escenas de celos, en los llantos terribles e inacabables de su madre, en los caprichos inmediatamente satisfechos de ésta! ¿Cómo había podido sobrevivir Jean Delatour a su mujer? ¿Cómo, abandonado y despojado en esa forma, no se había volcado sobre los hijos?

Guy debía haber dado un paso hacia él, haber dicho algo, aunque no sintiera la menor ternura por su padre; pero eso lo veía ahora, con su mente de 33 años. Si la vida de él, Guy, se había cortado para siempre con aquella muerte ¿qué no habría pasado con la de su padre? Tanto querer y tan poca ciencia del querer. Tanto hablar de amor, y todavía no se había fundado una sola cátedra de amor. Y en todas sus formas, ¿no era ése el arte más importante de la vida, la disciplina fundamental? Ahora estaba él aquí, seco y solo, y su corazón se tendió por unos segundos hacia el hombre que tanto y tan horriblemente debió haber sufrido con aquel drama.

En cuanto, decidido el viaje a Paysandú, Guy puso sus pocas ropas en una maleta (nadie compraba docenas de prendas de luto, y él vestía de luto riguroso) Silvia agregó las suyas, sandalias inclusive. Cuando él la abrió para poner un libro, se encontró con aquellas tricotillas, aquellas falditas, el diminuto peine de carey de la niña y la colección de cuentos de "Pinocho" y rió y lloró al mismo tiempo, como ahora en este puente londinense donde era otra persona, casi con un principio

de otra identidad.

A la mañana siguiente - una hora después de haberlas sacado él de allí - volvieron a aparecer todas las ropitas en la maleta. El fue a decírselo a sus tías. "Hay que dejarla ir. No es un capricho; es una necesidad; Silvia tiene que estar conmigo".

"Silvia tiene que aprender que en la vida todo no es hacerse el gusto" respondió Agnès, la severa, la ahorrativa, la única de la casa que comprendía la dignidad que hay en no deber nada a nadie y en no permitirse ningún placer vano antes de pagar lo indispensable: la electricidad, el gas; la de labios resecos, ojos hermosos, verruga en un ángulo de la nariz, inteligencia callada, que había renunciado a la profesión de maestra porque se moría de miedo frente al mundo, aunque ese mundo fuera sólo un grupo de pre-adolescentes fatuos y ruidosos, a los que un solo grito habría puesto en su lugar.

"Pero tampoco todo se arregla con severidad. No la pueden arrancar así de mi lado; quién sabe qué efecto le hace, pobrecita" insistió él.

"¿Y vos por qué la has acaparado tanto?"

"¿Pero es que Vds. no ven lo callada, lo quieta que está siempre? Sólo conmigo se ríe un poco; con los chicos de su edad, está como muerta. Dos meses. Voy a estar afuera dos meses. La señora de al lado me dirá por carta cómo se siente Silvia; ella va allí todos los días: si está más triste todavía que ahora, yo me vuelvo enseguida".

"No seas zonzo; vos necesitás un cambio todavía más que Silvita" dijo la otra tía, que lo adoraba.

"Pero yo sé lo que me pasa y ella no; yo voy al cementerio y lloro sin parar todo el tiempo; después vuelvo mejor a casa, más tranquilo. Ella, nada. Ni una sola vez ha nombrado a mamá. ¿Cómo es posible? ¿Vds. piensan que eso es normal?"

"Es muy chiquita; no se ha dado cuenta todavía" dijo Agnès.

"Ah, eso sí que no. Precisamente si no la nombra es porque se ha da do cuenta. Pero ¿cómo puede vivir con esa pena horrible metida dentro y no decir nada? Aun chiquita como es, eso la tiene que marcar para toda la vida".

"Ya he visto que te has puesto a leer cosas de Freud" siguió diciéndole Agnès. "Otro atrevimiento tuyo. Homero a los seis años y Freud a los quince. Pensá primero en lo que te puede hacer una lectura así mal digerida. Todo no es tan simple... ni tan complicado, ya verás. Uno se olvida de las cosas más horribles; todo se cicatriza; es lo mejor que tiene la vida. Si no, la gente se haría quemar con el muerto, como las viudas de la India ¿no? El primer amor del hombre es el amor propio ¿sabés?; de ese sí que no se olvida nadie. Pero de los otros..."

En todas las sentencias de las tías - divorciadas del mundo desde su primera juventud - había algo de Viejo Vizcacha, el personaje de la literatura que Guy encontraba más despreciable y el que más había logrado apartarlo, con su "sabiduría" cínica y vil, de lo que él llamó luego "imitación de la vida" en el Río de la Plata. Las quería igual, con un amor práctico y razonable; nunca llegaría a incendiarlas de idealismo y tenía que tomarlas tal cuales eran, amargas y obscenamente verdaderas, como un parlamento de Florencio Sánchez.

Sin contestar nada, él salió de la habitación y volvió a sacar de la maleta las ropitas de su hermana. Pero a la mañana siguiente, antes de salir, todo había vuelto a su lugar; y esta vez Silvia no se separó de Guy.

"¿Hasta cuándo va a durar el jueguito, eh?" le preguntó éste. "¿Me vas a obligar a sacar tus cosas en la estación y dejarlas allí en el suelo?"

"No seas malo".

"Yo he peleado por que vengas. Pero ahora voy a hablarle a la tía

Marie cuando llegue. Si ella dice que sí, que te va a cuidar, vas a ver como Agnès y Brigitte aflojan".

"Sí, y después, ¿quién me va a llevar?"

"¡Bah! Nunca falta gente".

"No, no, no. Yo me voy contigo. Me vi'a meter en el tren y vamo'a ver cómo me sacan".

"Pero Silvita, nena, yo no me voy para siempre ¿sabés?"

La cosa quedó ahí. Guy pidió a la criada que llevara un bolso a la estación y que, mientras él elegía con Silvia unos chocolates para dejarle, procediera a efectuar el traspaso de las pequeñas prendas. Pero la niña no se dejó engañar tan fácilmente. En cuanto volvió y vio aquel bulto nuevo, lo abrió.

"¡Qué sinvergüenzas! ¡Vos también, vos también!" dijo, haciendo un puchero y mirando directamente a Guy.

"Nena, por favor, no me pongas más triste. Vas a ver cómo el tiempo pasa volando".

"Quedate allí; por mí, te podés quedar; yo no quiero saber nada más con vos" dijo ella, los ojos asombrados y heridos. Aquel hermano que vivía dedicado a ella, el ser en quien más confiaba, estaba directamente complicado en la traición.

Faltaban tres minutos para que saliera el tren. Impulsivamente, él corrió a una de las puertas del vagón y entregó al empleado las dos piezas de equipaje. "Bueno, Justina, súbala. ¡Suba! Nos vamos los tres" dijo a la sirvienta haciéndola un guiño. La mujer lo miró sin comprender. "Sacaremos los boletos a bordo" y le hizo otro guiño. "Suba, suba". Nada. Guy le aplicó el puño cerrado contra la rabadilla para hacerle ver que la cosa no iba en broma. Pero como Justina no se movía, él cargó a Silvia en los brazos y la montó en el coche. "¡Suba!" dijo a la criada por última vez a tiempo que se sentía el pitido de aviso.

La mujer, alarmada, saltó el tren. Guy la hizo sentar junto a Silvia. fue a buscar al revisor al vagón contiguo y allí compró dos boletos de ida y vuelta para Colón, la primera estación, que venía veinte minutos después. Silvia lo miró, al regresar, con ojos de desconfianza: ¿cómo se iba a ir Justina tan lejos sin ninguna ropa?

"Mirá qué lindo, cuántos árboles" le dijo él. "¿Te gustaría tener un burrito así?" agregó, mostrándole un manso asno gris, de bíblica mirada - idéntico al Platero de las ilustraciones - que cargaba un asesino peso de alfalfa. No se animó a fantasear sobre lo que encontrarían lejos, en casa de su tía: aquel podía ser un nuevo hierro candente aplicado a la llaga, un motivo futuro de resentimiento para la niña. Cuando sintió, por el escandaloso perfume de eucaliptus, que llegaban a Colón, miró a la criada y abrió y cerró los ojos dos veces, rápidamente. Esta vez la mujer comprendió; él se levantó y ella lo siguió, con Silvia de una mano y la bolsa con sus ropas en la otra, aunque escondiéndola todo el tiempo detrás de sí.

"¡Cómo! ¿Es tan cerca? ¿Ya estamos? ¡No!" dijo la niña a tiempo que Guy la recogía desde el andén.

"No, pero hemos dado un paseíto. Portate bien y aprendé a escribir un poquito más, a ver si me mandás una cartita ¿eh? Yo voy a traerte de allá algún bicho manso para que lo tengas en el jardín".

"¡Me engañaste otra vez! ¡Sos un sinvergüenza! ¡Todos son unos sinvergüenzas!" gritó ella, inmóvil como de costumbre.

Guy la abrazó y ella lo rechazó; luego, en el curso del largo beso de su hermano, se le acabó el espíritu de resistencia y de repente se puso a sollozar.

"¡Pobrecita! ¡Pobrecita!" dijo, acariciándole el pelo, la criada miope, minúscula, insignificante, con una gafas de aumento que le daban un aire pasivo y oriental.

Guy, ahogado por las lágrimas, montó en el tren, que en el mismo instante echó a andar.

"¡Adiós, adiós! ¡Portate bien, comé mucho y esperame, que voy a volver pronto!" dijo.

"¡No me importa si volvés o no! ¡Me engañaste, me engañaron todos, sinvergüenzas!"

Guy, sonriendo, le tiró un beso con la mano.

"¡Ya verás que no! ¡No llores más! ¡Adiós, adiós, hasta pronto!" Pero por dentro decía: "Seguí llorando, Silvia! ¡Llorá todo lo que no has llorado a mamá! ¡Este desahogo es una bendición del cielo!"

El tren se movía y los sollozos de la pequeña eran convulsivos. En ese momento Guy supo en su corazón que nadie lo querría nunca tanto como aquella hermana.

"¿Pensará que me pierde también a mí?" Eso sería horrible" se dijo, sacando el brazo por la ventanilla. "Pero no, ese corazón congelado se ha caldeado un poco; hay una veta abierta; ya no temo tanto por ella" se hizo ahora la ilusión de haberse dicho entonces, como si a esa edad hubiera tenido la costumbre de hablarse a sí mismo con frases literarias.

"Qué cobardía enorme de mi parte" pensó enseguida. "A los 15 años uno sabe muy bien lo que hace. Cedí a las ideas fijas, a las costumbres, a la sequedad de mis tías. Fui un cobarde. Y quién sabe qué mal le hice con eso a la pobre Silvia; quién sabe qué herida va a llevar en el fondo de su alma hasta el fin".

Para apaciguarlo en el temor a aquella supuesta culpa de adolescente surgió ante sus ojos, en el camino de vuelta a Haymarket, la imagen de otra Silvia rebelde como él, moralista como él, apasionada como él, que a los doce años, después de haber cobijado en su lecho a un pollito recién nacido y haberlo prohijado largo tiempo durmiendo con él hasta transformarlo en una criatura casi humana, supo una noche que lo ha-

bían matado y lo iban a servir para la cena e, irrumpiendo en el comedor al sentarse todos, les gritó con la cara descompuesta, como una pequeña Electra tronituante: "¡CANIBALES!"

* * *

Llegaron al hotel a las nueve menos cinco: unos "sandwiches" de pan de Graham con tomate y con el excelente queso de Cheshire habían apaciguado a Cortés, que venía de mejor humor. La redonda pelirroja que los sirvió en un "pub" de Leicester Square - toda risas que amenazaban con desarmarla literalmente y derretir sus blanquísimos, mantecosísimos brazos - oyó decir "ice" a Cortés y le trajo dos cubitos de hielo en su vaso de cerveza.

"Ice is nice" le dijo con una mirada provocativa.

"And you're getting warm" le retrucó Guy con una sonrisa.

El arquitecto-paisajista consideró que había hecho su primera conquista en Europa. Después de beber cerveza realmente fría y tomar el primer alimento comprensible que le servían, se sintió casi en la antesala del Nirvana.

"Ya ves que Londres no está tan mal" le dijo Guy. "Y no olvides que cuando gritaste desde el barco: "¡Viva el Partido Comunista!" las barrenderas del puerto vivaron a coro" añadió con malicia.

Cortés suspiró de satisfacción y pidió su llave.

"Mañana a las ocho desayunamos aquí" le dijo Guy como una orden."Antes de ir al Consejo Británico, vamos a dar una vuelta por Hyde Park".

"Hasta mañana" contestó Cortés sonriendo sin ningún comentario y dirigiéndose al ascensor.

"Si viene una llamada para mí..." empezó a decir Guy al encargado de la recepción.

"El señor lo está esperando en el "lounge", Monsieur Delatour".

Guy pidió dos "cognacs" y avanzó hacia la sala de los huéspedes. La idea no podía ser más apropiada: Amescua estaba con cara de dar exámenes y ojos de haber sacado una mala bolilla.

"¡Hay, qué cara! No será alguna mala notida ¿ho?" le preguntó Guy, sentándose frente a él sin darle la mano. El hombre sacudió la cabeza. "Entonces ¿no ha habido carta de España?"

"Sí, sí".

"¿Y tu hija y tu madre están juntas?"

Amescua asintió con la cabeza.

"¡Hombre! ¡Cuánto me alegro! El vasito del "ouija board" tenía razón, después de todo".

"Así es".

"Pero a tí te ha dado un ataque a la cabeza y no puedes hablar".

"No seas tonto" respondió el andaluz con un conato de sonrisa.

"¿Pero cómo? ¿No estás contento? Yo no entiendo nada".

"Contento... contento... no".

"¡Ay, Amescua! Te mereces un par de bofetadas".

"Es muy posible. Yo esperaba... no, no, esperar no es la palabra: temía, que ese mensaje de... de..."

"Venga, dilo de una buena vez. De un espíritu; de alguien del otro mundo..."

"Estuviera aquí".

"¿Y qué? ¿No es maravilloso que lo hayas encontrado? ¿No es maravilloso pasar de la esperanza a la certidumbre? A tí te consta ahora que hay un más allá; que el espíritu sigue existiendo después de la muerte; que irás a una especie de purgatorio, y seguirás sufriendo, pero que todo no acaba aquí, en este cochino mundo".

Amescua levantó las cejas.

"Sí, todo lo que quieras, pero..."

"¿Cómo "pero"? No seas cobarde. No te permito que me desilusiones de los españoles".

"¡Bah! Entre nosotros hay de todo, como en cualquier otro pueblo".

"Sí. Pero yo he idealizado a España, como idealizo a la mujer; así que no me estropees la imagen".

"Desde que llegaste te estás burlando. Haces mal, Delatour; tú eres el único que me puede comprender".

"Te comprendo de sobra, no te preocupes. Eres el peregrino desesperado al que de repente, en un recodo del camino, se le aparece Dios, y tiembla con todas sus células y sus fibras y se arrodilla deslumbrado por la maravilla de haber nacido y estar vivo, pero que luego..."

Un árabe joven, con ojos que radiografiaban a los clientes para leer en ellos alguna posibilidad de mercado negro, dejó en la mesa el "cognac" - un dedo en un universo de vidrio - se inclinó con musulmana compostura y se retiró.

"Caramba. Esta es mi primera impresión agradable del día: un hotel donde le adivinan a uno el pensamiento".

"Y le interrumpen al mismo tiempo la frase clave de la velada. Pero que luego, decía, cuando le traen a uno un "cognac" en la primera posada del camino, lo bebe y dice: "No. Lo que me ha ocurrido ha sido un espejismo del calor. O si quiere una casualidad, lo mismo da".

"En otro momento, so uruguayo, te cogería de las solapas y te daría un buen zamarreo".

"Lo cual quiere decir que tengo razón".

"Y tú, tú, si te hubiera pasado lo que a mí, ¿creerías?"

"Claro que creería. Yo necesito creer en algo".

"¡Qué va! ¡Tú eres de mi misma pasta! Veinte años menos, pero igualmente echado a perder por el racionalismo, por el liberalismo que todavía nos arrastran por este siglo. Somos dos pobres individuos que

creemos que podemos saberlo todo, pero que, en la locura que ha de venir después de esto, como después de la otra guerra, podemos darnos ya por borrados, por liquidados".

"Date tú si quieres. Esos veinte años de diferencia pesan un rato, querido Amescua. Vamos a ver. ¿Qué hay detrás de toda esa reticencia tu ya, eh? El miedo a creer en Dios. ¿Y quién puede tener ese miedo? El que ya cree en El con todas sus vísceras, pero no con la cabeza, no con la cabeza ¿no es así? Contéstame.

"Maldita sea. Tú no te has tragado todas las misas que yo me he tragado de niño. Tú no has visto la forma mecánica de rezar, la sordera ante el enorme misterio de la misa, tanto en el párroco como en los feligreses". Amescua se bebió un buen sorbo de "cognac". "Ahora iré por una segunda copa".

"Pero no me digas que tienes esa cara solamente porque el anuncio de un espíritu ha resultado cierto, o porque "ha dado la casualidad" de que una broma metafísica que te dieron en el barco ha resultado ser verdad. Algo más te pasa".

"Sí, esto. Me pasa todo esto. Me pasa Londres. ¡Una ciudad que he gozado tanto! ¡Había una abundancia tal de cosas, de luces, de "comfort", de risas por todas partes: una apreciación tal de todo lo fino; los muebles antiguos, la poesía isabelina, los ámbares raros, el teatro ingenioso, los "restaurants" bien decorados..."!

"Por eso los ingleses iban tanto a Maxim's, me imagino".

"En París están todos decorados horrendamente, incluso - si me apuras mucho - el mismo Maxim's".

"Pero la comida es mejor".

"¡Hombre! No me hables de la comida en Londres. Esta gente se ha resignado a comer un mal rancho que ni en nuestra guerra civil. En cierto modo es como si hubieran tirado la esponja y se hubieran resuelto a vivir en la miseria por siempre jamás. Eso es lo que más me duele de Londres".

"¿Por qué? Que yo sepa, los ingleses no han tenido nunca fama de gran sensualidad gastronómica".

"Pues sabes poco, amigo. En su "Elogio de la locura" Erasmo los acusa de jactarse de su belleza física, de su talento musical (!) y de su buena cocina, mientras que los franceses apenas se enorgullecen de su urbanidad y sus conocimientos teológicos".

"¡Ja, ja, ja! Con razón elogiaba a la locura. Estaba loco".

"No; estaba a principios del siglo XVI. Pero a mediados del XIX la cosa sigue todavía. Espera a que llegue mi baúl. Te mostraré el famoso libro de Mrs. Beeton. Una de sus recetas de cocina empieza así: "Tómense veinte huevos, tírese la clara y la yema, pulvericense las cáscaras, y con ese polvo..."

Guy rió: "Así me gusta, verte de mejor humor".

"¡Mejor humor! No me he cruzado con una sola mujer discretamente vestida. Estoy esperando a que entre más la noche. Veremos si entre las "prosties" de Picadilly, que según me dicen siguen siendo francesas en su gran mayoría, hay alguna que se presente como Dios manda".

"La tendrás que llevar a algún bar y verla bien a la luz".

"¡Huy! A eso le temo más que a un nublao. Hay que conservar alguna ilusión intacta, chico".

Amescua se levantó, llegó a la puerta del "lounge", miró enfrente, al bar, y miró y miró y se quedó mirando por espacio de lo que a Guy le parecieron horas. El uruguayo pensó en la criolla palmada con las dos manos o el no menos criollo grito de "¡Che, mozo!" Por fin, el londinense de adopción, paciente y domesticadd, logró al parecer que alguien lo viera del otro lado e hizo un gesto pidiendo dos copas más. Luego, con el mismo aire triste, volvió a instalarse en su sillón.

"Yo todo lo que conozco de la vida es lo que se aprende en las lecturas de los 20 años" le dijo Guy. "Luego - ya lo sabemos todos - se lo vuelve a aprender con amargura, con marcas de fuego, pero entonces

ya no tiene uno ganas de dar consejos. ¡Para qué! Nadie los va a seguir. Pero como yo no he llegado todavía a esa edad, te voy a proponer una receta un poco más fácil que las de Mrs. Beeton. Llámese por teléfono a alguna vieja amiga íntima, aunque tenga uno que perseguirla por todas las Islas Británicas; reúnase con ella, cómprense dos botellas de "whisky" - a botella por noche! esto ha de ser el gran problema, encontrar las botellas -y una vez consumidas, tírense los recipientes a la basura; los recipientes, no el "whisky". Entre trago y trago, póngase uno a revivir el pasado, con palabras y con gestos, y mientras revive váya se desvistiendo a oscuras a la interfecta, cubriéndola de besos para que no pase frío (aquí Amescua empezó a sonreir); su risa, sus ayes y sus reacciones serán la pimienta, la canela de ese "cocktail" improvisado. Agárrese uno una borrachera padre - borrachera de lo que fue, y de intimidad, y de un poco de culpa, que eso nunca viene mal - y despiértese 48 horas después, reajustado, remozado, reconciliado con la vida, y dispuesto a pasarlo bien en esta ciudad, con bazofia que comer, con restricciones, con pobreza y hasta con mujeres tristemente vestidas. ¡Vamos, avive el sexo y despierte! Y si uno no es capaz de ese poco de imaginación o de ese mucho de humanidad, siempre le queda el recurso de volverse a Buenos Aires. El recuerdo de la compañera perdida tendrá que irse disipando. Allí tiene uno de todo. Después de unas vueltas de copetines y un churrasco de a kilo, se va a ver una película de Sandrini y luego se remata la velada en la Ideal, con dos tazas de chocolate y media docena de masas, o pasteles, o como les llames. Yo creo que eso es lo que tú te mereces, so descastao".

Amescua rió justo a tiempo - cuando ya tenía los ojos muy nublados- tomó las dos manos de Guy y se las estrechó sin decir más.

"A solas, sin testigo,
Libre de amor, de zelo,
De odio, de esperanzas, de recelo".
(Fray Luis de León - "Vida retirada")

Hyde Park: Un botón rojo de nácar - un enorme botón de nácar prendido en los tules grises del cielo para señalar la mañana - y luego una niebla meona que no llegaba a convertirse en llovizna. ¿Cómo se llamarían todos aquellos árboles increíbles? La finísima cornamenta de sus ramas era un dibujo japonés: ¡pensar que había millones de hombres y mujeres en Inglaterra que se sabían el nombre de cada uno! Y él y los suyos riéndose de los "bird watchers". ¡Qué lamentable divorcio, el de la tierra y los rioplatenses!

En el centro de aquel oasis verde que cambiaba de nombre a mitad de camino, como el lago artificial que lo partía en dos, el amor del pasado improvisaba todos los días un Watteau soltando a pastar en pleno par que el rebaño de ovejas y corderos guardados luego en un aprisco, en el extremo del parque llamado Kensington Gardens. Corderos sueltos, un santuario de pájaros donde Epstein había colocado su homenaje a la inapresable Rima de las "Mansiones verdes" de Hudson; 1.400 metros de lago artificial, y todo eso en el centro mismo de Londres, para gratificar el amor de los ingleses por la Naturaleza. Para gratificar el que tenían por la libertad de expresión, plataformas frente a Marble Arch, donde, entre un rápido vaivén de uniformes, "saris" indios, viejos abrigos de piel para las abuelas y anticipos de trajes de astronautas para tener bien abrigados a los nietos, se entrevería una serie de oradores desmelenados que predecían unos una Inglaterra socialista y otros el fin del mundo; para la mayor parte de su auditorio siempre cambiante se trataba de dos desastres consustanciales.

Las enormes colchas de retazos verdes y marrones cosidos sobre las redes que cubrían las baterías antiaéreas semejaban, en rincones secre

tos del parque, partes de una espúreo bosque de Arden olvidado por Robert Atkins luego de una representación al aire libre de "Como gustéis".

¿Se podría llegar a andar y respirar como si tal cosa por entre aquel sombrío esplendor, aquel severo e inusitado encantamiento?

El Consejo Británico: Patios taselados, corredores estrechos, oficinas minúsculas. Y las inevitables bolsas de arena a la puerta. Cortesía sonriente en vez de palmoteos en la espalda; la rueda de "maté tea", con un solo recipiente pasado de boca en boca, sería un experimento grato para algún escocés camaleónico como Cunninghame Graham, pero todas las virtudes que se reclamaban ahora para ese concentrado de ácido ascórbico que era la yerba paraguaya ya estaban adjudicadas por la tradición a las perfumadas hojillas oscuras nacidas, según la leyenda, de las cejas que Daruma se cortó y arrojó a la tierra por haberse quedado dormido en medio de sus santas oraciones. Y el té se tomaba universalmente en recipientes individuales, exactamente igual que el tónico de la conversación de cenas y almuerzos, que una dominante de susurro impedía absolutamente hacer colectiva. Una vez más, Guy repetiría que eso no quería decir frialdad, sino tibieza.

La tibieza, ahí en las oficinas del Consejo, había subido unas décimas toda vez que alguien se dirigía a él. ¿Por qué? ¿Se sabría allí que, románticamente, Guy había dejado su puesto de comentarista en una estación de radio al saber que el dueño de ésta simpatizaba con la causa del Eje por lealtades de sangre (era de ascendencia italiana)? Ese trabajo extra le reportaba ochocientos pesos mensuales - una pequeña fortuna para aquellos tiempos - y el dinero era indispensable en su casa; pero los principios eran los principios, y él pasó sin vacilaciones a ganar, en vez de los ochocientos, solamente cincuenta en una audición patrocinada por la Embajada de Francia y la Légación de Gran Bretaña antes de la catástrofe de Dunkerque. Esto lo sabía únicamente

Michael Brady: únicamente él parecía capaz de comprender aquella visión en blanco y negro de Aníbal y Guy, que era visión llevada al terreno de la acción.

¿Qué otra causa podía haber para aquella distinción en el tono con que lo habían recibido? ¿El informe verbal de Miss de la Motte... o aquel cable de 200 palabras que Leonard Crombie, un secretario de la Legación, había enviado desde Montevideo comentando uno de los espectáculos-conferencia de Delatour? Desde que no era política ni diplomática, sino simplemente humana, moral, la adhesión de aquel uruguayo a la lucha británica contra Hitler no bastaba para justificar el matiz especial.

Guy recordó el constante "Milord" de Collins y sus predicciones en el curso del viaje. Cualquiera podía fabricar una lista de sus cojeras de recién llegado y de la confusión en que los chelines, los peniques, los "farthings", las yardas y los pies producían en un cerebro regido, más racionalmente, por el sistema métrico decimal. La novedad en su caso fue que al recitar la lista de tribulaciones de las primeras cuarenta y ocho horas el uruguayo se reía de sí mismo, receta consagrada en Inglaterra para hacer reir a los demás, pero tabú para los latinos, a los que el orgullo característico de su cultura impedía casi siempre descender de su pedestal de yeso.

En todo lo demás, los becarios del Consejo, especialmente los iberoamericanos, registraban invariablemente reacciones idénticas a las suyas. Idénticas, idénticas; todos habían dicho lo mismo que él, y volverían a decirlo, año tras año, al llegar a aquella ciudad de piedra y bruma, de silencio y caliente carcajada. Severo golpe para el ego de Guy si su complejo principal hubiera sido, como tanta gente pensaba, el de creer que padecía de originalidad incurable. De cualquier manera era un golpe. Pero todo tenía sus límites, y tampoco podía hacerle mucha

gracia, con toda su gana de pasar desapercibido en aquel ejército de viandantes, la completa identidad de sensaciones con unos muchachos venidos de costas ariscas, de la sabana desnuda, de lugares donde el odio de clases parecía capaz de encender chispas en el aire. Y así salió a relucir en este caso, cuando menos podía esperársela, la espontánea pedantería de los rioplatenses. Pero cuando Guy supo todo aquello no era ya el "dandy" discutido de Montevideo, sino un anónimo habitante de Londres ante el cual se inclinaban los "maîtres d'hôtel" del Ritz o de Claridge's sólo por las propinas que daba y porque se parecía vagamente a algún personaje célebre - nadie sabía bien cuál.

Con su "récit" hizo reir abundantemente a la gente del Consejo. En Londres aquella era una gracia social indispensable: la risa disolvía un mucho la cuidadosamente aprendida timidez de todo aquel pueblo. Alguno dijo que la erguida figura de Guy hacía pensar en un grande de España, y él respondió que un poeta uruguayo lo calumniaba contándolo entre los asistentes al entierro del Conde de Orgazmo.

Nada inquirió el recién llegado sobre aquellos hombres; inquiere el que espera algo de los demás. Años después supo que Sir Frederick Ogilvie había sido, hasta poco tiempo antes de llegar él a Londres, Director General de la BBC: así como lo veía, limpio de títulos y de antecedentes, su rostro de tierna melancolía congelada le ganó inmediatamente el ánimo. No tardó tanto tiempo como todo eso en enterarse de que Bridges-Adams, miembro del riente cuarteto, era no sólo hijo de un célebre poeta de principios del siglo sino también toda una autoridad teatral, director de temporadas shakespearianas en Stratford-on-Avon.

Pero ninguno de ellos hijo pío. Los compatriotas del viajero no perdían tiempo en proclamar su importancia pública ante quien tuviera la osadía de ignorar qué era uno; aquí lo que fuera se disimulaba tenazmente, a la espera de que el recién llegado midiera - si podía y si existían - las calidades esenciales del hombre. Por poco olfato que se tuviera, este juego daba carta de acceso a algún "club" privado en que

también se pasaba de mano en mano un mate simbólico del que todos bebían por medio de aquella risa común: reacción de hombres dueños de sí prácticamente obligatoria en momentos en que todo negrecía entre los muros de Londres, lavados, borrados casi del paisaje, con guante gris de algodón, por las audaces nubes de noviembre.

El dilema de Miss Leigh: El Haymarket resultó para Guy su ideal de teatro. Terciopelo rojo, columnas doradas, candelabros de cristal y bronce, bar alfombrado, adamascado, asordinado; todo formaba esa atmósfera recogida de prostíbulo de lujo en que, dentro de los cotos de la farsa, sólo podía establecerse - según él - la singular complicidad entre cómicos y público que crea el teatro por excelencia.

La tragedia griega, los autos en los atrios de las iglesias, las interminables representaciones del "Mahabharata" - todo el teatro religioso- eran por y para el pueblo. Pero todos ellos pedían al pueblo una fe, y más que una fe una credulidad, a la que vanamente podían aspirar los teatros de propaganda política, necesitados de un público alerta. La magia estaba ausente de estos "meetings"; la reemplazaba la idea y una aritmética extraña que a veces podía resumirse en la fórmula 5 - 3 = 10.

Esa corriente de comunicación nerviosa entre público y actor que es el mayor placer del teatro resultaba una proeza imposible en un estadio, por más baterías de micrófonos que se emplearan. Cuando se lograba en otros recintos, aunque fueran amplios, el público ya no era pueblo; ya se había convertido, por dos o tres horas, en una aristocracia. "¡Calumnia!" gritarían los gestores de los teatros "populares"; el pueblo estaba entero y la aristocracia, podrida: pero era evidente que, con toda su presunta salud, en cuanto había contacto eléctrico con el actor, el pueblo adquiría misteriosamente esa finura de percepciones, esa intuición, y experimentaba esa emoción poética, que sólo a fuerza de podredumbre habían ido poniendo a punto las "élites" de la historia.

¡Qué difícil, todo aquello! Un buen actor era un esquizofrénico "sur

commande"; todas las noches a la misma hora se abría en dos como una gr
nada y exhibía al público su segunda personalidad del momento. Esta pro
za clínica, digna de un aula de medicina, reclamaba recogida atención,
y ésta exigía a su vez, como en el aula, la explosión de la risa. ¡Qué
bien lo sabía Shakespeare y qué bien se lo había aprendido George Ber-
nard Shaw! En los teatros de Londres reía visceralmente todo el mundo;
todos los que no pertenecían a clubes privados y todos los "gentlemen"
que no podían reir entre ellos. Se reía con las tripas, esas tripas for
tificadas unas cuantas generaciones atrás en el ejercicio de ver caer
un día bajo el hacha del verdugo la cabeza de Sir Walter Raleigh y escu
char dos horas después los embriagadores versos de Berenice. Esa noche
el irlandés suscitaba la risa con su cosquilla clásica, que era la de
decir abiertamente la verdad del vulgo.

En esto radicaba su famosa revolución, una revolución cuyos efectos
venían durando ya más de treinta años. Nada más sorprendente que la
verdad: tan sorprendente que parecía ingenioso. Y nadie mejor califica-
do que un irlandés inclinado a creer en algo muy parecido a la curande-
ría para practicar aquella forma de descortesía, a la larga triunfante,
que era decir la verdad (en este caso la verdad sobre los médicos) Só-
lo un maniático de calibre irlandés decía la verdad - por lo menos "su"
verdad - camino al pelotón de fusilamiento y en tiempo de guerra y de
paz, bajo Victoria o bajo Eduardo VII. El púlpito prostituto del esce-
nario constituía, desde luego, una picante rampa para lanzar tan ines-
perada catapulta.

Pero era forzoso reconocer que, envuelta en los chales primisecula-
res de Mrs. Dubedat, Vivien Leigh - verdadero abril de Botticelli, de
una belleza casi irreal - tenía poco que ver con la verdad, y ayudaba
poco a mostrar qué admirable maniático había sido G. B. S. a principios
del siglo. En este distraído propósito colaboraba él mismo con sus car

tas a los diarios desde Ayot St.Lawrence. Talento, pero no genio; lo que él había tomado irlandesamente por genio era sencillamente un síndrome del sentido común crónico del que solamente él padecía: y a los ochenta años largos el extraño mal daba muestras de estar ya totalmente curado. No tenía mucho sentido seguir haciendo el panegírico del marxismo en un momento en que el mundo entero estaba transido de admiración por el pueblo ruso en guerra; él había vivido siempre de la contra, aunque, poco advertida del vulgo, había una contra típicamente suya en vociferar tales sentimientos rodeado casi exclusivamente de amigos aristócratas y capitalistas.

En Ayot St. Lawrence - el "rincón de Shaw", como lo proclamaban sobre el portal de entrada unas letras de hierro forjado - el sentido común tenía aún su templo. Era la residencia típica de un ama de llaves avara, de esas que al retirarse cumplen con las exigencias de la estética haciendo encuadrar las tapas de las cajas de bombones que les regalan para Navidad. Y no es que en Adelphi Terrace aquel eminente crítico de arte que fue G.B.S. hubiera tenido muchas obras de arte que lucir (lo cual, hasta cierto punto, era lógico). Pero cuando un miedo clásicamente senil, y en consecuencia irrazonable - el miedo a la pobreza - lo decidió, en un gesto irreversible, a rematar todo cuanto tenía en Londres: todos los libros dedicados por los grandes escritores de la época, todos los documentos de su celebridad, Ayot perdió su "chance" como museo.

También era lógica, arañando los noventa años, y ya solo, aquella gana total de austeridad. Lógica y triste. ¿Pero qué tenía que ver la austeridad con los cromos, las "images d'Epinal" y los tresillos de tela sintética (tal era la primera impresión que daba la sala del piso bajo en Ayot) a que G. B. S. se había condenado de por muerte? Allí, por maniobras de su secretaria y del Dr. Loewenstein - esa especie de

agente de publicidad de que hasta los personajes tan notorios como él parecen necesitar - habían ido a parar unos grabados de Durero, una litografía de William Morris, su retrato pintado por Augustus John, el clavicordio de Dolmetsch que tanto quería el dramaturgo, su mano y su busto esculpidos por Strobl, el "Oscar" que Hollywood le había acordado por "Pigmalión" y otros dos bustos suyos, los del Príncipe Troubetzkoy y de Rodin. En este último Shaw aparecía, como un Sileno desnutrido, completamente ciego - rara ironía para un campeón del sentido común - y con esa pax suprema en las facciones que sólo tienen los muertos y algunos vegetarianos; pero con la intención de cuernos en el peinado que en las demás esculturas y retratos había pasado a ser realidad. Todos ellos, curiosamente, mostraban la misma imagen, sin variantes de ninguna especie: un Moisés de Miguel Angel "manqué" y atacado de aquella temible forma de artrosis al alma que era su sentido común crónico. ¡Sentido común, un irlandés! ¡Con razón se había hecho universalmente célebre!

Entre cortinas de cretona salpimentada de florecillas, aquel conjunto parecía deplorable. Y lo que Guy calificó de cromos dignos de un ama de llaves avara debían ser sin duda las acuarelas de Sartorio, aportadas al matrimonio, como dudosa dote artística, por la mujer del dramaturgo. Fuera del Rodin, los Durero y - diría algún cínico - el "Oscar", ¿cómo se podía donar aquellas porquerías al Estado, con la sala que las contenía, pretendiendo hacer de todo ello un museo? El museo sería un monumento al ama de llaves avara que quizá se agazapara en el pecho iconoclasta de George Bernard Shaw; pero esta clase de portento no era de los que el público está acostumbrado a admirar. Como broma póstuma, aquel monumento que G. B. S. dejaba levantado a sí mismo era peor todavía que la de donar miles de libras esterlinas para postular la ortografía fonética de la lengua inglesa. El público, con

buen olfato, no la festejó como tal, y aquel piso bajo con jardín, que parecía no haber sido habitado nunca por nadie que viviera en plena conflagración creadora, se cerró, por falta de visitantes, con un avergonzado portazo final.

Frente a los ventanales que daban al jardín - sorprendentemente parecido a las acuarelas de Sartorio que Charlotte había guardado tan celosamente como su propio retrato, y, desde luego, a decenas de miles de otros jardines ingleses sin delirio de grandeza - había de pensar Guy una tarde de lluvia en aquella su primera velada teatral del Londres en guerra. Bajo la pérgola, la voz galesa de Edith Evans, encendida siempre entre la risa y el llanto, iba a decorar suntuosamente todo aquello al declarar inaugurado el museo. Pero Guy había llegado temprano y estaba solo. Solo, pensó que todo lo que se veía en el escritorio de Shaw, y sus sombreros y bastones colgados en el "hall", y la sala con sus ventanales franceses, coja de fantasía y anémica de color, se reflejaba en el diálogo de "El dilema del doctor", que Londres había conocido el mismo año en que G. B. S. se decidió por fin por aquella casa de campo en que una lápida lamentaba la corta vida de la dueña anterior, su paso fugaz por este mundo: 80 años.

La coincidencia se dio en 1906, pero la verdad cambia de aspecto y hasta de nombre cada treinta años; como musa, hay pocas tan traicioneras y de tan corto aliento. ¡Ah, si Shaw, en vez de pretender echar abajo a Shakespeare, hubiera comprendido que el secreto estaba en cazar mariposas en su jardín, las esquivas mariposas de la poesía, que tan alto volaban por encima del sentido común! En "Santa Juana" su piqueta incansable había dado de pronto con una veta de oro; la poesía se la daba el personaje, la situación, la época; en muchos momentos la burla se diluía en gran drama. Pero él, siempre naturista, siempre vegetariano, no la reconocía como su creación culminante ni mucho me-

nos. Lo demás sí lo veía claramente. El mismo había dicho: "Con excepción de Homero, no hay escritor eminente, ni siquiera Sir Walter Scott, a quien desprecie tanto como desprecio a Shakespeare cuando mido mi mente con la suya. Shakespeare fue un volcán que escupió obras en vez de lava. Comparado con él, yo soy una solterona limpia y ordenada".

Exactamente. Eso es lo que decía Ayot St.Lawrence. Pero el sentido común no era ni podía ser tan pedestre como aquella decoración. En reconocer y definir la realidad, situándose en medio de ella, hay un heroísmo de lo menos común que pedirse pueda; porque la realidad es prismática y cambiante, y nos obliga a continuas rendiciones de cuentas. Cuatro o cinco veces en cada obra que se escuchaba de él Shakespeare sonaba a editorial de un diario de esa misma tarde o a edicto a publicarse a la mañana siguiente; Shaw, en el Haymarket, sonaba a solterona que repite los refranes que le oyó a su madre, los mismos que dicen todas sus amigas. Pero eso era precisamente lo que distingue a las solteronas de los volcanes.

De todos modos, la figura del cisne de Avon, comprada por Shaw en un balneario por cuatro perras gordas, estaba sobre la chimenea de la sala junto a la de Juana de Arco. G. B. S. se ocupaba demasiado de él para despreciarlo como decía. En cambio, la célebre consorte de Laurence Olivier, encabezando el reparto del espectáculo del Haymarket, no se ocupaba lo suficientemente del autor. En dos o tres líneas de una carta privada que, con la discreción natural de los uruguayos, se publicaron inmediatamente (aunque con las intenciones más cordiales del mundo) Guy la acusaba de ponerse a la altura de una tanguera argentina cuya cursilería bordeaba la exquisitez. "Cosas de Delatour" deben haber dicho muchos, sin tener en cuenta que la cursilería es una flor de invernadero que se da en todos los climas, en todos, aunque la gente sólo se atreva a reconocerla - cuando puede - en el suyo propio y nada más.

Felizmente, había junto a ella en el reparto de la pieza un Modiglia ni vivo, tan abrinquiñado y longilíneo como las demás figuras del pintor, aunque evidentemente operado del estrabismo "copyright" de que padecían todas ellas. Era Peter Glenville. Sus grandes ojos aguachentos, su barba a la Van Dyck, sus manos interminables, sus metros y metros de brazos y piernas, toda su estilización consuntiva daba al espectáculo el toque de arte que en vano Miss Leigh - con su nariz perfecta, su barbilla perfecta, sus ojos perfectos, su boca perfecta, su frente perfecta, sus manos perfectas y su cuello perfecto- creía irradiar.

La muerte en escena del pintor Dubedat era en manos de aquel intérprete la pequeña obra maestra de artificio teatral que G. B. S. reclamaba en su texto, lo cual no impedía que lo que se decía y hacía en torno al moribundo apretara por fuerza la garganta del espectador; tal es el prestigio y privilegio de la muerte cuando se la introduce astutamente en un espectáculo. Pero Mr. Glenville se aferraba al cinismo natural de su personaje deshaciendo de varios papirotazos el "pathos" que flotaba por el escenario como el vapor de un valo de eucaliptus. Le bastaba con una sonrisa tan inverosímil como el tilde de la ñ que John Barrymore solía dibujar con las cejas - la comisura izquierda de la boca levantada y la derecha, baja - para dar una deliciosa intención burlona a varios de esos "elevados pensamientos morales" de que Wilde, quizá para hacerse perdonar sus paradojas, esmaltaba sus melodramas tipo "Una mujer sin importancia" y con los cuales Shaw, que había creído pertinente imitarlo, esmaltaba aquí la sólida superficie de sus imperdonables verdades. "Los artistas" soplaba el moribundo más que murmuraba, "no podrán ser egoístas aunque quieran" (gorda mentira que saltaba de repente como un siempretieso y que el público, en otra situación, habría recibido con una carcajada); "el

arte es demasiado generoso de por sí".

Ese tipo de rigidez muscular en el rostro que en Harley Street se llamaba dignidad (y por la cual se cobraba veinte guineas la consulta) impedía a Sir Colenso Ridgeon (Frank Allenby) decir con la lengua en la mejilla frases como ésta que le tocaba soltar inmediatamente después de la muerte del pintor: "Lo más trágico que pueda darse en este mundo es que un hombre de genio carezca del sentido del hönor". ¡Ay ay ay! Aquí G. B. S. le mataba el punto a su volátil contorráneo, y sólo/las adherencias placentarias del siglo XIX, tan visibles aún por todas partes en aquella ciudad de uniforme, podían impedir al público no soltar la risa ante una necedad de tal calibre.

En 35 años, evidentemente, el sentido común cambia tanto de chaqueta como la verdad o como un organizador de propaganda electoral. Este sexto sentido de Shaw se mostraba ya amenazado de muerte al reflejarse en la rica cornucopia victoriana del decorado.

En cuanto a Mrs. Dubedat, a quien el texto shaviano pedía una fe de maestra rural en el genio pictórico de su marido y en el genio médico de Sir Colenso Ridgeon, era evidente, por lo que hacía en escena la impecablemente bella Miss Leigh, que ésta - no sin sus razones - tenía fe en sí misma y basta.

¡Ah, la fe en sí mismas de las tangueras atacadas de puericia con complicaciones que andan sueltas bajo todos los cielos del mundo! El "boycott" personal de don George Bernard Shaw por su primera actriz era una debilidad femenina, pero no de ella, sino de Irene Hentschel, la directora del espectáculo, cuyo nombre - con sobradas razones - se veía en muchas carteleras por aquellos días.

La cursilería era el artificio sin inteligencia, la impostación sin llama; todo lo contrario de lo que había transformado a Shaw en

una leyenda universal, aunque su llama no saliera precisamente de la entraña cardíaca. Y de cursilería andaba la "vedette" del espectáculo comp para que le dieran un premio. No había más que tener los ojos bien abiertos.

Por ejemplo: antes de que cayera el telón en el tercer acto de la comedia Mrs. Dubedat-Olivier levantaba el trozo de seda purpúrea con el que iba a cubrir el flamante cadáver de su marido y lo mantenía en vilo sus buenos 15 o 20 segundos contemplando sin cesar, no la tela, sinn sus manos: "¡Qué lindas manitos que tengo yo; qué lindas, qué lindas, qué lindas que son!" como parecía decir, admirando las suyas, la cecesea muñeca parlante del tango.

En la escena inmediatamente anterior, con un ademán preciosista digno de la "pebeta más linda'e Chiclana", la buena dama, haciendo irrupción en escena vestida de rojo - tal como lo pidiera el moribundo - y exponer su incipiente y frutal viudedad a la mirada de los médicos, acallaba con la mano el frufrú de sus volantes de seda. Y había que ver en otros momentos los gestos posantes de aquellas dos mariposas de porcelana - agitadas varias veces en diversos movimientos de saludo y despedida a los galenos - siempre que, con la condescendencia de una discípula de Pracánico, la heroína fingía oir las pomposas vaciedades que un formidable destacamento de grandes actores decían con el estilo doctoral, los "tics" profesionales, la hinchazón académica tan minuciosamente indicada por el autor. Shaw achacaba además a los médicos, como burla final, un olfato estético, una capacidad para apreciar todos a primera vista el genio del pintor y disputarse la posesión de sus muestras, totalmente inverosímil en ellos... o en cualquier otro grupo humano. En manos de los maestros del reparto, este rasgo resultaba divertidísimo.

Al responder a una truculenta pregunta de Sir Colenso Ridgeon:"¿Se

atreve Vd. a insinuar que su mujer no es su mujer: que, sencillamente, es una mujer que vive con Vd.?" el desaprensivo moribundo respondía: "¿Por qué no?" Y cuatro de aquellos maestros repetían la frase a cuatro voces: "¿Por qué no? ¿¿Por qué no?? ¡¡Por qué no!! y "¡¡Por qué nooo...!" - una apabullada, otra escandalizada, otra indignada, la última asombrada - componiendo una deliciosa caricatura de una coral de Bach. Había infinidad de detalles de ese tipo; Guy los gozó y agradeció todos.

La sabiduría vital, el estilo histriónico de quienes han aprendido con sangre a hacer suyas, al recitarlas, las frases de todos los ingenios, fueron aquella noche el mejor regalo que le hiciera hasta entonces una gran civilización comprometida por la guerra, y él, que había releído la obra esa tarde, disfrutó hasta la última inflexión, hasta el último matiz, de esa perfección del teatro británico.

Pero en cambio, la estrella delincuente - que parecía puesta allí para que la perfección del resto se notara mejor - recordó todo el tiempo al uruguayo uno de sus axiomas de crítico teatral en Montevideo. Había delitos de orden estético - decía él - que, de extenderse, podían llegar a ser enormidades éticas; la cursilería era uno de ellos. Con sus blasones de plebeyez se escamoteaba el verdadero esplendor del ser humano. Ahí estaba el delito: en dejar de lado el desgarro, el latido dramático de cada vida, lo que podía dar al hombre su estatura y un cierto aliento de inmortalidad. ¿Qué otra cosa que cárcel merecían los que se forraban el bolsillo fomentando tal estafa?

Pero ahora estaba muy lejos del Río de la Plata, tierra inocente de guerras y libre de preocupaciones cívicas, y ni siquiera viendo el mal repetido en este escenario de Londres donde brillaba otra maceración de cultura que la acostumbrada en sus soleadas playas se agitó el crítico ante aquel problema ético de la estética teatral. En esta otra actitud habría podido ver Guy, si se lo hubiera propuesto, la erosión que en su espíritu empezaba ya a producir de entrada una autenticidad en

el ver y el ser de todas aquellas gentes que quizá, paradójicamente, se debiera a la atmósfera abrumada contra la cual se perfilaba cada uno.

"Time will tell". El tiempo habló en el caso de aquella figulina exquisita que era Vivien Leigh: y se supone que también debe haber hablado en el de la tanguera argentina, aunque Guy nunca la tuvo a tiro para saber qué había dicho; él esperaba que fuera algo generosamente favorable. No sólo el oficio hacía actrices: también las hacía, como en el caso de Miss Leigh, de Judy Garland y de tantas otras, las tuberculosis, con sus secuelas de neurosis y psicosis - todo sea por la línea, por la belleza - y el olvido fugacísimo en el fondo de un vaso de alcohol, y de otro y de otro. Y los ramalazos del ego, y los celos conyugales y artísticos, y el miedo a la vejez, para nadie más grave que para las gentes de teatro. En el caso de Vivien Leigh había actuado igualmente el látigo siempre exacto de su marido-director, corriendo a aguijar sus facultades en los entreactos simultáneos cuando actuaban en teatros diferentes, sacudiéndola, desafiando todo el tiempo su sentido de competencia profesional.

Los ácidos adjetivos de la vida y del arte se filtraron por igual en la preciosísima pasta de aquella muñeca, le hicieron saltar el alcandor y acabaron por sacar de su caja, tan atacada por tantos morbos, unos gritos dementes que no estaban indicados en el mutis final de Blanche du Bois en medio al silencio al rojo vivo de "Un tranvía llamado Deseo"; unos gritos que ella tampoco daba, pero que sus espectadores, siete años después de aquella velada del Haymarket, sintieron en cada representación, no pudieron dejar de sentir. (Lo más curioso es que la mayoría de ellos, hasta el fin de sus días, no olvidó nunca que había sentido esos gritos inexistentes del frágil, patético, lamentable personaje). El éxito, con todos sus horrores y mortales peligros, también hacía actrices.

Pero aquella primera noche de teatro en Londres el viajero atribuyó con justicia la música sureña del discurso, y el ceño caprichoso, y la voluntad de sobrevivir, y la capacidad de crecer en dureza, y las puerilidades y amoralidades de Scarlett O'Hara, a los dos o tres sexos que debía llevar en la cabeza Victor Fleming, Pigmalión de aquella Galatea

de escayola que estuvo tan inolvidable, en "Lo que el viento se llevó", como la Blanche du Bois de los gritos mudos que helaban la sangre.

La libertad de los Franceses Libres: En las oficinas de la policía a cuatro pasos de Piccadilly Circus, mientras esperaba turno para cumplir con el "National Registration Act" y obtener el indispensable documento de identidad, se sentó junto a Guy Delatour un muchacho que había conocido en las innumerables fiestas de sus últimos meses de Montevideo y que le había comunicado allí su decisión de enrolarse en las fuerzas de la Francia libre.

Era pequeñajo, de cincelados rasgos moros, mandíbula cuadrada, cejas doble ancho, voz recia, ademanes tajantes. Venía de una familia "distinguidísima", como se decía en Montevideo. Tal como lo había entendido Guy entonces, aquel chico compartía con otros cuantos el afán de luchar para que se acabara de una vez por todas con el crimen arcaico que periódicamente sentía necesidad de resucitar el pueblo alemán (un pueblo loco en 1870, loco en 1914 y loco de atar ahora, en 1942).

Tenía su compatriota un don de gentes natural, y el gesto de haber venido a unirse a aquella lucha lo hacía aún más simpático. Guy se alegró de verlo allí. No habría podido esperar nunca, ni siquiera imaginarse, el mazazo en la nuca que iba a recibir en ese encuentro; y su interlocutor, menos aún, el que iba a propinarle con la mayor inocencia del mundo.

Felizmente, el desastre fue de corta duración. El muchacho lo dejó completamente "knockout" en los diez minutos que mediaron entre el momento en que se sentó junto a él en uno de esos bancos largos en que se hacía cola sentado, corriéndose todos un lugar cada vez que se levantaba alguien, y el momento en que un oficial dijo "Next,please" mirando a Guy. Lo asombroso fue la naturalidad con que habló el uruguayo de uniforme. Sólo una intimidad de muchos años podría haberla justificado, pero aquí no había intimidad, ni amistad ni nada: una serie de frases sueltas en reuniones donde iban y venían montones de gente. Y se necesitaba un tupé singular para decir, como dijo, que fuera de unos pocos proxenetas y probablemente media docena de idealistas, los voluntarios rioplatenses de su grupo eran en buena parte homosexuales de alma, co-

mo él mismo: muchos de buena familia y algunos convenientemente ambivalentes.

Guy lo miró pensando que le quería tomar el pelo; pero habría sido difícil encontrar una mirada más sincera, más directa, que la de aquel peludo manojo de aparente virilidad.

La noticia era aplastante. Entre veinte mil argentinos enrolados en las distintas fuerzas aquel puñado de anormales pasaría desapercibido: pero no podía ocurrir lo mismo con los contados uruguayos que había aquí y allá.

El voluntario pasó revista a varios casos que conocía bien. Guy sabía también de quiénes se trataba. Uno de ellos era el "gigoló" típico de ojos azules y pelo negro, lacio y charolado, que se acostaba con una pareja rica de Mayfair, en el centro del lecho nupcial, condecorado con los "pijamas" de raso que le mandaban hacer de medida (él mismo les vendería los cupones de mercado negro) y con marido y mujer se pasaba la gran vida - tal como había decidido en Montevideo- molestándose en llegarse al cuartel sólo una vez por semana. Nadie sabía qué misión extraordinaria se había inventado (la verdad era ya suficientemente extraordinaria de por sí).

Otro voluntario, después de una aventura amorosa de una noche con un oficial norteamericano, le había robado el uniforme y el dinero y con ellos había pasado cinco días fabulosos en los hoteles más caros de la ciudad. Los demás, menos audaces, menos mundanos o menos afortunados - según ellos - hacían mercado negro con toda clase de artículos y luego se jugaban sus ganancias en el cuartel. Los malos perdedores hacían relucir de vez en cuando alguna navaja. También brillaba el acero cuando alguien, como en las cárceles, reclamaba la exclusiva amorosa de alguna cara nueva que atraía a varios a la vez por su hosquedad o su cordialidad, por su hermetismo o su alegría: no había nunca una causa definida. Algunas noches las broncas eran fenomenales; y si la invasión de Normandía no se producía pronto, agregó el informante, el grupo corría peligro de ser expulsado o disuelto (como en efecto lo fue antes de la invasión).

"Ciao" dijo el muchacho y "Ciao" contestó Guy al levantarse. Estaba tan apabullado que no fue capaz de hacer el menor comentario. Con una sonrisa le dispararon una serie de preguntas, y con otra él disparó a su vez las respuestas correspondientes, que iban llenando un "carnet" de tapas grises. Un breve silencio dio particular resonancia al golpe del aparato que ponía un sello en relieve a la foto que Guy se había hecho tomar esa mañana en Oxford Street. Con un rincón de su mente él seguía todo ese trámite, pero el resto de ella estaba completamente invadido por su hermana Silvia y por el novio de ésta.

Aníbal era de una pasta considerablemente parecida a la de Guy. Había nacido diez años más tarde que él, pero en un Uruguay lleno aún de la euforia que la legislación social de Batlle le inyectara con justa razón. El chico se había criado en medio a una vibración de idealismo inconcebible en Europa, sobre todo cuando casaba, como en su pequeño país, con una fe religiosa en la ciencia y sus progresos.

Aníbal, excelente imitador de salón, lo era mejor todavía cuando no tenía conciencia de sus imitaciones, como ocurría en muchos planos con la que hacía de Guy. Era mongil como él, pero no amarro, como sus paradojas; un amor posesivo pero plenamente aceptado, como el que tenía por Silvia, lo ponía a cubierto de la amargura.

Pero en otros terrenos iba mucho más allá del original: su campaña para desenmascarar a los nazis del Uruguay y organizar la lucha contra los otros - cuando vinieran - fue un ejemplo típico. Formar un Servicio de Enfermeras Voluntarias para atender a las víctimas de esa presunta invasión fue otro. En estas cosas - y en muy pocas de las otras- Guy no hacía uso de su corazón para razonar. Faltaba primero saber que Gran Bretaña se había rendido, que los Estados Unidos estaban a punto de ser invadidos y dominados a su vez y que sólo le quedaba a Hitler para coronar su victoria occidental, intentar la conquista de la América hispana: total, nada. El Servicio de Enfermeras Voluntarias se

creó de todos modos, y su autor - un niño casi - lo hizo con una dedicación y una puntualidad inusitadas en aquel país.

Gracias al sentido de la organización de Aníbal - cualidad aberrante en los países latinos, donde no la tienen ni los políticos profesionales - un grupo grande de niñas góticas se preparó hasta los dientes para atender a los hipotéticos heridos. La cosa acabó por servir: un mal día se derrumbó, en pleno espectáculo, el "Parlante". No era un nombre nuevo; el cine lo llevaba desde hacía treinta años. Exhibía entonces películas mudas en que los labios de Caruso enunciaban cuidadosamente "Una furtiva" y al mismo tiempo la voz mortecina y cangosa del gramófono cantaba "lágrima". "¡Ah, la ciencia!" decía la "haute" montevideana frente a la pasmosa - y para algunos ligeramente desconcertante - maravilla. ¿Qué podría reservar aún al mundo?

No mucho - se habían dicho quizá algunos agonistas - porqué felizmente no hubo agonizantes - del catastrófico derrumbe. Porque aunque se estaba en 1940, y el cine era ya verdaderamente parlante, y no constituía ninguna maravilla el que la voz coincidiera con el gesto, la tarde del desastre, haciendo de Napoleón, Charles Boyer hablaba con la voz de Metternich y, dándole la réplica en Luisa de Marie Walewska, Greta Garbo hablaba con la voz del Emperador, que era su propia voz de entrecasa. (El "Parlante", como se ve, siguió obstinado en la desincronización hasta el fin de sus días).

Su caída fue espectacular. Aquel cine era en ese entonces el único de Montevideo situado en el primer piso de un prestigioso y antiguo edificio céntrico, y sus asientos - espectadores y todo - recorrieron más de diez metros antes de encontrar tierra firme. Aníbal y sus enfermeros estuvieron allí en diez minutos, mientras la Asistencia Pública, montevideanamente tardía, llegó cuando habían curado ya a casi todas las víctimas leves y estaban atendiendo los casos de "shock".

Red de detección de los nazis y de los que con ellos simpatizaba

ejército de voluntarios; servicio de enfermeras. Al novio de Silvia no le había bastado con todo eso. La mejor manera de defenderla, desde luego, era ir a Europa y liquidar a los enemigos de la humanidad (sentimiento de Sir Galahad, del Rey Arturo, del Cid). ¿Y cómo? Las únicas fuerzas en exilio inglés que despertaban una simpatía tradicional en todo uruguayo eran las de la Francia libre. Pues ahí, ésas; ahí estaba la solución. Una buena mañana Aníbal, con sus pies planos y todom - esos pies que traía sangrando de vuelta de las marchas por el campo cuando salía con los voluntarios - se presentó en la oficina de enganche que los Franceses Libres tenían en Montevideo y se enroló. Tan culminante gesto tuvo una triste acogida; "¡Estás loco, vida!" le dijo Silvia al saberlo de sus propios labios. "¿Querés defenderme?" Pues entonces no me dejes aquí, muriéndome de miedo por tí; defendeme cuando vengan los alemanes. Si vienen. Yo te necesito aquí, aquí a mi lado, pase lo que pase en otras partes".

El impulso de su novio - increíble para todo el que no conociera la sustancia especial de que estaban hechos muchos uruguayos - dejó a la chica asombrada, ofendida, herida en lo más vivo. Lloró dos noches enteras y dijo palabrotas dos mañanas y tardes. Al tercer día, Guy, después de una pequeña conferencia con el padre de Aníbal, fue a ver a Sir Eugen Millington-Drake para pedirle que interviniera e hiciera dejar el gesto sin efecto.

El Ministro británico, que conocía bien a los tres, resolvió la cuestión en pocos minutos. Pero ¿y si no hubiera estado allí en ese mismo momento? ¿Y si la cosa no se hubiera resuelto? ¿Qué habría hecho Aníbal al encontrarse en Londres a boca de jarro con aquella Corte de los Milagros rioplatense? ¿Qué viaraza le habría pasado entonces por la cabeza; qué viento de furor, de conmoción profunda del alma, no lo habría sacudido al toparse con aquella otra manera de concebir la guerra? Uno no pasa en un día de los claustros veroneses de Romeo y Julieta a aceptar un "modus vivendi" en los prostíbulos del Rialto. Una cosa era conocer teóricamente las diversas formas de corrupción del hombre y otra

muy distinta sentir todo el día el olor de ésta; en aquel cuartel, como se desprendía del relato del voluntario, una mezcla inconcebible de trago fuerte, billetes manoseados, kif, semen agrio, brillatina y Abdullas.

¿Qué habría hhcho Aníbal allí, entre todos aquellos deleznables aventureros? Era un niño, pero un niño neurótico, vehemente, inflexible, como tantísimos niños; y aquella prostitución de su ideal de defensa le habría producido un trauma psíquico feroz, y luego una ira feroz, empujándolo a hacer quién sabe qué barbaridad. ¡Cobijarse bajo las hhn deras de la legendaria Marianne - estereotipo de todo lo que los uruguayos consideraban noble y glorioso - para aquellos tráficos, dignos de los desviados sexuales de la Wehrmacht! ¡Horror de los horrores! Pero un destino benévolo le había ahorrado ese estallido.

Guy, sin estallidos, sintió una rabia sorda. ¡Esa, entonces, iba a ser la contribución del Uruguay a la guerra contra el fascismo: una legión extranjera de anormales! ¡Qué vergüenza! El cuadró era lógico en la Legión misma, frente al Sahara, pero no en Londres. Afortunadamente, pocos lo sabrían. Yúrugüei, frente al Cabo de Buena Esperanza, tiritando ante la vista del hielo antártico. A él, por lo demás, la tendencia humana hacia las formas delincuentes o alcaloides del placer no podía producirlo ningún trauma: bastante había entrevisto de ella en las "codas" de madrugada a las fiestas en ciertas embajas y legaciones, entre las gentes de teatro o en noches de "cabaret".

¿Que la hija de un embajador echaba cocaína en las copas del "champagne" servido a sus jóvenes amigos íntimos? Eso podía escandalizar en 1929 a las tristes comadres de Montevideo, que nunca habían oído hablar de F. Scott Fitzgerald. En una ocasión así Guy ponía en el suelo, junto a su silla, una botella recién abierta de la cual se servía. Si la hija

del embajador le hubiera hecho una mueca de reproche, él le habría contestado, como un burócrata de pueblo imitando a Oscar Wilde: "Gracias, pero yo tengo imaginación", como casi contesta a los catorce años a la prostituta que, sin pensar que su frialdad era puro miedo, lo había supuesto drogado.

Aníbal no conocía nada de esos mundos, ni había grises de cinismo en el blanco y negro absoluto con que juzgaba las cosas de la conciencia y de la moral. Antes de cumplir quince años, aquel Werther criollo había sufrido más de un falso ataque cardíaco al no mirarlo su Carlota a la salida de clase; y Guy, que tenía el mal por verdadero (como lo tendría sin duda alguna su víctima) se había impresionado, había insistido para que Silvia lo recibiera en la casa por las tardes como amigo y venciera así su tendencia a burlarse de tan melodramática reacción. Quizá sintiera ello sin saberlo (para eso era mujer) que los ataques del chico no podían ser otra cosa que una treta infantil - y desde luego impremeditada - para acceder al juguete codiciado y no soltarlo ya más.

De esas dos maneras del blanco y negro - Aníbal, Guy - la del primero representaba cabalmente a su país: el blanco y negro inflexible. Porque allí se seguiría viéndolo todo de un color u otro; el golpe de muerte asestado a la economía nacional al transformar de la noche a la mañana pasturas de ganado en surcos de trigo para hacer dólares rápidamente durante la guerra de Corea; la loca prodigalidad de unos beneficios sociales que el presupuesto de la nación no podía costear: la inflación de la burocracia (el Uruguay llegó a ser el único país del mundo en que junto con un sueldo en la Administración pública, se extendía cada cuatro años un certificado de inutilidad vitalicia a miles y miles de votantes). En blanco y negro, también, se vería el cambio frenético del mundo en las cinco próximas décadas, la multiplicidad de culpas en to

dos los sistemas ideológicos, el acento inédito de terror que traía consigo la bomba atómica: todo, todo en blanco y negro, siempre, y casi siempre equivocado el color.

¿Y si la gestión de Guy ante Sir Eugen no hubiera tenido andamiento, y si Aníbal hubiera encontrado en Inglaterra, no el blanco y negro, sino el escarlata y el amarillo purulento de la realidad? Silvia con sus miedos, con el terror heredado de su madre a las enfermedades y a los contagios, se habría sentido más desamparada que nunca. Guy no habría podido dejarla. Ni suplantar a Aníbal por una hora siquiera en su fabulosa protección, extendida a cada paso que daba ella, a cada aspecto de su vida. El amor brujo del novio parecía adivinar las malas emanaciones del aire, las durezas dictadas en la futura suegra por una ingenua ambición al escalamiento social que era odiosa a la naturaleza independiente de la chica, para la cual esos escalamientos se producían siempre con fractura; parecía adivinar también por dónde soplaría - y cuándo - el viento del drama para la otra hermana de Guy y hasta el instante preciso en que debía prestar apoyo inmoral a Silvia en su batalla verbal contra el puritanismo de sus dos tías, escandalizadas cuando ella, en aquel amor que se mantuvo virgen unos seis o siete años más de la cuenta (y la cuenta sólo se cerró con el matrimonio) empujaba a su novio al suelo, en una veranda que daba al jardinillo de la casa, y se tiraba sobre él a besarlo, riendo como una loca.

Aníbal, el enamorado puro, inverosímil, se había ganado la simpatía de Guy, que no era mucho más verosímil que él. Felizmente se quedó en Montevideo, y el macizo compuesto por aquellas tres plantas exóticas siguió siendo, pese a las malezas de drama que se introducían en él, un coto cerrado pero vivo, y en muchos momentos feliz: aguda, afirmativa, penetrantemente feliz.

St. Johns Wood: Este era todo un jardín, pero jardín de infantes enfermos de las cuerdas vocales, que susurraban en vez de chillar ; tal

fue el efecto que causaron en Guy, a la hora del desayuno, los pensionistas adolescentes de la casa adonde lo había destinado en principio el Consejo Británico. Todos ellos susurraban, reían a la sordina, bisbiseaban sus eses sibilantes sin levantar jamás el tono y se estaban pasando todo el tiempo, con maneras dignas del pequeño Lord Fauntleroy, la mantequilla y las tostadas y el dulce de moras o de melocotón.

La buena educación llevada a aquel extremo no parecía real, y aunque Guy, desde una tierna edad, practicaba todas esas gracias mundanas y se llevaba además la servilleta a los labios antes de beber en las comidas y volvía a llevarla a ellos automáticamente una vez que había dejado la copa sobre la mesa, nunca había visto tan bien atada y amordazada como en aquella casa la estupidez de la adolescencia, su necesidad de ruido, su tendencia a dar saltos de canguro y pegar gritos destemplados.

Lo que Marañón llamó bien adultez - con término del que la Academia Española no se había dado por enterada - era, naturalmente, una cosa distinta. Adultez era la capacidad de mantener con sonrisas corteses una incomunicación absoluta con los demás. Adulta era la dama francesa que tenía la pensión, y adulta su ayudante, aunque la extática preocupación de ésta por el "kindergarten" y sus pequeños problemas revelaba enseguida una aguda nostalgia por la vida que había llevado, "en algún lugar de Francia", varias décadas atrás.

La "patronne", mujer de marmóreo cuello, generoso busto, ojeras de la "belle époque" y dientes rapaces y fuertes, acostumbrados a entendérselas bien con los "rôtis de veau", parecía Germaine Dermoz caracterizada de madre: una madre que era un poco la Léa de Colette y otro la Mrs. Warren de George Bernard Shaw. Una actriz retirada; de eso no podía caber duda. Los tópicos del oficio, los picantes e incesantes chismes del camarín y del café, habían cedido su lugar en ella desde

hacía años a preocupaciones más terrestres: qué poner como relleno de las coles que pudiera recordar, aunque fuera vagamente, el gusto del picadillo de carne; con qué aderezos freir las salchichas "utility" de la guerra para que no parecieran enteramente hechas de pan. La "crème fraîche" y los cognacs de las salsas de su tierra habían desaparecido de su imaginación desde hacía largo tiempo, lo cual, para un estómago y hasta para un cerebro francés, era la muerte en vida.

Madame no decía más que frases directas y administrativas, siempre cortas, lo cual constituía un acto de caridad involuntaria para con la música del idioma inglés. Allí los maestros cantores eran los adolescentes, y el momento culminante del desayuno, las "eight o'clock news" de la BBC, que Guy sólo entendía a medias, tan buena era la pronunciación del locutor. El boletín meteorológico, pese a su invariable tono ominoso, se seguía con el mismo fervor que si pudiera de repente, por una locura de los elementos o simplemente del "speaker", anunciar en aquel noviembre de fúnebres nieblas doce horas continuas de primavera.

Así supo Guy que había en la "terra incognita" de su elección una religión del estado del tiempo que habría hecho reir mucho a sus compatriotas. Ni siquiera un estanciero con una gran cosecha a punto de recoger lograban acallar por un minuto el escándalo de una conversación general en su casa para sintonizar su radio a la hora en que se predicen las granizadas. Si elevaba el volumen, sus invitados lo mandaban al diablo con un grito y una carcajada. Allá, en el eglógico paralelo 35, el estado del tiempo era el estado del "football", las condiciones en que se encontraban Peñarol y Nacional para el "match" del domingo. Eso sí se podía predecir; lo demás era magia negra, adivinación falibilísima, inclinación perversa hacia el error.

Además, esencialmente, los diluvios, los estallidos de calor, eran

cosas tan poco interesantes para los uruguayos como los nombres de los árboles. Pueblo amigo del sol y mimado por el sol, aquél de Guy no comprendía las neurastenias nórdicas ni las estadísticas del suicidio después de diez meses de hundido un ciudadano en el reumatismo de sus tristes litografías naturales. La vida era lo que uno veía en su esquina, y lo demás literatura; y no de la buena, decían los uruguayos en general copiando una vez más a los franceses en su cómodo, reconfortante y totalmente incivilizado egocentrismo.

. . .

Al mes de kindergarten, Guy se marchó. El no entender todavía la vital importancia del parte meteorológico, el no poder captar el valor hilarante que puede tener el que a una chica se le salte una papa frita del plato al intentar pincharla (motivo de una serie de risas e hipos que en aquella mesa duraban por lo menos dos minutos) fueron dos causas determinantes de su decisión. La tercera era más compleja. Aún el pulido silencio y el ruido discreto del kindergarten corroían su soledad, y Guy necesitaba todavía de ella para saber quién era antes de lanzarse a renacer entre aquellos grises inapelables.

No se marchó, sin embargo, sin trabar ligero y grato conocimiento con el tercer adulto de la casa, otro becario argentino algo mayor que él. Se llamaba Ian O'Connor y, dentro de una armazón física de vikingo, era todo lo rubio y tenía los ojos - grandes y bovinos - todo lo verdes que exigía su origen irlandés.

Ian lo llevó a cenas en casa de dos o tres diplomáticos argentinos y chilenos donde el "whisky", los vinos, los pavos, los "bifes de chorizo", los quesos, las piñas y la cordialidad de los anfitriones eran igualmente espléndidos, pero donde nadie daba la menor señal de imaginación o de vida. El darlas Guy, con sus imágenes ácidas pero rara-

mente crueles, le valió un éxito instantáneo de simpatía. Y ese éxito lo sacó ¡pobre monje! de su condición de tronco flotante sobre el Támesis. Por algo había que empezar al organizarse una "vida nueva".

Ian, por su parte, tenía lo suya muy bien organizada. De él no cabía esperar imágenes ácidas; pero era un Thesaurus de informaciones sobre la ciudad, un tesoro de paciencia y auténtica cordialidad, un paradigma de modestia (venía, naturalmente, del interior de la Argentina). Un mes atrás formaba parte todavía de la legión de náufragos del Atlántico, pero ahora dominaba el susurro londinense a maravilla y se mostraba de una discreción impensable en Irlanda o en el Río de la Plata.

Sólo un tipo tan extraordinario como él habría guardado como él lo hizo el secreto de sus entrevistas de alcoba con la única de las estudiantes que justificaba el riesgo en aquella pensión casi conventual: una deliciosa rubia de 16 años, guapísima de rostro, bien pensada y mejor concebida, alegre, musical, radiante. A la hora de la mesa ella nunca miraba a "Mr. O'Connor", y si tenía que dirigirle la palabra lo trataba con la reserva con que se debe tratar a un hombre ya hecho y derecho (ya se sabe a lo que van todos a esa edad).

Pero lo que no se sabía tan bien era a lo que iban algunas jovencitas a la suya, y una mañana que Guy se levantó a las dos para cruzar al baño, abrió la puerta de su habitación procurando y logrando no hacer ningún ruido y la vio, de espaldas, golpear con los nudillos a la puerta de Ian, situada del otro lado del corredor, y atacarlo a beso tendido cuando él, desnudo, le abrió y la hizo entrar.

Otra mañana llegaron al comedor, ella por una puerta e Ian por la otra; la mirada que la chica le dirigió - sin distinguir a Guy, que estaba en la sombra, detrás de su amante - era una mirada de carne enamorada, agradecida y plenamente satisfecha. Al que le pareciera

vulgar y hasta calumniosa esa impresión, no estaba de más recordarlo que a los 16 años cuerpo y espíritu son casi una misma cosa.

El kindergarten levantó la partida de Guy, porque cinco días antes de marcharse - sin haber dicho todavía nada a nadie - él se presentó una mañana a desayunar con la máscara antigás puesta. Se la habían dado algo más de tres semanas antes con su libreta de racionamiento, pero no se le había ocurrido probársela nunca. Mientras se la ponía pensó, al ver lo difícil que era respirar con ella, que llegado el momento sería mejor aspirar de una vez los gases letales soltados por el enemigo y acabar con esa, mariposa; pero cuando bajó era peor. Estaba sudando como esos gordos sadomasoquistas que iban en Montevideo a los bailes de carnaval cubiertos con dos caretas: una de cartón y otra, encima, de tejido de alambre, debajo de las cuales decían todas las cosas que el partido, la municipalidad, la suegra y el miedo al jefe de su oficina les habrían impedido siempre decir sin disfraz.

Las buenas maneras del pequeño Lord Fauntleroy desaparecieron instantáneamente ante aquel éxito cómico sin precedentes en la casa. A un chico engominado llamado Archie se le escurrió la mermelada por la solapa de la chaqueta; la carcajada brutal atrajo desde la cocina a Madame; hubo varias almas sensibles que, olvidando las leyes tribales, golpearon dos o tres veces la mesa con la mano para dar mayor énfasis a su risa desatada; la estudiante volcó un poco de leche sobre la cabeza resplandeciente de la mesa.

¡Cuán claramente se veía por esa risa que, aún flotando todos ellos en los últimos restos de una ola de pesimismo que, más que pesimismo, era impaciencia, la marea de la guerra había empezado a subir en torno al enemigo! Si se hablaba particularmente con los chicos, nadie estaba verdaderamente contento con nada. ¡Dejar a los americanos que impusieran en el Africa "pied noir" al traidor Darlan por miedo - o

asco - de las intrigas de De Gaulle, de su rivalidad con Giraud, de sus pretensiones y del tono casi monárquico con que se dirigía a Churchill (Roosevelt ni siquiera permitía que se dirigiera a él)! ¡Soltar a rebato las campanas de todas las iglesias unos diez días después de la victoria de El Alamein, como si esa victoria fuera el fin de la guerra! ¡Cuántas barbaridades! Hasta encontraban mal que los patriotas franceses hubieran hundido su flota en Tolón antes de dejar que se apoderaran de ella los alemanes (¿no habrían podido por lo menos intentar escaparse al norte de Africa, aunque el Mediterráneo estuviera infestado de submarinos enemigos? ¿No había habido allí capitanes que se fueron a pique con su barco, igual que el alemán del Graf Spee frente al puerto de Montevideo?

En Londres el pueblo - camareras, oficinistas, secretarias, empleados de correo - había luchado fantásticamente contra los fuegos interminables de 1940; pero en Egipto, en Singapur ¿qué habían hecho los soldados? Rendirse una y otra vez. La piel y los músculos de los británicos, por lo que podía verse, resistían mal la presión física y metafísica de otros climas. Montgomery, con su victoria en el desierto, había venido justo a tiempo para calmar a mucha gente. Como contraste, bastaba pensar en Stalingrado. El combustible del ejército soviético sería el vodka, y los rusos, por terror a la policía y a todas las mordazas que les había traído la libertad, serían desconfiados, monolíticos, jactanciosos, primitivos, pero ¡cómo habían luchado y luchaban ahí! Stalingrado había decidido ya la suerte de la "raza aria" y del "nuevo orden". Alemania se desangraba en sus suburbios y sus calles: el 22 de noviembre los rusos habían cercado al 6o. Ejército Alemán y apretado las clavijas en torno a éste: 22 divisiones de Paulus que mordían o iban a morder el polvo. Shostakovich, probablemente, cantaría la hazaña; pero en Inglaterra no todos veían las cosas como aquellos chicos de St. Johns Wood. Eran días de confusión;

después de tanta pérdida y tanta derrota, la gente no permitía que se le subiera completamente a la cabeza, como un "whisky" triple, la idea de acabar con aquella pesadilla en la que Gran Bretaña había reencontrado su raíz, su acento, su virilidad, su fuerza, que al definirse tiempo atrás como el arte de "vivir y dejar vivir" había parecido una inexcusable debilidad a los fanáticos totalitarios de todas las latitudes.

* * *

Cuando Guy se quitó la máscara diciendo: "¡Uf! Espero que el arma secreta no sea ningún gas" la risa alcanzó su "climax". Para suspender la no encontró expediente mejor que procurar una nueva conmoción al kindergarten invitando a la menos agraciada de las chicas a ver "Yankee Doodle Dandy" al día siguiente, domingo, en un cine de Leicester Square, "y a tomar luego un trago con él".

La compañera de juerga dominical era grande, con un rostro de luna llena rodeado de gordas trenzas. Estudiaba el violoncelo. Llevaba unas gafas que de ningún modo querían disimular lo que eran, y soportaba todavía el martirio de sus espinillas de adolescente. Pero excepto la rubia radiante y colmada de amor, no había persona más atractiva que ella en todo aquel grupo. Directa. Contundente. Lo miraba a uno mirándolo y viéndolo al mismo tiempo. Y para ella Guy era un estudiante más, alguien a quien tutear, no ese equilibrista patético que se empeñaba él en ser sobre la cuerda tensa de su nostalgia.

Quien ganó con la idea de llevarla a ver "Yankee Doodle Dandy" fue él. La película no fue sino un pretexto. Cada día se sentía más alejado del cine, y le parecía que haberlo necesitado tanto como él lo necesitaba en Montevideo definía mejor que nada la muerte sutil e imperceptible que la burocracia a ultranza había decretado para aquella aldea de sus entretelas. La película era un interminable homenaje a George M. Cohan, ídolo de Broadway que, muy oportunamente, había muerto en

Nueva York unas tres semanas atrás, cubierto de glorias de tipo puramente norteamericano, v.g. la Medalla de Honor del Congreso por su canción "Over There", al ritmo de la cual se suponía que hubieran marchado a la muerte con la cabeza alta los "boys" yanquis que participaron en la carnicería de 1918, y una autobiografía en la que se explicaba la manera de llegar a Broadway y mantenerse allí 25 años. Con tanto hombre de uniforme salido de los Estados Unidos para luchar en tantas partes, había que inventar para los GIs héroes contemporáneos, y hacer con ellos películas en las que abundara la música y el baile. Los archivos de Broadway se transformaron en el almanaque Gotha de aquella maniobra estratégico-chauvinista, y George Michael Cohan fue, con sus industrias de actor, autor, cantante, director y compositor, amén de cabeza de familia judío - con todo el olor a santidad que ello podía suponer a principios del siglo - el paradigma que nadie se habría atrevido a soñar.

James Cagney, encarnándolo con su voz metálica del Bronx, desentonando, zapateando furiosamente (lo único que le faltaba era morir como un buen "Sinn feiner") era una rana loca escapada de las huestes de Al Capone, en las que - cinematográficamente hablando - había podido ahorrar kilos de sentimentalismo irlandés para derretirlo ahora al salutífero calor de las candilejas.

¡Qué bien vaía todo aquello Marjorie, la chica! ¡Con qué agudeza se reía a destiempo! ¡Cómo brillaba en su mirada un agradecimiento que sería largo por aquel breve pasaje "por el mundo": cine de estreno, localidad cara, acompañante extranjero, bar de no muy loable reputación (el del Regent Palace)!

Liberada del kindergarten, Guy descubrió en Marjorie otra persona.

"Me revienta tanta vitalidad" le dijo ella al salir. "Tanta vitalidad de vitamina y pasta de maní, toda al divino botón. ¿Para qué les sirve a los americanos? Por lo general, para que los muchachos tengan

ese cutis que parece "creado" por Max Factor. ¡Qué aviso ideal de laxante son casi todos! ¡Tanto jugo de naranja, Dios mío! Yo, que no pruebo una desde hace dos años y medio, debería estar muerta ya". Todas estas observaciones eran un dividendo muy superior al que esperaba la agnición de Guy. "No; no es gente real, no; los GIs, con los pantalones tan ajustados dibujando el melocotón de su culito, se han escapado todos de un escaparate de la Quinta Avenida. Yo me quedo con los fundillos caídos de los pantalones de nuestros "tommies"; el uniforme de aquí no será tan esculpido y reluciente, pero para mí es mucho más humano, más natural".

"Es que son un pueblo joven. Esencialmente joven. Y con su vitalidad ¿no han hecho cosas muy buenas? Por lo menos en el cine y en el ballet, que es lo que yo he visto" la pinchó Guy para que siguiera hablando.

"Con la vitalidad sola, no; con ella y con los talentos judíos de Broadway y Hollywood, sí. Más que vitalidad natural, yo sospecho que lo que nos exhiben casi todos es un triunfo de la farmacopea. Vitalidad es lo que tiene una vecina nuestra en Norfolk, que vive de té (20 tazas al día) y de unos "cakes" horribles que ella misma se hace con huevos en polvo. Anda arañando los ochenta y parece que se fuera a desplomar de un momento a otro, pero tendrías que verla correr a los hospitales y llevar caldos a las parturientas. Eso sí que es vitalidad".

* * *

La salida con Marjorie - episodio tan nugatorio como placentero - tuvo un epílogo más que turbio. Al emerger ambos de la estación de su terráneo (St. Johns Wood, que estaba a unos setecientos metros de la pensión) la niebla, sólida e impenetrable, era la verdadera "pea soup" que Guy no había llegado a ver todavía en Inglaterra. Bueno, ver era una manera de decir. Se veía la nada. Y se comprendía un poco la filo

sofía macarrónica de Antonio Machado, que pretendía que Dios había creado la nada y sólo ella.

Marjorie sacó su linterna, q ue no alumbraba ni un centímetro delante suyo. La conversación de ambos, animada, continua, llena de risas - sobre todo luego de tres tragos - se interrumpió de golpe. Guy intentó reanudarla al echar ambos a andar: pero la chica lo interrumpió deteniéndole con la mano posada sobre su antebrazo. Así siguieron como aherrojados, como amordazados, cinco largos minutos andados a paso de procesión.

"La cárcel de aire". ¡Qué apto, qué justo para aquella extraña experiencia el título de la conferencia de Giselda Zani sobre el Giotto! La metáfora poética se convertía en realidad; tarde o temprano acaba por demostrarse que las grandes metáforas poéticas son las verdades únicas. En la cárcel sin rejas por donde andaban se movía uno sintiéndose tan prisionero como si estuviera en Sing-Sing; no se sabía, perdida inmediatamente la orientación y la idea de si se estaba en la acera o en la calle, qué podía venir con el próximo paso, si una cornisa que le hundiera a uno un ojo, un camión que lo derribara o una bicicleta cuyo conductor no dejara uno tumbado en la calle (esto era lo menos probable, porque en aquella nada lo único que se sentía de verdad eran los timbres de las bicicletas). Las voces sonaban distantes y como si un eco las hiciera rebotar por el fondo del mar, mar en el que se nadaba, casi, como un pez ciego y recién nacido que no necesitara de oxígeno.

Pero distantes y submarinas como las sentía él, las voces eran lo más poético de aquella cárcel de aire. Krimilda contestaba a Sigfrido con trémulos gritos wagnerianos desde rincones insospechados del Nibelungenlied; todo ocurría en un delirio lírico imposible entre gente nictálope, e inconcebible a la luz del sol. Y era nuevo el pulso de contenencia en los vecinos que regresaban a sus casas, no casi corriendo, como de costumbre, sino deslizándose lentamente por la calle;

todos, como las aves de rapiña, parecían suspendidos en su vuelo.

En determinado momento Marjorie tiró de la manga de Guy y le dijo "Sígueme". El advirtió que torcían a la izquierda, pero sólo tres días después supo que ella - veterana de aquellas jornadas en la niebla con apagón de los temibles noviembres últimos - había contado cada paso y que, una vez enfilada hacia la izquierda, seguiría contándolos hasta llegar a destino. Acababa esa otra vez de ver en el "Globe" una pieza de Emlyn Williams, "The Morning Star", que revivía noches de bombardeo, dos años atrás, en una casa de Chelsea; uno de los miles de casas londinenses en que se alquilaban habitaciones por aquel entonces y desde cuyo "living-room" se oían las sirenas de alarma y las del "all clear", así como todos los ruidos de los aviones y los silbidos de las bombas.

El tablero de grabaciones de sonido manejado por Leonard Upton como si se tratara de una operación de guerra funcionaba de manera maestra: Guy no había oído nunca nada igual en un teatro. Era natural que en el programa la empresa se jactara sutilmente de aquella perfección pidiendo al público que no confundiera la alarma tan magistralmente grabada con la de un verdadero "raid" ya que éste, como en todos los escenarios de Londres, se anunciaba iluminando un cartelito en el lugar donde todavía funcionaba en el Río de la Plata la concha del apuntador. Pero por ser tan satisfactorio desde el punto de vista de la mecánica, el espectáculo, en todo lo que no fuera ruido de guerra, irritaba un poco; el diálogo nunca podría sonar tan verdadero como aquellas sirenas, especialmente cuando Mrs. Parrilow, la encargada de la casa, se agazaba debajo de un piano de cola con uno de los huéspedes y filosofaba allí sobre la vida. Además, había mucho más miedo explícito en la obra de lo que los londinenses recordaban probablemente haber sentido. Nada. Guy esperaba oir las sirenas de verdad, las bombas de verdad. A esas alturas no le bastaba con el astuto artificio escénico del autor galés.

Pero en la calle, al volver, ¡cuánta verdad, y cuánto misterio en la verdad! Había nevado copiosamente, y la nueve había desvanecido la única esperanza de orientarse, que era caminar por el borde de la acera hasta sentir con el zapato que se llegaba a la esquina. A la salida del subterráneo tres muchachos que iban juntos propusieron a Guy que se les uniera. "Hay que hablar, hay que gritar todo el tiempo" dijeron: "de otro modo uno puede chocar malamente contra alguien que venga en sentido opuesto".

A la media hora se habían cansado ya de gritar y parecía no importárseles tres pitos si chocaban contra alguien o no: las voces que se oían en aquella misteriosa montaña a ras de tierra eran apagadas, agudas, difusas, voces de naufragio que volaban por encima de la cabeza de uno, añadiendo nuevas capas de desorientación a las que ya le llegaban a los hombros. La gente se sentía tan perdida que había empezado a reir sin razón: "silbando en la oscuridad" llamaban los americanos a aquel mecanismo de autodefensa. Guy pensó en todos los resistentes que podían andar por las montañas de Europa atrapados repentinamente por una cerrazón tan alevosa como aquella: ¿cuánto tiempo puede seguirse sin ceder, sin verse asaltado por el sueño, sin tenderse y acurrucarse en un rincón, indiferente al frío que vendría - exacto partidario del Eje - a helarle a uno los huesos y dejarlo convertido en su propia estatua?

A la hora de estar deambulando por aquel laberinto, tan improvisado como perfecto, los tres compañeros de Guy se hallaban a un paso de su casa, por la que habían pasado ya tres veces. Se habían hartado de preguntar a las voces perdidas que sonaban cerca de ellos: "¿Sale Vd. de su casa?" "No"; era la respuesta invariable; "salgo del metro". "¿Y dónde estamos, en qué calle?" "Eso es lo que querría saber yo".

No había nadie que diera una clave. Todos los "pubs" se habían cerrado hacía ya largo tiempo. Y ahora empezaba a cerrarse un cerco de

angustia en torno a los cuatro viandantes extraviados, en cuyas gargantas se habían extinguido hacía ya también un buen rato las risas huecas e inútiles.

Guy propuso golpear en cualquier casa. "No yendo con un extranjero: la gente tiene a veces reacciones raras" le dijeron.

"Entonces, vayan Vds. Ya me las arreglaré yo como sea".

"No, no. De esta salimos los cuatro juntos o nada".

Hubo luego un silencio de acero inoxidable, un largo silencio de gente ya desesperada.

"¡Gai! ¡Gai! ¿Estás por aquí?" gritó repentina y providencialmente una voz conocida: la del único inglés engominado con que Guy se había tropezado en Londres, el negocioso pichón de economista que a veces le traducía, en la mesa del desayuno, los pasajes más impenetrablemente británicos de las "eight o'clock news".

Por unos segundos Guy no se reconoció con aquella pronunciación inglesa de su nombre; "¡Gai!" Luego vio que se trataba de él mismo; que era Archie quien lo buscaba. Ya podían cantar con las mejores intenciones todas las sirenas del periplo odiseo que lo esperaran en el futuro de su vida: ninguna voz sería más bienvenida que aquella en aquel momento.

"¡Archie! ¡Bendito sea Dios! ¡Esto sí que se llama llegar oportunamente! ¿Dónde estamos?"

"En la esquina de casa" dijo la voz acercándose. "Marjorie me hizo salir a buscarte".

"¿Y qué esquina es ésta?" preguntó uno de los compañeros de aventura. Archie se lo dijo. Carcajada más libre, más alegre, más rotunda que la de los tres desconocidos no saludaría jamás ninguna de sus frases. Los tres estaban también a veinte pasos de su casa: vivían justo a la vuelta de la pensión de la Germaine Dermoz de St. Johns Wood.

Desde aquella noche ya no le pareció a Guy misterioso, liberador o

excitante el connubio de niebla y apagón impuesto por la guerra. La impunidad momentánea, la libertad que se sentía en él cuando era leve y la Naturaleza toda, y la obra del hombre, se echaban encima un manto de encaje cárdeno o parduzco, no valían la metáfora del destino humano que constituía al enmascararse el paisaje por completo, al ponerse un dominó totalmente negro con la caperuza echada sobre el rostro: porque entonces giraba uno con vueltas de ciego en torno al mismo lugar, dando voces que nadie contestaba directamente, y se arrastraba en un tenguerengue fatal por una sombra que el tiempo iba haciendo cada vez más vacía, más desesperante, más trágica, como podía haber sido la sombra del ala de la muerte en horas palcolíticas de la historia.

"Corazón que no quieres",
Corazón que no sabes.
Con largos miedos crespos
Te blanqueas la sangre".
(Carlos Rodrígues Pintos - "Muerte suave")

Unos días antes de cambiar de domicilio Guy fue a la clausura de la exposición de Gregorio Prieto en las Galerías Lefevre. Había traído líneas de presentación para Perdita Balliol, con quien cenaría esa misma noche, y para Prieto, que le había rogado por carta que fuera a ver sus óleos y dibujos antes del 28 de noviembre, "please".

Allí, en el momento en que entraba a la galería Pamela Brown, estaba el forastero rodeado de varios amigos españoles del artista, a quienes hacía reir con impresiones de Londres que todos habían olvidado o archivado hacía tiempo.

"Lo bueno de esta ciudad es que no se tarda tanto en entenderla como yo creía" estaba diciendo Guy. "Pero hay que indagar y preguntar, algo que me es muy difícil. Yo prefiero imaginar, pero mi imaginación trabaja en otras longitudes de onda - o quizá sea mejor decir "lentitudes" - que las de aquí".

"No se salga del tema" lo reconvino amablemente el pintor.

"¡Ah, sí! ¡La orgía de "thank yous"! Bueno, pues al cuarto día de ir a "restaurants" y de observar que la camarera me decía siempre "Thank you, sir" al dejar un plato en la mesa o al traerme un vaso de cerveza - como lo habían hecho todas las otras desde que llegué - la detuve y le pregunté: "¿Qué es lo que me agradece? El que tiene que darle las gracias soy yo, por servirme tan bien y con tan buena disposición". (Risas). "¡Señor, por Dios!" "Pero dígame: ¿por qué repite Vd. "thank you" tantas veces?" "No sé... Es una costumbre, supongo". "¿Así que Vd. no le ve ningún sentido?" "Hmm. Bueno, si me aprieta mucho, le diré. Yo le agradezco a Vd. personalmente que haya venido aquí. Mientras tengamos algún cliente-

y ya ve Vd. que son pocos - no me despiden. Pero si me despiden tendré que ir a una fábrica. Ya me han llevado a una de visita, a ver si "simpatizaba" con algún trabajo en especial. A los diez minutos de oir todo aquel ruido, salí corriendo antes de ponerme a gritar". (Risas) "¡Qué fresca! Pero yo seguí con mi encuesta. A la mañana siguiente una veterana me ofreció una respuesta más racional. "Supongo que se dice thank you, sir para indicar que una está agradecida a la oportunidad de servir a un caballero; thank you porque se va a dignar tomar el plato que se le trae; thank you porque con esas palabras se le desea que le aproveche la comida que se le sirve". "¿De veras?" le pregunté yo con cara de turista cínico. "¿Y qué otra razón puede haber? Si no es por eso, Vd. comprende que parecería una idiotez". (Más risas).

En ese momento Pamela Brown se acercó al grupo a escuchar en vez de oir la resonancia rioplatense de la voz de Guy, que hablaba en inglés porque en el grupo estaba uno de los dueños de la galería. "Sus razones son buenas, pero a mí da la impresión de que estoy en la India, no en Europa". Guy seguía elaborando el tema del "thank you". "¡Pero señor!" dijo que había contestado la mujer. "¿Cómo se puede servir si no lo hace una con buenas maneras? ¿Y de buena gana?" "Eso es lo que se preguntan docenas de miles de comensales en todas partes del mundo" (Risas). Y yendo al ataque, "¿Vd. comprende" agregué "que todo esto desaparece, que se va?" "¡Ay, sí, señor, cómo no lo voy a comprender! ¡Se ve cada cosa desde que empezó la guerra! Pero si yo tirara el plato sobre la mesa sin decir nada, no por eso me haría capitalista, ni tampoco me sentiría más contenta; en cambio sentiría mucha vergüenza de lo que pudiera pensar Vd. de mi país".

"Dichosos los extranjeros, que pueden oir esas cosas. Nosotros ni las imaginamos" comentó la actriz. Hubo presentaciones y ella continuó:"Somos como el marido que vive veinte años junto a su mujer y no advierte

todo el mapa de arrugas que se le ha ido dibujando en el rostro. El novio que tuvo ella antes de casarse y que vuelve de Sydney de visita las ve casi todas, por lo menos si se pone las gafas".

"¡Entonces, dichosos Vds.!" exclamó Guy.

"No sé. Hay arrugas que quedan muy bien".

"Es Vd. la primera primera actriz a quien oigo decir una cosa así".

"Aquí en Inglaterra todos somos trabajadores del teatro. Pregúntele a Prieto, que me conoce de Oxford, cómo la hemos pasado mi marido y yo, años y años. ¡Qué lucha! Pero luchar la mantiene a una despierta".

"Bueno, trabajadora si Vd. quiere, pero trabajadora célebre. Yo la he ido a ver en "Claudia" por el ruido que había hecho su interpretación. No hace todavía tres semanas que estoy en Londres, y el ruido ya había llegado a mí".

"¿Y le pareció justificado?" Despierta estaba, sin duda, aquella primera actriz con todos los pergaminos. "Para mí es uno de tantas docenas de papeles".

"Me pareció, a decir verdad, un poco sorprendente lo que Vd. hace".

"Ya sé lo que quiere decir" murmuró Miss Brown, que tenía un rostro ideal para hacer de Mona Lisa; redondo, de ojos gatunos y sonrisa que a veces parecía amenazar con convertirse en imprecación murmurada hacia adentro.

Nadal, un amigo de Prieto, pisó ligeramente la puntera del zapato de Guy para indicarle que era el momento indicado para cambiar de tema. Pero lo cambió ella: "¿Y qué más? No me digan que me he perdido el resto. "Moral y maneras de tiempo de guerra en Londres, por un Observador Imparcial".

"Parcial, de lo más parcial" dijo Guy. "No ha perdido realmente nada; lo que pasa es que todos estos buenos amigos festejan lo que digo porque en realidad querrían ser ellos los que llegan recién".

"Eso lo puedo imaginar bien" respondió ella. "Este Londres de uniforme excita y cansa. Y a mucha gente le gusta eso. Cada vez más. En Oxford se vive; aquí se agita una y corre; a veces puede decir apenas que existe".

"No todo el mundo, naturalmente, reacciona igual" siguió diciendo Guy. "En el ómnibus en que venía aquí habría a lo sumo cuatro/cinco pasajeros. Yo subí al piso de arriba para fumar. Estaba solo. El cobrador tardó un poco en venir, pero cuando subió a su vez estaba cantando "Boheme". Y no "Che gelida manina": ¡cantaba nada menos que el vals de Musette!" (Risas)."Con voz de barítono, y sin coqueterías de ninguna especie. Pero mientras arrancaba el boleto de su maquinita, oirlo decir: "Quando m'en vo soletta per la vid, la gente sosta e mira" era una sensación tan inesperada como si Jack Dempsey, sin anuncio previo, saliera a hacer de favorita de Luis XVI en "Du Barry Was a Lady" (más risas). "Yo creo que ésto sólo puede pasar en Londres".

"De ahora en adelante, habrá que ir más en ómnibus" dijo Prieto, que nunca decía mucho.

"Más" pidió Nadal, escondido detrás de sus gafas.

"Hoy ha sido un día especial. En Piccadilly, de camino hacia aquí" continuó Guy "había una chica de uniforme que avanzaba por la calle, pero con la cabeza totalmente vuelta hacia atrás. Yo me detuve de pronto para que no chocara conmigo, pero chocó, y al dar yo un paso hacia atrás le encajé tremendo pisotón a una viejecilla minúscula. Un viento fuerte habría podido fácilmente elevarla en el aire y depositarla en el techo de Simpson's. "¡Ay, lo siento horrorosamente, señora!" le dije. "No, no, la que lo siente soy yo". "Me imagino; ¡un pisotón tan fuerte! ¡Qué mala pata!" "No; lo que yo siento es que Vd. lo sienta tanto. Si yo no hubiera tenido el pie debajo, Vd. no estaría tan mortificado. Y extranjero y todo. Le pido mil perdones". (La risa, ahora, fue estruendosa).

"¡Juro que pasó así! ¡Lo juro!"

"¡Vamos, vamos, amigo Delatour, todo tiene su límite!" exclamó Nadal.

"Pongamos que ha habido un poco de adorno literario" dijo Pamela Brown. "Pero la escena en sí es perfectamente plausible... aquí".

De la Galería Lefevre salió Guy con una invitación para transmitir una charla a España por el Servicio de la BBC en Bud[illegible] House. Prieto era un espléndido dibujante, tan bueno como Picasso o como Matisse; arrancándose él mismo del Mediterráneo, donde hasta 1935 había pintado éxtasis griegos, su línea se había afinado y robustecido al mismo tiempo. Contra estas paredes unos troncos de veteros de Oxford, decapitados por exigencias de la composición, eran arte escueto, preciso y vigoroso, y como la transposición a aquel mundo de cañones antiaéreos de alguna teoría de atletas en un friso panateneico del Partenón. Pero el manchego era también astuto como un chalán de feria, con ojos jóvenes en una cara sin edad (dos décadas antes y dos décadas después se habría podido decir lo mismo) y tenía que vivir de su dibujo y su pintura. El se las manejaba muy bien retratando a celebridades y profesores y damas ilustres y mecenas y bailarines, así como reuniendo sus impresiones esfinográficas, sus perfiles hundidos en algún seno marmóreo y sus parejas de amantes coronados de flores en numerosos álbumes y volúmenes, grandes y pequeños.

Sobrevivía el artista en este lado de la frontera del arte y del buen gusto, ese buen gusto que en las provincias estéticas era casi una palabrota luego de haber explotado atómicamente la pintura con Soutine y haberse deshumanizado exquisitamente con Klee unos veinte años atrás. La obra de Prieto era una especie de bella nota necrológica a una era que se moría. Pero todas aquellas flores y testas helleno-anjonas y símbolos transparentes no podían disgustar a nadie. Euterpe velaba en ellas sobre la pura belleza de la línea de Polignoto; la musa lírica

vivía en concubinato con este mortal, protegidos ambos por sendos "genius loci" tanto en Oxford como en Cambridge como en Kensington Gardens. Porque en la exposición había docenas de alusiones y picantes contrastes literarios: la fachada de plateresco de Salamanca era, con su barroquismo y su perennidad, un dedo acusador del monocorde y actualísimo desasosiego de Unamuno; alrededor del monóculo de Lord Berners, dilettante y mecenas del "ballet", se agitaba un incongruente y elocuente "bouquet" de langostas y mariposas, entre ellas la de su corbata; Keats era un perfil oscuro en relieve sobre yeso (¿o mármol?) entre una inundación de limones y un vaso con parsimonia de violetas y abundancia de flores-pájaros que volaban en torno a aquella cabeza iluminada como aves del Olimpo.

Entre tanta crónica placentera, un drama captado por Prieto con diez de sus cien ojos de Argos: Churchill delante de lo que Guy calculó sería un retrato de su ilustre antepasado John, primer duque de Marlborough. En la congestionada tristeza de estos ojos del "leader" se registraban la falta de amor de su niñez y la premonición de la vejez trágica, con el dudoso y ocasional narcótico de la "Nescafé society" que rodeaba a Chassis y la Callas: la fisonomía reflejaba en cada golpe de luz el terrible cansancio de aquellos días llenos de vuelos misteriosos, de bronconeumonías, de brandy, mucho brandy, de derrotas y victorias, de lucha e intriga política palmo a palmo, paso a paso en la Cámara de los Comunes, frente al fantasma de una nueva Inglaterra que él no comprendería: la del Beveridge Report, con sus revolucionarias reformas sociales: pero al mismo tiempo había en esos rasgos la petulancia y el talento del periodista joven de la guerra boer. Era un retrato de todos los Churchill juntos, los que fueron, los que eran y los que vendrían, todos dentro de la misma envoltura humana. Guy no se atrevió a preguntar a Prieto si el retrato había sido tomado del natu-

ral. Pero se inclinaba a creer que no: este hombre romántico, histriónico, angustiado y solitario no tenía nada que ver con el "bulldog" del sudor, la sangre y las lágrimas.

Al salir a la calle acompañado por Nadal, Guy le preguntó el por qué de su aviso con el pie.

"Muy sencillo. Vd. estaba a punto de decir..."

"Perdón. Vd., con esa sonrisa taimada de caimán que se va para Barranquilla, ¿ya sabe lo que estoy a punto de decir? ¡Caramba! ¡Cuánta perspicacia!"

Nadal rió. "A ver si es cierto o no. Le sorprendió que Pamela Brown hubiera agregado al drama de la esposa-niña un toque tipo jorobado de Notre Dame. ¿A que sí? Me refiero a esas zancadas terribles que pega algunas noches de un lado para otro del escenario del St. Martin's con una pierna completamente rígida".

"¡Muy qué tío!

"¿He dado en el clavo?"

"Le iba a preguntar a ella en ese momento a qué obedecían esas carreras. ¡Me puso más nervioso! La obra cambia completamente de sentido con esa deformación. Pero Vd. ha dicho "algunas noches". ¿Por qué? Ella, al natural, no cojea ¿no? Por lo menos hoy andaba peffectamente".

"No, no cojea. Excepto cuando tiene algún ataque de reumatismo, que es siempre feroz".

"¡Ah! Esas son entonces las noches en que "Claudia" se transforma en una versión de algo así como "Espectros" de Ibsen, situada en Nueva Inglaterra y con un Osvaldo que hubiera cambiado de sexo. Pero esas noches ¿no la puede reemplazar su "understudy"?"

"No, porque nunca se sabe cuánto va a durar la cosa. Ella he hecho sensación en la pieza. La gente va a verla a ella. Un actor de éxito es aquí un Dios, y el teatro, como habrá visto, una especie de templo".

(Era cierto: las diez, doce, catorce subidas y bajadas del telón al final del espectáculo, con un aplauso interminable de agradecimiento que hacía doler a las solteronas y a las abuelas los biceps flojos y desnutridos, emocionaban inmoderadamente a Guy y lo emocionarían siempre).

"A los dioses se les perdona todo, eso sí. Pero esta magnífica reumática ¿no se podría quedar un poco más quieta?" Guy contestó él mismo a su pregunta. "No, no podría. Yo lo sé bien. Los días en que me siento más tartamudo son los días en que me pongo a hablar y hablar y hablar sin que nadie pueda pararme. Es como si la maldición que me cae encima quisiera echársela a los demás."

"¡Lagarto, lagarto!" dijo Nadal riendo y dándole un abrazo de despedida.

"No, más bien caimán, caimán" dijo Guy riendo a su vez.

.·.

De la galería Guy fue andando al cine de Regent Street que exhibía "In Which We Serve", la mejor película - había dicho Miss de la Motte- de una guerra que ya venía durando tres años. Entró cuando acababan las "Fox Movietone News": una carrera de "ski" acuático en Palm Springs, con unas criaturas tan lustrosas, tan bien dibujadas, tan lejanas de aquel Londres y de aquella guerra como si el documento que registraba sus destrezas hubiera caído misteriosamente a la Tierra desde Alfa Centauri. Y de repente, sin ninguna pausa, el canto sordo, ronco, de la garganta y de la entraña, que Noël Coward elevaba a la marina "en que servimos": la Real Marina Británica.

Para los sentidos de Guy, la historia del "destroyer" que la película contaba, desde su botadura en 1939 hasta su hundimiento en las cercanías de Creta dos años después, durante la famosa batalla naval, empezaba de verdad con la sirena loca de los ocho timbrazos que eran como ocho gritos de foca atacada por un tiburón, o quizá por una docena de pirañas: ocho gritos a cuya urgencia era físicamente imposible responder porque lo dejaban a uno parado, alelado, como quedó él al toparse con Collins en la cubierta del "Talk of the Town", y luego seguía con lo que no había ocurrido en su barco pero que sí se había producido varias veces en torno suyo: la bajada de los botes al agua y los hundimientos increíblemente rápidos de uno y otro buque, todo como una pesadilla y

ga, en grises y blancos, inexacto e incompleto, sin gritos y sin ruidos.

Pero ahora se encontraba frente a una pantalla y se trataba del hundimiento de un solo barco, por añadidura de guerra - como el comodoro del convoy - y de la suerte de cuatro hombres que, aferrados a un trozo de madera que la voladura había convertido en una especie de balsa improvisada, se iban identificando uno a uno por los relámpagos de nostalgia doméstica o de recuerdo inevitable que los iban tocando alternativamente.

Aquí no había nada vago, ni inexacto ni incompleto: tampoco había cuatro luces rojas - o cuatrocientas - temblando a la distancia en una danza del Atlántico embravecido: sólo cuatro rostros, cuatro voces vivas. Pero no, no, ni siquiera eso; apenas una ilusión de rostros, una ilusión de voces; eran cuatro sombras magnificadas, y más irreales todavía que las escenas del ataque al grupo científicamente formado en Freetown. Sombras de una ficción apresada por medios mecánicos: sombras, sombras. Y sin embargo ¡cómo lo acercaban esas sombras a los cientos de muertes que él no había podido registrar en su corazón, cómo le atenaza ban la garganta, cómo empezaban a revolverle el estómago! Aquella ilusión, tan verdadera, tan redobladamente verdadera, acabó por hacer sudar a Guy con uno de esos sudores fríos que lo invaden a uno en el prólogo de las peores náuseas o de los peores desmayos.

Pero sus desmayos de adolescente habían quedado muy atrás; esto no era posible, simplemente no era posible. Estaba en un cine, en un cine, se repitió; y los actores dentro de un tanque. Aquello no era ni siquiera un documento de la guerra. Pero la conmoción emocional bloqueada en el Atlántico - quizá por voluntad propia, eso él nunca lo sabría - remontaba ahora a la superficie y no había quien la parara; Guy tuvo que levantarse de su asiento y salir corriendo hacia los lavabos, sorprendiendo por un instante a dos o tres espectadores de su misma fila. Felizmente, en los requetealfombrados cines de Londres, donde una

carrera como la suya apenas consistía en el pasaje fantasmal de una enor me i con una cabeza negra por punto, la puerta justa estaba indicada con letras rojas tan claras como todas las de salida, que eran múltiples.

Comenzó a vomitar en su pañuelo - porque ya no podía más - antes de llegar a los lavabos; luego arrojó lo que por ningún concepto era posible que llevara en el estómago, y echó bilis y hasta escupió un poco de sangre. Estaba blanco, con esa palidez de las víctimas de los bombardeos que se han pasado treinta y tantas horas bajo los escombros: y el hecho es que él también era víctima de un bombardeo retardado: un bombardeo a la sensibilidad.

"Soy un monstruo" se dijo mirando al espejo aquella cara huesuda, descompuesta, terrible, que él debía recomponer casi inmediatamente para su cita mundana; "la catástrofe real me deja insensible, y el "pastiche" de la verdad me despierta todo el horror que debí haber sentido entonces".

Pero esas dos palabras - horror y entonces - lo hicieron perdonarse un poco: quizá no fuera tan monstruo como creía; el horror de los naufragios había quedado sencillamente congelado, enterrado en él, en su espíritu, postergado para más adelante. En el fondo, de todos modos, seguía flotando aquella idea terrible de que el arte era para él más verdadero que la vida: de ahí vendría quizá su pasión insensata por la simetría en la pintura, en la decoración de interiores, en la amistad, en todas las cosas posibles e imaginables; una manera pretendidamente tranquilizadora de aplicar cartabones exactos al caos de la fauna humana.

Y ahora, a la cena con la dama desconocida.

Perdita Balliol vivía también en el corazón de Mayfair, con envidiables muebles Regencia, alfombras floreadas, algún Constable, algún Corot, pantallas de damasco rojo en todas las lámparas, margaritas multicolores en los floreros de cristal de Bohemia y una amiga desteñida, con una raya roja a guisa de labios que parecía puesta así, colgando de la nariz, para subsanar a último momento un olvido imperdonable de la Madre Natura.

Al tocar Guy el timbre del apartamento, ya había recobrado su rostro el color atezado de siempre gracias a las cachetadas con agua fría

que se había propinado en uno de los lavabos del Ritz y al Courvoisier doble que se había echado al coleto en el bar del sótano del hotel. Temeroso o deprimido, cuando alguna mujer de la casa traía a ésta la zozobra de una operación, la angustia de un mal grave o la perspectiva del escándalo con policías y jueces, él siempre tenía un antídoto seguro: ir al mejor bar de la ciudad a tomar la mejor bebida. Era un mimo casi masturbatorio que nunca fallaba.

Esta vez tampoco falló; el ambiente en sí era siempre tan terapéutico para su desasosiego como el buen alcohol. Al entrar en el "drawing room" de la dama desconocida - una sala pintada de azul Wedgwood, elegante y sombría - no quedaba rastro visible de "shock" en aquella sumaria carcasa que parecía un truco de publicidad para las huelgas de hambre. ¡Ah, si los atormentados huesos de su enjuta cara no traicionaran tanto lo que él era por dentro, de cuántas frases, de cuántos sarcasmos se habrían librado sus interlocutores, y qué fácil habría sido dar hacia ellos un paso entera y abiertamente cordial, sin cortinas de humo de ninguna especie!

Sólo Josefina en Buenos Aires, Josefina tan muerta como los sueños de la infancia, lo había convencido por un momento fugaz de que su verbo y su señorío interesarían mucho más a una verdadera mujer que todos los esplendores musculares de los astros de cine. ¡El cine! Para aquel Quijote montevideano la "fábrica de sueños" había sido lo mismo que los libros de caballerías para Don Alonso Quijano el bueno; materia que enciende el cerebelo y proyecta fuertemente al hombre fuera de su realidad municipal.

* * *

Aquel opio absorbido en grandes cantidades, intoxicando lenta pero alegremente una sensibilidad y una imaginación que en realidad no necesitaban de él, había acabado por darle pasaporte de extranjero

mal adaptado a su propia tierra. Protoextranjero, habría que decir, porque vivía una vida intemporal en un espacio elástico, donde había países que no figuraban en ningún atlas y provincias que pertenecían completamente al sueño. Pero fuera de su tierra, ausente de ella dos meses y medio ya, Guy empezaba ahora, al sentir un vago acuijón de "saudade" animal, a ver recular esa identidad espúrea y a vislumbrar cuáles eran sus propias limitaciones y hasta sus posibles virtudes de lugareño.

De todos modos, aquí estaba, viviendo una vez más - y en inglés - una escena en aquel mundo que durante casi treinta años había existido para él en la sombra de una fría sala pública, como un cuadro dentro de su marco. Aquí el cuadro se estiraba a todo lo largo y lo ancho de su campo visual. Esto podía ser el comienzo de una comedia de Alexander Korda y él el flaco pero terne Rex Harrison de la historia... excepción hecha de sus vocales contraídas y de la revolución que aportaba con su sentir latino a la estructura musical de la frase londinense.

No. Nada de Rex Harrison. El inglés que hablaba, todavía cojo pese a su furiosa frecuentación de los teatros en todo aquel primer mes de Londres, lo limitaba a una "bit part" - un papelito - en el extraño film en que se encontraba actuando. Una "bit part" y gracias.

De entrada, con aire de ayudarlo, ya se lo había señalado la dueña de casa a la que venía a ver:

"My antecessor..." dijo él después de saludarla, inventando una palabra inglesa inexistente con la que aludía a las letras de presentación que traía de una becario vuelto a Montevideo y que finalmente había enviado a Miss Balliol días atrás.

"Predecessor" corrigió ella con una sonrisa.

"Thank you". Mi predecesor me dijo que, de todos los amigos que se había hecho en Londres, Vd. era de lejos la más generosa... y la más encantadora". Lo cual era cierto. Al mismo tiempo la miró detenidamente

para ver si lo era. De aquella mujer no sabía prácticamente nada: en las cenas de los argentinos una chica de la censura le había dicho que Miss Balliol tenía en la sección en que trabajaba una oficina aparte y una función no muy especificada, que ella se había atrevido a imaginar como de "super-intelligence". Guy calculó que esto querría decir una interpretación especial de los trozos de algunas cartas escritas en inglés o en español en que el texto era lo suficientemente disparatado e infantil como para merecer, cuando se lo cortaba de una carta, el cotejo meditado con otras muestras del mismo corresponsal que inmediatamente producía el archivo. Pero esto era una conjetura. El hecho es que se invitaba a menudo a Perdita Balliol a embajadas y legaciones iberoamericanas, y que se la consideraba toda una personalidad en aquel sector de la vida londinense.

"El hombre parece un seudónimo" comentó Guy al escuchar a la chica.

"Romanticismo de un admirador de Shakespeare; el padre, con seguridad" respondió ésta.

"Sí, pero ¿de dónde viene esa mujer, de dónde sale su conocimiento del español?" Su pregunta lo sorppendió: él no hacía nunca esa clase de inquisiciones.

"Sale de su madre. Su padre era inglés, diplomático, su madre española, y ella nació en Trinidad".

"¿Y para una tarea tan delicada le tienen tanta confianza? ¿No temen que pueda en ella más la raíz ibera que la británica?"

"Eso no lo puede pensar ningún inglés. De la idea de padre viene la palabra "patricio", como me dijo los otros días un chico de Cambridge que estudia la Roma antigua. Aquí consideran mucho a Miss Balliol ¿sabés? Se piensa que es una mujer muy especial. Yo no sé. En la oficina, tras de la puerta, la oímos muchos días impaciente y malhumorada, como quien tendría poco control de sí". ("¡Tendría!"

pensó Guy. "Estos angloargentinos, ¡qué desprecio por el condicional! ¡Ni que fueran napolitanos o judíos recién emigrados!")

Pese a la abundosa caballera teñida de rubio oscuro y recogida en un levantado "chignon", una segunda mirada mostró a Guy todo lo que de español - ingrediente puramente físico de su personalidad - había en Miss Balliol. Era una mujer grande, que anunciaba haber pasado los cuarenta y cinco años: tan hermosa y abundosa como Mildred Stokes, con una cara madrileña de vecina aficionada a los percebes, a la horchata de chufas y a regañar terriblemente a las modistas por el más ínfimo error de interpretación. Ojos líquidos, nariz perfecta y boca grande; picante combinación un poco deslustrada por el tiempo. Su cutis de crema "chantilly", blanquísimo y casi comestible como un postre, era, como todos los cutis legendarios, producto de la hidratación londinense, y en esto superaba Miss Balliol a las señoronas madrileñas. Las manos eran bonitas, el tobillo fino y la pantorrilla promisora, pero con aquellas faldas que llegaban a la mitad de la pierna no se sabía bien qué esperar. Estaba vestida de negro, con un gran cuello de encaje blanco sujeto al escote por un lazo de tercio pelo; un atuendo mucho menos fatigado que el clásico vestido también negro de tres años atrás, que las mujeres en general llevaban por la noche con unos lamentables tamborcillos negros de fieltro sobre la cabeza. Su anfitriona e invitada salió a la calle sin sombrero, cosa que Guy celebró por dentro, sin comentario.

La visita duró poco tiempo. El "martini" preparado por Miss Balliol era aceptable, pero sus aceitunas escadísimas (había que dar el ejemplo). Ella, con morosidad y al mismo tiempo con cortesía, también examinó a Guy con la mirada, y como resultado del examen le anunció que volverían allí a beber un night cap, puesto que la casa estaba prácticamente a la vuelta del restaurant.

. . .

La amiga sin boca, que surgió de la nada poco antes de que partieran, preguntó a Guy por su predecesor.

"Dimos, por pura casualidad, una conferencia sobre "Gone With The Wind" el mismo día y a la misma hora: él habló del libro y yo de la película. Es un encantador de muchacho. Pero en el viaje de vuelta, al parecer, tuvo sus..."

"Chss". Miss Balliol había hecho la misma advertencia que Miss de la Motte. Aparentemente, lo que decían los "affiches" debía ser cierto: "careless talk costs lives" (el hablar a la ligera cuesta vidas humanas); las paredes tenían ojos y oídos en aquel Londres en guerra.

"Pero ahora está bien y contento, ¿no?" precisó la amiga.

"Así estaba cuando lo vi por última vez, hace unos cuatro meses".

"Mucho gusto" dijo la imprecisa criatura esfumándose en un ataque de rubiedad.

Salieron. La noche era de un frío seco y agradable, pero el cielo no se había despejado aún. El segundo "maître" de Hatchett's condujo a la pareja a una mesa puesta en un rincón, en un pasillo amplio que contenía cuatro de ellas. Pero cuando Guy y Perdita Balliol iban a protestar al unísono, el primer "maître", que apareció mágicamente en la puerta de entrada a la sala grande, dibujó con la cabeza un "no" repetido y rotundo y los condujo con una inclinación junto a la pista de baile, a uno de los lados de la orquesta.

"Ventajas de venir aquí con una personalidad conocida" comentó Guy al oído de su compañera. Ella, que a veces hablaba categórica y cortantemente, como una mujer acostumbrada a mandar, no tardó un segundo en responder:

"Dirá mejor ventajas de venir con una personalidad desconocida, que es Vd. No creo que aquí me conozcan de nada. Casi siempre vamos a Bagatelle, para escuchar a Edmundo Ros, o al Embassy, o a Lansdowne".

"Entonces, este sitio no está de..."

"Sí, sí" interrumpió ella con impaciencia. "Este sitio está perfectamente bien. Son costumbres. En los otros se reúnen más los diplomáticos, los políticos, las personalidades de paso, "le monde", en suma. Aquí los matrimonios jóvenes y las parejas de novios - todos "chic" -y los GIs, que están por todas partes. Hablando de GIs; ahí tiene Vd. a Robert Preston con tres compañeros y una cara de aburrimiento que no puede más el pobre".

"Yo diría más bien que de cansancio".

"Aquí Robert Preston se aburre como un ministro, se lo digo yo".

"Yo lo veo cansado. ¿Cómo se sentirá aquí un americano?"

"Excepto estas escapadas, muy como en su casa, créame. El Ejército se encarga de ello alimentando literalmente su nostalgia. Los mismos pavos para Thanksgiving que tienen allá, los mismos buniatos en dulce, los mismos pasteles de calabaza. Y los mismos chistes de Bob Hope".

"Aprenderán poco".

"No han venido a aprender".

"Pobre Robert Preston. ¡Qué cansancio!" insistió él con cierta impertinencia.

"Para apreciar esos matices me tengo que poner las gafas" respondió ella sentándose al venir en su ayuda el "maître d'hôtel", que se sorprendió al verlos todavía de pie. Ipso facto se caló unos lentes con gruesa armazón de carey, que curiosamente le daban un aspecto más sensual que el que tenía a cara nuda. Pero Guy, en un ataque de discreción, no dijo nada al respecto.

"Posiblemente tenga Vd. razón" comentó la dama de Trinidad. Los ojos están bastante vivos, como diciendo: "Damn! ¿Será posible que nadie me reconozca?"

"¿Qué grado tendrá este hombre; teniente o sargento?" preguntó él.

"No le puedo decir. Sé poco de los americanos. Pero Hollywood, a lo que parece, no es para nadie ninguna garantía de grados elevados en el

Ejército. Por lo menos aquí en Europa".

"¿Otro martini?"

"Sí, por favor".

"Dos martinis" pidió él al "maître" "y mándeme al 'sommelier'". A Miss Balliol le sugirió algún pescado o marisco.

"¿Cómo? ¿Ya sabe que son lo único fresco y bueno que se trae todos los días a Londres? ¡Qué hombre! Me encanta todo lo del mar: para eso nací en el Caribe."

"Entonces, vino blanco".

"Claro. Aquí tiene que ser bueno. ¡Se lo falsifica tanto, aún en Francia!"

"Pero siempre tiene un vago olor a azufre al destaparlo cuando lo han añejado químicamente".

Ella se le quedó mirando como si hablara Vyvyan Holland, el gran catador detrás de cuyo apellido poca gente sabía que, desde su infancia, se ocultaba otro caído en desgracia: Wilde.

El "sommelier" llegó con una enorme y suntuosa carpeta de cuero marrón que desplegó ante la "personalidad desconocida". En la lista sonrió al ojo de Guy un nombre familiar: Chassagne-Montrachet, uno de los grandes "crus" secos que tiempo atrás importaba en Montevideo la casa a la que su padre había estado asociado. No era el más caro de la lista, pero le andaba raspando. El pidió una botella del 35, y Miss Balliol tomó debida nota de la elección.

"Un momentito. Vamos a ver si nos queda aún" dijo el "sommelier". Guy sabía cómo disipar esas dudas. Poniendo un billete de diez chelines en una mano que se cerró enseguida - acto de discreta prestidigitación a dúo - le dijo: "Bueno, si no queda un Chassagne, tráiganos un Puligny-Montrachet, que es igual o mejor".

"Very good, sir".

"Mais vous êtes un connaisseur!" irrumpió ella en su mejor "tessitura" de recepción diplomática.

"Le nom est un souvenir d'enfance. On buvait ce vin à la maison" respondió él sencillamente.

"Tiens. Me va a tener que explicar un poco lo que es el Uruguay, y quizá la Argehtina. Yom sé muy poco del Plata, mea culpa."

El inclinó la cabeza mientras el "maître anotaba el pedido de dos "hors d'oeuvres" y dos "turbots pochés sauce mousseline".

Pero Miss Balliol no estaba dispuesta a dejarse deslumbrar así como así por un simple - o complicado - uruguayo. "Yo tengo un amigo - dijo - que lleva a los "restaurants" el vino de su propia "cave". En Francia eso sería inconcebible: pero aquí le cobran, en los sitios de lujo, media corona o tres chelines con seis por descorchar la botella".

Ahora le tocó a él el turno de reir con ganas volviendo a dejarla perpleja. "¡Qué hombre listo!" se apresuró a agregar enseguida. "Ese sí que merece el nombre de 'connaisseur'". Y luego dijo: "Si Vd. sabe poco del Plata, yo sé menos aún, porque he vivido incrustado en él. Me pone Vd. en un aprieto del que no sé cómo voy a salir. Vamos a ver. La Argentina y el Uruguay son dos países muy distintos, eso sí. Uno es un emporio económico y el otro una provincia pobre que quedó suelta, desligada de él aparentemente por casualidad. Uno fue una democracia de instituciones concebida por señoritos que habían ido a militares estudiar a las mejores academias/de Europa."

"Ese es la Argentina, ¿no?"

"Sí. Había que defenderse de esos ingleses, de esos portugueses, de esos virreyes españoles. Si la Argentina tiene alguna raíz sentimental, es su respeto por los militares; al fin y al cabo, los primeros padres de la patria. Pero cuando se trata de quedar libre por fin de

invasores y dueños ¿qué se les ocurre a esos señoritos con costumbres y quizá manías de grandeza? Crear un imperio y ofrecerle el trono a Carlota de Portugal, una candidata que andaba vacante por ahí. Claro que la cosa no prosperó. Iba demasiado en contra de toda la circulación sanguínea de América".

"Hell!" pensaba la dama de Trinidad, sintiendo el giro de 90° que de repente había hecho la conversación. "Este hombre es mucho más complicado todavía de lo que parece, con esos senos frontales de la Edad Media y esa mandíbula de condottiero y ese clavel en el ojal y esas preocupaciones por los vinos de casta".

"¿Y cuál fue el origen del Uruguay?" preguntó mientras se trazaba ese retrato y se quitaba las gafas, subrayando su ignorancia del punto.

"La intransigencia. La intransigencia es el principio y quizá sea el fin del país".

"¿Qué clase de intransigencia? ¿La de Savonarola? ¿La de John Knox?

"Un poco de esas, y un mucho de otra peor: la de la Reina Victoria. Parece absurdo ¿no? Claro que aplicada a otras creencias, a otros fines. Intransigencia por los cuatro costados y en todos los bandos. La intransigencia es una gran virtud cuando una la piensa como resorte para animar la composición de una epopeya, pero para lo que es la vida de un pueblo, y sobre todo de un hombre, que flota confundido por entre las cosas, significa un gran peligro".

"¿Y Vd. habla así de su país?"

"Naturalmente. Esta es la gran virtud nacional, y la pequeña virtud personal mía: la de poder criticarlo todo. Nada de frases hechas ni de banderitas en los papeles con que se envuelven los caramelos".

"¿Es así el Uruguay? ¿De veras? ¿Tan distinto del resto del continente?"

"De veras. Entre nosotros verá Vd. poca gente complaciente. El Uru-

guay se formó al aire libre, en un gran éxodo de terratenientes y almaceneros y payadores e indios y curas y negros del Brasil, que dejaron todos el país antes de someterse al yugo extranjero. Nada de "club" de señoritos. Esa es la diferencia esencial. La nación empezó con un éxodo del pueblo, un gesto de pura intransigencia".

"Ay goodness".

"Ya en la escuela primaria de mi infancia la actitud era cínica frente a los grandes héroes: los 33 orientales, que fueron 34, y el General Artigas, que no pacta con sus rivales en la lucha. Por un mal entendido sentido de la "dignidad" - dignidad le llamaba él a su resentimiento al ver que no le pedían las cosas de rodillas, como corresponde hacer idealmente con un héroe epónimo - va a vivir oscuramente a una tierra - el Paraguay - donde domina un déspota. Fíjese bien: por "dignidad" se somete a una tiranía en vez de marcharse tan ricamente a Europa, Aquí o en Francia lo habrían colmado de honores. Pero no, él se queda cerca, como una astilla de recriminación clavada en la carne nacional. No habría podido ser de otro modo! Artigas es de su tierra, un hombre de campo anterior a la idea de Francia como la madre patria suprema."

"¿Francia?"

"Sí, Francia, Francia. Esta la idea actual de los uruguayos, no conquistada por un conocimiento a fondo de los Descartes y Pascal, o de los Rabelais y Villon, como se imaginará. Es la resaca sentimental de los miles y miles de inmigrantes franceses que escaparon a la primera invasión alemana de su país, la del 70, y atraídos por la mala reputación del Uruguay como país liberal y letrado, cayeron allí; una necesidad de idealizar lo que habían dejado atrás, por complejo de culpa".

"Eso sí es fácil de creer".

"Pero no deja de ser una suposición. Sólo queda lo escrito como

testimonio de una manera colectiva de ver; pero el que escribe, generalmente, es un individuo segregado de la masa, a la que mira por encima del hombro. Posiblemente esos franceses emigrantes suspiraban tanto por Lamartine para que no los confundieran con los oriundos de aquel medio un tanto primitivo - aunque bien informado y hasta pedante en la capital - al que se habían precipitado en su fuga".

"No he visto un francés contento lejos de su tierra, eso sí", afirmó Miss Balliol con fuerza.

"Su nacionalismo les dirá que se han expulsado del paraíso terrenal y que el resto del mundo es una serie de agujeros inhabitables".

"¡Ja, ja, ja! Vd. no deja títere con cabeza".

"¿Pero es que hay títeres que la tengan en este mundo?"

Ella volvió a reir. "Quel homme terrible!"

"Yo ya sé que este no es tema para una cena con una "grande dame" a la que hay que empezar por decir flores: pero Vd. tiene la culpa. Vd. me preguntó".

"¿Cómo iba a adivinar que preguntarle era desatar un cataclismo? Mon Dieu! Si lo oyeran los embajadores o ministros de uno u otro país ¡la que se armaría!"

"No el del Uruguay, McEachen. Es un hombre de la "guardia vieja", un señor: él no se asustará de nada y quizá coincidiera totalmente conmigo. Al argentino no lo conozco".

Un camarero, entretanto, luego de llevarse los vasos de los martinis, había traído el Chassagne-Montrachet 1935 inmediatamente después de los "hors d'oeuvres", que eran cubitos de remolacha, zanahoria, pepino y papas con una sardina que tenía aire de preguntarse: "¿Qué demonios hago yo aquí?"

"No sacuda la botella al descorcharla, por favor", le dijo Guy. "Y déjeme olerla, aunque aquí no se use. Es la única manera de saber si

el vino no sufre de "bottle-sickness".

"Yo creí que de eso sufrían los bebedores" comentó Miss Balliol soltando otra vez su risa un poco metálica y hueca de mujer mundana.

"También el vino lo sufre; es un organismo delicado al que puede enfermar y hasta matar el transporte del barril a la botella".

"Elegante y admirable muestra de lo que Vd. ha llamado pedantería uruguaya, pero que yo llamaría, simplemente, saber".

"¡Qué le vamos a hacer, Miss Balliol! Se arrastra consigo el paisaje mental en que se ha vivido, aunque uno no lo quiera; es lo mismo que la mancha cárdena en forma de fresa que tenía nuestro padre en el hombro y con la que nacimos nosotros. O la tartamudez que le hemos imitado a pesar nuestro".

"¿Habla en serio? ¿Tartamudo Vd.? ¡Qué disparate! No he visto en mi vida a nadie con mayor fluidez de discurso. En "Port of Spain" se llamaba "pico de oro" al hombre que hablaba así, diciendo siempre tantas cosas importantes por segundo".

"En mi país también. Pero mi pico"- aquí ella se rió, y él adivinó instantáneamente que por las tierras vecinas al Caribe "pico" debía tener un significado obsceno - "pero mi pico"-repitió a propósito -"es a lo sumo de níquel dorado; Vd. exagera mucho".

Este final de frase arrancó a Miss Balliol una carcajada francamente mulata. Una vibración de algún ancestro bien enterrado y disimulado vino a agitar por unos segundos la vitola del retrato bien compuesto y bien plantado que ella constituía.

Al decir "la mancha que tenía nuestro padre" Guy se había estremecido: inconscientemente lo había dado por muerto, sensación que recién salió a flote mientras ella reía tan abiertamente. ¿Pero es que no quería también dar por muerto todo lo que quedaba atrás? ¿Por qué no se había traído consigo una sola de las fotos familiares, uno so-

lo de sus libros más queridos o de los recuerdos de infancia, uno solo de los programas de sus colecciones? ¿Por qué dejaba así, en un sitio al que había decidido no volver, todo, absolutamente todo, hasta los ejemplares de los dos libros de adolescencia por él publicados? ¡Car por muerto! A medida que se empezaba a acostumbrar a las poéticas oquedades invernales de aquel Londres, su vida de Montevideo, sus vivencias y recuerdos, daban coletazos más vigorosos dentro de él.

El camarero había puesto en manos de aquel cliente inexplicable la botella de lo que para él había sido hasta entonces un simple líquido que beber, como la Coca-Cola, y que desde ese momento adquiría las virtudes mágicas del brebaje que deja en hibernación por 100 años a la bella durmiente del bosque.

"Está bien" dijo Guy con sencillez, después de olerlo. "Aquí no hay enfermedad de botella".

El camarero sonrió y echó un chorrito en el vaso del aparente catador. Guy removió con la lengua un sorbo de vino, lo retuvo contra el paladar y suspiró.

"Bien abocado, o bien de "bouquet" si Vd. prefiere, perfecto, gracias".

"Pardon me, sir?

"Hablaba del perfume del vino. Y al ver que el chico lo vertía generosa y entusiastamente en la copa de Miss Balliol y que llevaba trazas de llenarla, lo detuvo con la mano al llegar el líquido a cubrir las dos terceras partes del recipiente y agregó: "Bouquet" es el aire, la emanación, el perfume que se concentra aquí, en este espacio vacío de la copa, cuando en ella no hay más que esas dos terceras partes de vino. Ya lo sabe por si no se lo han dicho: hay que cubrir dos terceras partes y nada más. Aspirar el "bouquet" de un buen vino, creo, es uno de los grandes placeres del que lo be-

be" se dijo casi a sí mismo, como si estuviera hablando solo.

"Good God" exclamó el muchacho, arrastrado a Londres, en la marejada de la guerra, sabe Dios desde qué isla mediterránea.

"La mejor lección ilustrada de la 'saison'" dijo la invitada de Guy dando la puntada final al episodio del Chassagne-Montrachet.

"No sea tan ácida, tan irónica, Miss Balliol; no le queda bien" dijo él por las dudas.

"No lo he sido. Serlo no le queda bien a ninguna mujer, tal como está organizado el mundo. Y ahora le voy a pedir un favor: mientras le hago un poco el amor a este oro líquido de Francia, sígame hablando de argentinos y uruguayos, se lo ruego. Empareje un poco su comentario, si es posible. Me ha hablado apenas de los uruguayos de ahora y algo más de los argentinos de antes".

"Y la he escandalizado. ¿No será más prudente dejar mis opiniones donde están?"

"Fue Artigas el que dijo "Con la verdad no ofendo ni temo". ¿O me equivoco?"

Guy rió.

"Bravo. Después de esa cita, que es exacta y muy oportuna, no tengo más remedio que seguir".

Pero ¿qué efecto le habría hecho a Artigas, con su austeridad y sencillez de caudillo "a la criolla", ver que traían y llevaban sus huesos por el aire cargado de aquel "dinner and dancing place"? ¡Qué conmoción para él! Trompetas a la sordina, sonido meloso de la orquesta, apenas insinuado, como una buena mala proposición más entre las muchas que se estaban haciendo en la mayoría de las mesas; rumbas castradas de cubanismo, "chanteuse" dorada de la cabeza a los pies, corchos de botellas de "champagne" que se disparaban en el aire como otros tantos perdigones en el eterno combate de los sexos. ¡Artigas entre todo aquello! ¡Pobre libertador!

Guy hizo una ligera pausa para paladear dos o tres sorbos de vino de su copa mientras dirigía una mirada circular por la sala. Y como si viera en ésta el revés del paisaje multitudinario de las tierras de donde venía, dijo:

"Porteños y montevideanos - la gente del campo actúa de otra manera, más lerda, más "autóctona" - son, si me permite Vd. empezar con una idea negativa, lo contrario de lo que vemos aquí. Lo contrario, exactamente. Mire este ganso largo y sin gracia que pasa tan contento por la pista. Este que baila con la rubia tan menuda".

"¿Qué tiene de particular?"

"Que no le importa cómo baila, ni el efecto que hace su figura, ni lo que dirán los demás al verlo. El se divierte".

"¿Y por qué no se va a divertir? Nadie dirá nada".

"Ahí está la diferencia. En Montevideo o en Buenos Aires, la gente que se sienta alrededor de la pista para mirar y criticar diría tanto - se lo diría en la cara a él mismo - que el pobre tipo no se atrevería a salir a bailar en el resto de su vida".

"¡Qué curioso!" Y después de una pequeña pausa: "Yo creo que Vd. se está burlando un poco de mí".

"Será, en todo caso, de mi gente. Pero no, es la pura verdad. Tal es el efecto del orgullo latino mezclado con la inseguridad de un pueblo joven. Yo soy un ejemplo trágico de tan "bella combinazione". Los dos rieron a carcajadas, pero ella no pensó ni por un segundo que Guy estuviera hablando en serio. "Y únale a eso la susceptibilidad de quienes sienten en esa forma. En Buenos Aires se levantó un clamor inmenso hace unos quince años o tal vez algo más cuando el Conde de Keyserling, en unas declaraciones a la prensa, dijo que encontraba triste a la lujosa capital y a sus gentes. ¿Triste? ¡Qué disparate! ¿Con tantas luces, tanto bares, tanto rumor de conversa-

ción, tanto movimiento? ¿Buenos Aires triste? Sí señor, porque por encima de las luces y el rumor y el movimiento levantaba sus crespones Su Majestad el Tango, entonces en todo su esplendor. No sólo triste! torva y cejijunta. Así baila el macho criollo con su "mina": torva, cejijuntamente. "Esta mujer es mía" va diciendo con las cejas "y no me la quita nadie".

A juzgar por la reacción de Miss Balliol, la mejor manera de hacer reir a la gente era hablar en serio. La idea molestó personalmente a Guy - aunque la celebrara en Geogge Bernard Shaw - y enseguida se puso a sonreir, como si estuviere simplemente haciendo frases. Bajo la sombrilla de aquella sonrisa, siguió:

"Ortega y Gasset dijo luego de los porteños - confundiéndolos con todos los argentinos - que eran personajes representativos e impostados y que vivían, no de acuerdo con lo que eran, sino con lo que imaginaban ser. Pero quien así hablaba era un filósofo español, no un cnn de alemán, y no se lo decía a la prensa grande, de modo que su radiografía no produjo ningún escándalo. Quienes le oyeron hablar del guarango rioplatense sabían casi todos lo que era el chulángano castizo de Madrid, y si les hubiera dolido mucho la observación, lo habrían mandado a observar un poco a sus conciudadanos."

"¿Y Vd. qué piensa?"

"Yo adoro a Buenos Aires. Es la única ciudad ciudad que había visto antes de venir aquí. He ido con amigos al despacho de otro amigo a visitarlo un momento y nos ha hecho esperar más de media hora para hacerse el importante, el ocupado. Esto es común entre los ministros uruguayos, pero en Buenos Aires, al parecer, todos son ministros. Eso no me duele, no me importa; lo comprendo y no me importa. También comprendo que sorprenda a los europeos, pero no a los españoles, habitantes de la tierra del "enchufe", de la recomendación, del examen aprobado por

que uno es hijo de Fulanito, cosa que no ocurre en la Argentina porque la gente que sigue una carrera se sabe la materia y tiene el orgullo puesto, francesamente, en su intelecto, en su cabeza. Que después olvide lo que ha aprendido y muestre solamente la carátula de sí mismo, eso es otra cosa. ¡Y se acabó! Lo voy a aburrir mortalmente; aunque Vd. insista, no le digo nada más".

Había llegado el "turbot", que estaba simplemente hervido - ahí era difícil equivocarse - y acompañado de una salsa aceptable. Mientras comían, ambos con hambre, ella le preguntó:

"¿Había Vd. siempre así?"

"¿Así cómo?"

"Tan categóricamente".

"Siempre. Yo soy tan intransigente como el resto de mis compatriotas, no lo olvide. ¿Por qué me ha hecho esa pregunta? Decir uno lo que piensa es un delito, ya lo sé. ¿Pero lo es más en Inglaterra que...?

"No, no. Aquí la crítica que hacen de nosotros los extranjeros divierte a la gente en vez de exasperarla, como dice Vd. que ha ocurrido en Buenos Aires".

"Pues entonces, long live England" dijo él levantando el vaso y bebiendo con delectación.

"Ya ve Vd. la fortuna que se ha hecho George Bernard Shaw - y la fama que la conquistado - por reirse tan bien de nosotros".

"Lamentablemente, no lo podría poner de ejemplo; en el Río de la Plata se lo cree inglés: ingleses e irlandeses, todo es lo mismo". La risa de la dama arreció y adquirió caracteres de acusación. "Como para Vd. eran lo mismo argentinos y uruguayos hasta hace unos minutos" se apresuró a agregar Guy.

"Touchée" dijo ella con una sonrisa de verdadera ciencia mundana.

Y luego bailaron, y encontraron mediocre la "fuit compote", y vol-

vieron a bailar - él arrastrando aquella especie de acorazado apuntalado con ballenas después de un naufragio, pero airoso y muy marinero - y por fin salieron. Habían pasado dos horas de charla agradable en la que ninguno de ambos podía haber pretendido establecer una comunicación de ningún orden. Al salir Guy hizo una inclinación de cabeza a Robert Preston, que levantó una mano y dijo "Hi" con una ancha sonrisa.

"Ah, ¿pero se conocían?" dijo ella sorprendida.

"No, no. Yo no he querido otra cosa que contentar a este pobre astro de Hollywood. Y contento parecía ¿no? Debe imaginarse que me ha visto alguna vez en Nueva York o en algún sitio así".

La risa de ella volvió a fluir con un calor mulatoide. Subieron a su casa. Mientras ponía el café a calentar, Perdita Balliol sirvió a Guy un Armagnac añejo estupendo - el primero que él tomaba en su vida - y lo dejó solo. Al reaparecer, diez minutos después, venía en bata de entrecasa: una bata transparente, bordeada de encaje, con un escote exagerado del que parecían a punto de saltársele un par de senos extraordinarios, liberados por fin de su armadura y relucientes en todo su esplendor tropical.

"Ahora cuénteme qué piensa Vd. hacer aquí, y en qué forma podría yo ayudarlo".

El abrió la boca y encontró de repente, con horror, que no salía de ella sonido alguno. Esperando hallar en el "cognac" el valor que súbitamente había desertado de su pecho sin aviso, como tantas otras veces, Guy bebió un trago para establecer una pausa.

"¿Le pasa algo?" dijo ella al ver cortado de repente aquel Niágara verbal. El dijo que no con la cabeza y sonrió. "¿O quizá le choca este gesto de confianza de haberme puesto en bata? No se preocupe. Lo hago siempre que vuelvo a casa" dijo ella con un tono tan insinuante como aquel escote de antología que mostraba.

"No, no, m-m-m-molestarme, de ninguna m-m-m-m-m... manera".

Ella soltó una carcajada inesperada y escandalosa.

"¿No se desp-p-p-p... no se despert-t-t... su amiga?" se atrevió a balbucear Guy.

Otra carcajada de Perdita Balliol; otra cachetada en la mejilla de Guy, que ardía como si la hubieran golpeado.

"No, ella duerme siempre como un tronco, pase lo que pase".

"B-p-p-pues yo querría t-t-t-trabajar cuanto antes".

"¿En qué?"

"En t-t-t-t-transm-m-m... bueno, en p-p-p-programas de radio en español".

La risa de Perdita Balliol había cobrado ahora proporciones de vendabal, y a él le sonaba como todas las risas juntas del público del "studio" al grabarse "Itma" (It's That Man Again) en la BBC. Pero en "Itma", legendario éxito de la guerra, la gente reía de la velocidad increíble con que se decía el diálogo, una velocidad que lo hacía totalmente ininteligible para el oído forastero del uruguayo. Y aquí la risa, en cambio, aquí la risa la despertaba algo totalmente contrario, algo que en este momento hizo que Guy deseara morirse de repente. En parecidos aprietos había querido dejar incontables veces este mundo. Un síncope, un rayo, un hacha que acabara de golpe con la humillación, con la parálisis, con el horror de un momento así.

En el pecho de aquel facsímile de hombre de mundo, de aquel exigente catador de vinos, de aquel embrión de sociólogo, se empezó a organizar otro vendabal contrario al de la risa de Miss Balliol, un vendabal de antipatía profunda por aquella individua. Tres o cuatro gritos más de cacatúa como los que había soltado y la antipatía se volvería odio de por vida.

"Perdóneme" dijo ella quizá intuyendo, como mujer, la temible reacción del tartamudo. "Me ha hecho una gracia loca eso de buscar tra-

bajo como locutor de radio. ¿Lo dice en serio?"

"Si Vd. supiera t-t-t-tanto de actores como de... como de... como de embajadores, vería que aquí en Londres abundan los... los... los que sufren de este impedimento. P-p-primeras figuras, muchos de ellos. Y no sólo en Londres: Jouvet es un t-t-t-tarta de p-p-primer orden".

"Qué curioso".

"La t-t-t-técnica de t-t-t... de arrojarse noche a noche al fondo del... del abismo".

"Siento que se haya puesto así de repente, pero la verdad, no me lo explico". Y al concluir la frase ella soltó una propina de risa que se le había quedado atragantada en el fondo de aquella su crueldad esencial, tropical, irrazonable, que nadie sospecharía tras de sus perfiladas consonantes inglesas y la altiva "nonchalance" de su discurso de gran dama.

"Siempre que t-t-tengo que... que tengo que... p-p-p... que solicitar algo, me pasa lo mismo".

"¿Reacción de orgullo?"

"Es... es... es... p-p-posible".

"Mientras traigo el café, apunte en esta libreta su dirección y su teléfono. Yo tengo un amigo que conoce íntimamente a la Directora del Servicio de Grabaciones en Español de la BBC. Perdóneme un momento".

El hizo una inclinación de cabeza.

"Vieja puta" pensó mientras escribía los datos pedidos, aunque hubo un momento en que su impulso fue levantarse y marcharse del apartamento sin decir nada. "Estás convencida de que me ha transtornado el espectáculo de tus ubres. Menos mal que en Londres la digestión no puede ser larga, porque si este "show" tuyo sigue de costumbre a la cena... Y aunque me transtornara ¿qué? ¿Me has visto cara de bestia, como deben tener los personajones que desfilan por aquí? ¿Piensas que basta ese

escote para que me arrodille a gulusmearte las tetas como si estuvié-
un
mos en/burdel? Qué poca intuición, qué mula de mujer. ¡"Intelligence Service"! ¡Ja!

Ella volvió enseguida con un primoroso servicio de plata en una bandeja. El contenido, un café flojo e insípido, no valía el continente: una taza de plata primorosamente labrada y forrada de porcelana. El lo bebió en silencio y se levantó bruscamente, como tocado por un resorte.

"Ha sido un gran p-p-p-placer, un gusto conocerla. Gracias por su ofrecimiento. Buenas noches".

"¿Pero por qué se va con esa prisa? ¿No se encuentra bien?"

"Yo, sí. P-p-pero t-t-temo que si sigue Vd... riendo... riéndose así... será Vd. la que encuentre mal: t-t-temo que se le rompa una vena del cuello o algo por el estilo."

"Perdóneme, Delatour. Hay momento en que una se tienta irracionalmente y no hay manera de controlarse. Es Vd. el hombre más elocuente que he conocido, y con toda seguridad el más brillante. He pasado una velada deliciosa con Vd."

"Buenas noches" dijo él besándole la mano - el "Miss" era profesional, y ella, divorciada - luego de haber recibido su abrigo. Y con una sequedad casi despectiva: "Hasta otra", como si le dijera "Ahí te pudras". Felizmente, fue ella la que cerró la puerta; de haber sido Guy, la amiga que dormía como un tronco en medio a todas las exhibiciones de tetas y a lo que debía seguirlas habitualmente se habría despertado con el portazo, y todos los vecinos del piso de arriba y del piso de abajo habrían dado sendos saltos en la cama. El desahogó su iracundia yéndose a pie hasta su nueva habitación de South Kensington y aspirando voluptuosamente la humedad de la noche mientras revolvía en la cabeza aquellas cargadas de Miss Balliol que arrastraban consigo ecos de otras, persistentes inquilinas del pasado, que nunca habían llegado a desvanecerse to-

talmente en las cámaras más secretas de su corazón: las risas con que mucha gentuza de todas las clases sociales de Montevideo habían saludado su entrada en la adolescencia, su timidez, su tartamudez, y luego sus flores en el ojal, su bombín requintado, la insolencia de su testa siempre echada para atrás o el atrevimiento sin límites que lo había lanzado a intentar superar la pérdida de su madre escribiendo y publicando a los diecisiete años - tan perdido, tan solo, tan inocente, pero ya tan desbocado de imaginación como ahora - nada menos que una novela de crítica social.

"¿Qué se fizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se fizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?"
(Jorge Manrique - "Coplas")

El día que se mudó a Cranley Gardens, S.W.1, Guy, después de depositar sus maletas en la habitación, salió a las oficinas del Consejo Británico a ver si había alguna carta del Uruguay, y a dejar para Miss de la Motte un "bouquet" romántico de petunias, pensamientos, zinnias, anemones y siemprevivas que le había cautivado el ojo en una florería cercana de Regent Street.

Después de la media corona que le dio Guy en su segunda visita al Consejo, y las que la sucedieron luego, el portero lo recibía con una solicitud ligeramente ofensiva para con los demás visitantes. Esto lo molestó. Lo último que se la habría ocurrido a Guy era comprar la buena voluntad de las gentes, porque eso significaba simplemente que era incapaz de ganarla por sí solo. No había tal: pocos más capaces que él. Su técnica, desde luego, podía calificarse de torpe. Les hablaba como a iguales, lo contrario de lo que recomendaban todos cuantos poseían la ciencia infusa de la vida. Estos dirían que los epigramas y la manera de burlarse de sí mismo que él ponía en juego por aquel entonces constituían como un insulto a la gente humilde que lo escuchara. ¡Qué equivocación! A la gente humilde el instinto les decía que les estaba hablando un hombre de corazón; y ellos atendían a la música más que a la letra. Un hombre despiadado no tartamudearía nunca. Casi todos entendían a Guy con el corazón; la única manera que han tenido hasta ahora de entenderse los seres humanos.

Y en cuanto a servir... Sólo los resentidos querían ser Césares. Guy también había servido toda su vida. Todos servimos a alguien. Pero quie

nes servían como aquel hombre de la portería podían proporcionarse muy pocos placeres, y nuestro hedonista nato, combinado con monje y fakir, no sólo sabía cuán necesarios eran aquellos pequeños placeres en cualquier circunstancia sino que imaginaba cuánto más lo serían cuando había que malvivir entre aquellas nieblas implacables.

La propina no se aceptaba en Inglaterra, le habían dicho. No se aceptaba, desde luego, si se la tiraba a alguien en la mano como una limosna. Pero detrás de los galones de los ujieres y las pecheras almidonadas de los "maîtres d'hôtel" latía en aquellos días difíciles toda una urdimbre de problemas a los que un poco de dinero extra traían el gran alivio del pequeño placer. Psicología de gran señor tronado y de hijo de puta típico, dirían muchos en Montevideo. No importa; si los campesinos rusos abrían para el extranjero la última botella de licor de albaricoques hecha por su madre, él podía desprenderse muy bien de algo que le hacía falta por dar placer a otros. Todo dependía de la mirada, de la sonrisa con que se daba esa propina o se hacía esa invitación o ese pequeño regalo; una sonrisa que quería decir: "Yo no sé qué comprar que le guste a sus hijos o a su mujer: decida Vd.".

Ahora, antes de que Guy pudiera ponerlo en guardia, el portero del Consejo Británico llamó, en cuanto Guy le dijo para quién eran las flores: "Miss de la Motte, el joven caballero de Yúrugüei le ha traído un 'bouquet'".

"¡Dígale que espere, que no se vaya!" se oyó por el tubo la voz de ella, vibrante, urgente. Justo lo que no quería Guy, a quien disgustaba la idea del agradecimiento a pie forzado.

Medio minuto después Miss de la Motte estaba en el pequeño patio de entrada, tan vivaz y sonriente, tan compuesta y elegante como siempre, con un juego de "sweater" y cardigan de cachemira marrón sobre una blusa color de rosa. Era la cuarta vez que Guy la veía. Para entonces,

gracias a algunos cabos de conversación sorprendidos aquí y allá entre Germaine Dermoz y su "habilleuse" - así quedarían fijadas en su imaginación las dos mujeres de St. John's Wood - él empezaba a tener una idea de los juegos malabares que era necesario hacer con los pocos chelines y cupones de que disponía la inmensa mayoría de los londinenses para presentar siempre una fachada tan irreprochable como la de Miss de la Motte.

Guy festejó el esfuerzo - y el resultado - con un gesto tomado de los aviadores y los técnicos de cine y radio: dibujar una "o" en el aire con el pulgar y el índice, dejando abiertos los demás dedos, y sacudir varias veces la mano hacia adelante. Ella soltó una de sus risas más estivales y luego, al ver el "bouquet" romántico, uno de sus "Ooooh" más de mañana de Navidad.

"Mr. Délatour! ¡Qué suerte! He estado intentado localizarlo esta mañana desde las nueve. ¿Tiene algún compromiso para esta noche?"

"No".

"¡Qué suerte!" repitió ella. "Ya sé que estas flores le cuestan por lo menos dos localidades (¿por qué hace estos disparates?; si yo no lo conociera ya un poco, diría que es para reprocharnos nuestra austeridad)pero Talía vive alerta, y le ha enviado a su enamorado una localidad para "La importancia de llamarse Ernesto". Esta noche en el "Phoenix". Imposible de conseguir si Bridges-Adams no pone detrás todo su peso. Llegó esta mañana y es su única oportunidad de ver el espectáculo; el teatro está todo vendido hasta el fin de la temporada".

"Es realmente una suerte. Un millón de gracias".

"Y aquí tiene otra butaca para "Blithe Spirit" y dos para que vea a Michael Redgrave en una cosa de Patrick Hamilton. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Una invitación de Sir Frederick a cenar en el Conservative Club el martes próximo, y otra de Bridges-Adams para cenar en el Carlton Club tres noches después.

Lo único que falta ahora es que Gertrude Lawrence vuelva de Estados Unidos y dé un "cocktail" en su honor".

"Hmm. El éxito social siempre me ha parecido sospechoso, pero de todos modos le agradezco muchísimo que me complique tan agradablemente la vida".

"Yo no; ellos".

"Sé que todos esos viejos 'clubs' tienen unas bodegas fabulosas".

"¡Ja, ja, ja! Pero mientras Miss Lawrence decide si viene o no, mi madre lo invita a casa el 20 de diciembre a las 7 de la tarde... y todos los minutos extra que se le ocurra a Vd. agregar pasadas las 7".

"Es decir, que me invita a cometer el único pecado original que se puede cometer aquí: llegar tarde a una cena".

"Exactamente".

"Me está Vd. inquietando, Miss de la Motte. Esta guerra acabará por corromper completamente a los ingleses".

"Ya va siendo hora ¿no?" dijo ella con una amplísima sonrisa. "La cena en casa es una pobre fórmula sustitutiva para ese "cocktail" imaginario de Miss Lawrence, lo sé, pero mi madre tiene mucha curiosidad por conocerlo. Ya le recordaré yo con tiempo fecha y hora".

"Gracias otra vez, Miss de la Motte. ¡Ah! He visto "In Which We Serve". Me ha hecho una impresión tremenda, tremenda. Me avergüenza decirle hasta qué punto me tocó todas las fibras, las sensibles y las insensibles".

"Yo fui al estreno. Función de beneficencia. Yam se imaginará qué público. Qué clase de público. Pues hacia el final de la película, la mitad de la gente que tenía alrededor estaba llorando desvergonzadamente".

"Entonces, lo de la corrupción de los ingleses no es ningún chiste." Ella rió. "He dicho: no es ningún chiste". Ella puso una cara cómicamente compungida. "Y se extiende a muchos terrenos; me he mudado de St. John's Wood escapando de otra forma de corrupción que intentaban conmi-

go los chicos del "kindergarten"."

"¿Cómo qué? ¿Jugar a las cartas por la noche, a penique los mil puntos?"

"¡No! Intento de indoctrinación política. ¡En serio!" Pero como él seguía sonriendo, ¡quién lo iba a creer! "Aquí tiene, incomparable hada madrina, mi nueva dirección y el teléfono. La semana próxima, si me queda algún momento para respirar, la llamaré para que me invite a que la invite a Claridge's a tomar dos o tres Pimm's".

"D'accord" dijo ella. "Mais vous exagérez. Énormément. Votre bouquet est ravissant. Je ne sais pas comment vous remercier, cher M. Delatour". Exactamente lo que habría dicho una niña "bien", porteña o montevideana. ¿Cuántas décadas tendrían que pasar todavía para que el mundo se enterara por fin de que las "belles manières" (¡hasta la expresión era francesa!) no eran una confección exclusivamente gala, como los perfumes? Para fijar las exquisitas esencias de sus flores o frutas en aquellos líquidos dorados o verdosos, que parecían bautizados por Rimbaud o Apollinaire, París había obtenido hasta entonces los mejores almizcles y algalias salidos de las mejores glándulas, seudoglándulas y prepucios de gatos y ciervos de regiones remotas; sustancias de olor pútrido cuyo efecto final en una esencia de Guerlain era como un tropo de la cultura humana. Pero con el cerco nazi en torno a Europa, ya no llegaban a la ciudad-luz y los perfumes se volatilizaban rápidamente. ¿No estaría ocurriendo lo mismo con las maneras, con la cultura, que desde 1935 parecía encontrar, no sólo sus propias algalias, sino también su propio "enfleurage" en otras regiones igualmente remotas?

. . .

Entrar en el patio de butacas del "Phoenix", todo vestido de negro con una corbata gris perla, le causó a Guy una violencia absolutamente

inesperada. Si fuera cierto que le gustaba causar sensación, tendría que haberse sentido felicísimo: en un océano de uniformes "khaki" y azul marino que llenaban completamente el teatro - 1.010 repartidos en los "stalls", en el "dress circle" y en el "upper circle" - él era el número 1.011, el único civil, la única mosca negra. Pero en vez de violencia acabó por ver que lo que sentía en realidad era vergüenza, la vergüenza del insecto parásito, pacífico y pasivo caído en un mundo de hormigas guerreras.

Por lo demás, nadie se fijó en él. Era, evidentemente, una representación especial para las tropas. ¿Tropas? Si se miraba a los perfiles personales que emergían de la impersonalidad de los uniformes, aquello parecía una representación especial de la obra de Wilde en el St.James's, en febrero de 1895 - a los dos o tres días del estreno de la obra - en que la "jeunesse dorée" de Inglaterra y pura sangre azul marino que asomaba a las tersas mejillas de manzana convenientemente teñida de rojo, hubiera querido divertir al autor disfrazándose de "mundo del futuro" e inventando uniformes adecuados para los dos sexos, como si el mundo pudiera volver a la época de las amazonas. Había en aquel público rigurosamente galonado y hasta condecorado innumerables Holbeins y Joannes Oorvus y van Somers y Nytens y Wrights y Knellers y Ramsays y Sullys y Hogarths y Gainsboroughs y Reynolds y Stubbs y Shannons y Sargents (en esta fantasía las tres hermanas Wyndham de este último estaban distribuidas en distintas filas y distintas ramas de las tres Fuerzas Armadas); había hasta Lauras Knights y Charles Hopkinsons. Entre dos WRENS de cabellos color de lino - esta era la tierra de las rubias naturales - él, un Greco chupado y sombrío de tonos, aunque nada místico ni melancólico: él, el concurrente al imaginario entierro del Conde de Orgazmo.

Al irse ubicando en los asientos y proponérseles para el entreacto

la consabida bandeja con té, pan y mantequilla y torta de almendras - la delicia de las viejas damas en "matinées" y "soirées" de teatro más ortodoxas que aquella - las tenientes y los capitanes decían todos invariablemente que no. Era, sin lugar a dudas, un público de "whisky" y "pink gin": esto quizá hubiera chocado más a Wilde que ver de uniforme a tanta fémina frágil y luminosa. Las clases "superiores" imitando a las obreras de Dickens; el pueblo dando el tono. Inconcebible.

Y ellas, como las "cocottes" que iban a principios del siglo al Café Royal, abrían inmediatamente cigarreras de plata o de carey o de cuero negro y encendían cientos de cigarrillos, que seguían encendiendo en cadena durante toda la función. Todos aquellos oficiales, hombres y mujeres, fumaban. Guy vio el espectáculo tras una permanente cortina azul de humo; lo vio como la visión de un fumadero de opio, como una alucinación de otros tiempos. Y lo era. Et ne plus ultra.

¡Qué placer para un crítico duro deponer las armas, rendirse totalmente y admirar y admirar! Humo y ridas de oro y plata, una cascada de risas que eran el epitafio de la "élite" castrense allí reunida a su propia clase, que aquella guerra había desalojado ya de los magníficos escenarios en que se había movido hasta entonces: los salones de baile de Mayfair, los enormes parques particulares, con sus jardines y sus lagos, las "écuries", los "pieds-à-terre" campestres de 30 dormitorios que ellos llamaban así, mientras que los franceses calificaban de "château" a cuatro habitaciones de mala muerte levantadas con cuatro cuartos a fin de siglo, sin calefacción, sin baño, sin sillones, pero con mucha literatura y megalomanía en la descripción.

El entierro de esa noche merecería haber sido el del Conde de Orgaz mo, porque acto público más alegre no le sería dado a Guy contemplar en mucho tiempo. Los ingleses no pensaban sus catástrofes: las vivían con el mejor ánimo posible. Frente a las bombas y al combate en tierras

lejanas ¡qué podía importar la desaparición de las mansiones campestres, la volatilización de las fortunas!

Aquellos perfiles de Reynolds y Sargent, tan anacrónicamente enfundados en estos uniformes, no volverían a plantarse frente a los retratos de sus antepasados para que algún André Maurois repitiera desde este lado del Canal de la Mancha los éxtasis de "snob" con que Proust evocaba a sus princesas de Guermantes y sus marquesas de Sainte-Euverte. Ni para que escribiera a su vez, registrando el milagro de la continuidad inglesa, nuevos "Consejos a un joven francés que se va a Inglaterra", otra "Carta a una joven 'de clase' que parte a Londres al comenzar la "season" y otras "Notas para un hombre de Estado francés que cruza por primera vez el Canal". Que la gente de clase media fuera a Inglaterra a visitar a otra gente de parecido nivel económico (o viceversa) no cabía en la cabeza de aquel ilustre exégeta del adulterio "à la française": y eso que había millones y millones de ellos. Ellos "eran" Francia y "eran" Inglaterra, pero Maurois vivía en sus propias nubes, unas nubes arriñonadas que le quedaban muy bien al césped de Sussex, Surrey y Kent.

Su consejo a la chica 'de clase' y al hijo de algún hipotético Primer Ministro era la repetición del clásico "Donde fueres, haz lo que vieres" que el vulgo aplicó por primera vez a los visitantes de Roma. Pero, francés ante todo, M. Maurois no veía en Inglaterra sino lo que, desde su principado galo del espíritu y el intelecto, parecía incongruente, y recomendaba que se respetara y, de ser posible, se imitara la incongruencia, porque los ingleses eran buena gente, "all things considered". Había que agradecerle esta fina condescendencia, pero reprocharle un poco que en tantos años de visita a tantas grandes casas todavía no se le hubiera ocurrido que lo recibían bien, 1o.) porque era un escritor de talento; 2o.) por el colorido judío de su personalidad (los ingleses admiraban todo lo arriscado, lo apasionado, lo que a primera

vista se anunciaba como profundo: en suma, todo lo que no eran ellos o no se atrevían a ser), y 3o.) porque todos vivían deslumbrados por la cultura francesa, cuyas muestras más sobresalientes conocían de una manera pasable. M. Maurois, fuera de todo eso, era la excepción que confirmaba la regla de una desdeñosa ignorancia nacional frente a toda manifestación del genio británico, o chino, o sueco, o español, et sequentes et sequentis.

Pero su consejo era miope; nada más ridículo que tratar de imitar a los ingleses. La marca de la madurez de éstos como nación era la impaciencia con que veían semejante forma de servilismo. Tampoco se le había ocurrido a M. Maurois que la manera francesa de vivir pudiera resultar incongruente a ojos de un pakistaní, de un norteamericano... o de un uruguayo. Un esnobismo mundial lo seguía ayudando en esta suficiencia de provincianos que dejaría a Francia, todavía por várias décadas, en una completa oscuridad frente al riquísimo y acérrimo mundo que la rodeaba. Empezando por lo que llamaba "l'Angleterre" sin pensar nunca que en ese término entraban rincones tan variantescos y diferentes como Irlanda, Escocia y Gales.

Aquellos "Consejos" habían visto la luz un año antes de estallar la guerra: M. Maurois no padecía por cierto de presciencia histórica. De todas maneras, él había desertado de los parques aristocráticos y de la compañía de sus amigos los pares del reino para irse cómodamente a los Estados Unidos y los paros estaban, en una capacidad u otra, sirviendo al país, que les cobraba un 99 % de impuesto a la renta pasada una cantidad anual que no serviría a una estrella de Hollywood para cubrir su presupuesto de artículos de tocador.

La risa de aquella "jeunesse dorée" en uniforme ante la caricatura del mundo de sus abuelos, pensó Guy al terminar el espectáculo, quería decir también en cierto modo: "Gracias por habernos dejado disfrutar

tanto tiempo de nuestras "écuries" y nuestros parques y nuestros Velázquez y nuestros Gainsboroughs. Mientras todo eso duró, estuvo estupendo. Muchísimas gracias a todos". Por supuesto, el obrero era el único ejemplar noble de la humanidad contemporánea: pero entre una sociedad absolutamente podrida por el dinero, esta elegante, sonriente, despegada manera de renunciar a todo de un golpe no estaba del todo mal.

Quizá, pensaría Adolfo Cortés, las clases ex-privilegiadas tomaban esa actitud simplemente por desgana: la guerra, y la vigilancia de incendios, y las prácticas de primeros auxilios, y el racionamiento, y las madres e hijos y trabajadores evacuados que había que alimentar y aguantar y animar no dejaban fuerzas a nadie para protestar por nada. Había quienes vivían en una buhardilla de Chelsea con un dormitorio, mientras el ejército ocupaba los treinta del "pied-à-terre", y hacían alegremente una cola de media hora en el frío para conseguir "haddock" para el desayuno; y entre éstos, una mayoría de abueletes de 70 y 75 años.

Ya que nunca se podría disponer de la servidumbre adecuada, otros, más jóvenes y llenos de inventiva - y sobre todo más amantes de la vida cuasi rural - planeaban quedarse en sus castillos después de la guerra viviendo en el pabellón de los criados y trabajando para el Estado como guías en las visitas turísticas de lo que fue suyo; por lo menos en esa forma, que el teatro y el cine iban a registrar con la debida ironía, un esfuerzo y un esplendor de siglos no caerían para siempre víctimas de la negligencia, del polvo, de la burocracia, de las termitas y de las generosas deposiciones de las palomas, que habían arruinado ya media Italia y un tercio de Francia monumentales. Y esto - <u>ça va sans dire</u> - había que hacerlo de muy buen humor: el tener buen humor en aquel país era tan obligatorio como el respirar.

Un colombiano o un ecuatoriano de comparable estrato económico di-

ría: "¡Pero esa gente es imbécil! ¡Dejarse quitar todo así, sin organizar un golpe de Estado! ¡Al concluir la guerra lo pueden dar ellos mismos si se les antoja: ellos son el ejército y tienen la sartén por el mango!" ¡Ah, raza latina, tan ciega para todo lo que no estuviera a dos metros de distancia de su ombligo! Esta gente, este público de esta noche, parecía imbécil precisamente porque no lo era; la imbecilidad consiste en querer forzar el curso de la historia, en no saber leer lo que la rebelión humana, la protesta que el hombre lleva siempre a flor de labios y que en la mayor parte de los casos es su única razón de existir, escribe en las paredes de todos los estadios de la historia.

* * *

Pero el telón se había levantado y, tres o cuatro minutos después, comenzaría la histórica contienda de Algernon Moncrieff y John Worthing sobre los "sandwiches" de pepino preparados para una temibilísima gorgona llamada Lady Bracknell. (Después de pedir la mano de su hija, así la calificaba Jack Worthing: "En realidad, yo no sé bien qué es una gorgona, pero estoy absolutamente seguro de que a Lady Bracknell el término le va de perlas. Bueno, en todo caso ella es un monstruo sin llegar a ser un mito, en lo cual puede verse su mala fe"). Y en eso podía verse también la vaguedad de los conocimientos de un "pollo pera" a la moda de la época; en la comedia "the upper class" quedaba embalsamada para un Museo de Historia Social de Inglaterra tanto en la inconsciencia de los dos galanes como en la furibunda conciencia económica de clase de Lady Bracknell.

Con su velo moteado, con las plumas de gallo que caían en cascada de su sombrero y con su polisón, Edith Evans parecía una gallina clueca a la que algún hipnotizador hubiera convencido de que era la primera locomotora de Stephenson; así, como una incierta máquina a vapor (el vapor

de la indignación y de las valuaciones y calificativos que salía tan atragantada como inapelablemente de su boca) había hecho irrupción en escena como si viniera a dictar sentencia en nombre de la mismísima Reina Victoria. El personaje era una perfecta versión inglesa de la abuela materna de Guy, por lo menos en la inflexibilidad de su sorrostrada; felizmente Edith Evans tenía en el pecho otra caja de resonancia de la que hacía temblar a toda una manzana de la calle Libertad en Pocitos cuando el metal de aquel oráculo montevideano (oriniento mas no por falta de uso) se sentía movido a emitir unos ruidos de sierra eléctrica en las que a veces se reconocían breves pero temibles cadenas de insultos.

Todo su mundo apoyaba a la gorgona de Oscar Wilde; todo el decorado finisecular ahogaba la respuesta abierta que los demás pudieran darle en un ataque de heroísmo palmerstoniano. Repartidos en dos mesas, y sosteniendo exclusivamente retratos de familia - la continuidad, la tradición - tres docenas de gruesos y trabajados marcos de plata; en las paredes, muchas docenas más de grabados y naturalëzas muertas y vivas de todas las layas posibles. Apenas se podía allí respirar, y suspirar, y decir paradojas. Si se hubieran quitado de pronto todos los cuadros y grabados, habría aparecido el mensaje escrito en la pared: aquel perfecto artificio era una obra profética, y Wilde, exclusivamente en ella, un genio, vale decir, un escritor que no sabe los alcances de lo que está diciendo.

En cuanto los personajes se abstenían de ser ellos peleándose como niños por los "sandwiches" de pepino o los "muffins" de la casa de campo, o ejercitando venganzas pueriles al servir una de ellos a la otra exactamente lo contrario de lo que ésta había pedido, incurrían en definiciones generales. Estas definiciones generales cobraban aire de paradoja por ser exactamente lo contrario de lo que los usos, costumbres

e ideas del fin de siglo habían impuesto como la forma curricular de la moral. El presunto disparate había hecho reir en 1895 y hacía reir más todavía en 1942; y el hecho de que todo lo que el héroe de la obra servía como mentira a novia y amigo acabara por ser verdad reforzaba, con su rigor matemático, el placer de la velada.

Pero lo que Wilde no sabía en 1895 es que por detrás del artificio voluntario de su obra (inclusive el de hacer alusión, con el hombre de "bunburismo", a sus escapadas homosexuales) había otro involuntario del cual salía, como del fondo de un viejo palimsesto griego, una sorprendente profecía de la sociedad inglesa (o universal, que para el caso daba lo mismo) ya entrada la segunda mitad del siglo XX. Aún en 1942, podían verse detalles de esta futura "Importancia de llamarse Ernesto" (o "de ser persona seria": el título inglés constituía, con su doble significado, una paradoja más). Las mujeres eran más atrevidas que los hombres en el ataque amoroso; había costado 50 años de teatro imponer el adulterio en la sociedad francesa, mientras que en Inglaterra, sin ese formidable mecanismo de propaganda, la cosa se había impuesto en la mitad de tiempo; era notorio lo bien que les hacía a muchas mujeres el que se les muriera el marido (parecían veinte años más jóvenes).

Pero nunca como en el desenfadado período que mediaría entre el fin de la segunda guerra mundial y el fin de nuestra civilización (<u>circa</u> 1990) habría una "alta sociedad" compuesta por estibadores convertidos en diplomáticos, estrellas de cine convertidas en princesas o princesas convertidas en estrellas de cine, cantantes epicenos, Messieurs Jourdains que llevaban en avión a Venecia, de todas partes del mundo, a la maltraída "élite" social, artística y política, junto con los peluqueros y modistos más mimados - que representaban a la octava arte - para un baile de trajes que hacía pensar inmediatamente en el "ballet des nations" de Molière; y nunca sería más grande, pese al grotesco "pêle-

mêle", la furia de la gente a la que no invitaban a esto o aquello, como ya lo apuntaba Wilde. Nunca, tampoco, sonaría tan a verdad el chiste de que más de la mitad de la cultura moderna depende de lo que uno no debe leer (por ejemplo, todo lo relativo a la energía atómica); y nunca podría decirse con tanta razón - por ejemplo en los mentideros teatrales y literarios del Montevideo de 1960-70, que todo el mundo era agudo e inteligente y que la cosa se había convertido en una verdadera calamidad pública; o que el tener una edad avanzada no constituía ninguna garantía de respetabilidad.

Hasta las "vibraciones" de que tanto hablaban en su "lingua franca", de 1960 en adelante, rosacruces, zen-budistas y "hippies" de todas las denominaciones, salían a relucir en el diálogo de la pieza. ¿Y qué más profético que este trozo de diálogo entre Jack y Algy: "¿Sabes que son casi las 7?" "¡Oh! ¡Siempre son casi las siete!" En el mundo terriblemente mecanizado de la segunda mitad del siglo el fin de la jornada de trabajo llegaba sin que nadie se diera cuenta; parecía, en serio, que siempre fueran casi las siete. Y quien viera o leyera la obra en 1970 y llegara al pasaje en que Jack reprocha a Algy el que no diga más que disparates y Algy le contesta: "La gente no hace otra cosa" pensaría con una sonrisa - si no con una mueca de horror - en la charla de la noche anterior en un apartamento de Palo Alto, un café de Greenwich Village, un "pub" de la Avenue Wagram, un teatro independiente de Buenos Aires, una tasca de Barcelona, un "restaurant" indonesio de Amsterdam, una carpa de "fedayeen" en Jordania o un "kibbutz" de Israel.

Y sin agotar la lista, Lady Bracknell decía, en su primer diálogo con Jack: "Afortunadamente, por lo menos en Inglaterra, la educación no produce efecto alguno. Pero si lo produjera, constituiría un peligro serio para las clases altas y probablemente suscitaría actos de violencia en Grosvenor Square". Este era el momento culminante de la profecía: ter-

minada la guerra, las becas dadas a los jóvenes brillantes de condición modesta sí iban a producir efecto: y el despertar de la conciencia colectiva frente al crimen de las pruebas atómicas ("Ban the Bomb") los llevaría un día, en una manifestación de violencia, a la Embajada de los Estados Unidos de América, con sede, precisamente, en Grosvenor Square.

Parafraseando a Florencio Escardó, podía muy bien decirse en este caso que la verdad era una paradoja a la que el tiempo le había puesto el traje del revés. Que tanta mentira se convirtiera en verdad - dentro y fuera de la obra - ¿no era el más perverso de los "happy endings"?

* * *

A todas las riquezas - proféticas, retóricas, costumbristas, dramáticas y mobiliarias - de este castillo encendido que brillaría en los escenarios de habla inglesa mientras durara el mundo, había que añadir la perfección del estilo con que la comedia se recitaba y movía. Todos los Algy, los Jack, las Lady Bracknell, las Cecily, las Miss Prism y los canónigos Chasuble que Guy había visto hasta entonces eran gente disfrazada de ingleses victorianos y asustada ante el ingenio desproporcionado del diálogo (¿cómo a Alfred de Musset no se le había ocurrido escribir una cosa así? Todos, en cuanto tenían que decir una paradoja - vale decir, en cuanto tenían que abrir la boca - miraban de reojo al público: todos los Algernon y los John se divertían entre ellos como estudiantes de derecho en su festival anual; nadie creía verdaderamente que estuviera actuando en una sátira de una verdadera realidad social.

Hacia la mitad del segundo acto, los actores latinos estaban convencidos de que frases tan concinas sólo podían habérsele ocurrido a ellos, y la representación se convertía en una conferencia ilustrada. Era cuestión de leerles en serio por las mañanas, como quien les mecha un ser-

món, una de las frases que en la comedia sonaban a eso, a frase, pero que ellos, en su amor por el teatro, deberían considerar como una clave de todo su trabajo; "En cuestiones de vital importancia el estilo, y no la sinceridad, es lo primordial" (manera wildeana de repetir el "Todo el mundo es un teatro" de Shakespeare).

Aquí en el "Phoenix" ¡válganos Dios! no ocurría, ni podría haber ocurrido jamás, nada semejante a lo que pasaba por esos mundos de fuera. Entre los intérpretes había tres a quienes la Corona daría pronto, por su categoría como artistas, blasones de nobleza; todos los actores eminentes de Inglaterra en ese momento habían publicado o publicarían un libro inteligente sobre su profesión y su vida; casi todos venían de las grandes universidades británicas y habían aprendido a fondo su oficio en la Real Academia de Arte Dramático. Todos ellos, en consecuencia, tenían una noción clarísima de lo que es estilo. Si había que burlarse de Inglaterra en cualquier período, pasado o presente, todos sabían que la empresa era seria: cuanto más ardimiento dramático pusieran en hacer o decir trivialidades, el efecto cómico sería mayor.

La lucha por los "sandwiches" de pepino o los "muffins" - esto parecía una broma privada del director - se desarrollaba con un encarnizamiento sensual tan grande como si el objeto de tanta codicia masculina fuera alguno de los mancebos de Covent Garden con que Wilde se iba a "bunburizar" por ahí. Cyril Ritchard, especialmente, ponía en juego la falsa inocencia de sus ojos azules, su nariz respingada y su saludable descaro de australiano que imita a un esteta londinense para subrayar con picante efecto cómico esta interpretación freudiana de la metáfora de Wilde.

Lady Bracknell salía como una fragata con todas las velas desplegadas (ya no como una locomotora) al soltar al niño abandonado distraídamente 28 años atrás en un depósito de equipajes el parlamento quizá

más brillante - y que mejor calificaba a un personaje - de todo el texto: "Nacer, o por lo menos criarse, en un maletín - tenga asas o no - me parece indicar un desdén por el decoro indispensable en toda vida de familia que trae a la mente los peores excesos de la Revolución Francesa". El tono era tan pomposo, tan majestuoso, tan gramofónico, tan irreal, como el que uno le imaginaba a la Reina Victoria al decir, enseguida de quedar viuda: "Estoy resuelta a que nadie - por más bueno que sea o más devoción tenga por mí entre los que me sirven - me dirija o me guíe o me dé instrucciones: nadie". Aplicado al maletín con asas y a la Revolución Francesa, este eco imperial era una maravillosa "trouvaille" cómica. Y además, fiel a la verdad de la época: en el fondo de todo este arquitectónico artificio había, pensó Guy, montones de cosas ciertas.

Las dos jovencitas del reparto habían pasado, una los 35 años (Peggy Ashcroft) y otra los 45 (Gwen Ffgrangçon-Davies, que hacía de Gwendolen apenas recuperada de una larga y severa dolencia). Esto era la verdad finisecular del teatro: en 1895 los actores tenían la edad que se les ocurriera, según la inspiración del momento o las exigencias de un reparto. Y como en 1895, Cecily, fiel a la verdad histórica, regaba rosas de papel con un recipiente del que no salía una gota de agua.

Peggy Ashcroft, frágil, secreta, interior; su arte consistía en tragarse las cosas, en actuar hacia adentro. Gwen Ffragngçon-Davies (las dos efes juntas constituían un motivo de agradecimiento para cualquier tartamudo) era la antítesis de Miss Ashcroft: atrevida ante Jack y amordazada ante su madre, su vitalidad mental chocaba todo el tiempo con los cisnes de plata y las tazas de porcelana de Worcestershire. Pero cuando ambas se enfrentaban y venía el momento de luchar, ya no por un hombre, sino por un nombre, Ernesto - un fantasma de hombre inventado por Jack Worthing - los 35 años de una y los 45 de la otra les venían estupendamente bien; sólo a esa edad se sabe en qué estupenda harpía

se puede convertir la mujer más modosa y dulce del mundo cuando se trata de disputarle a otra una migaja de amor de un hombre.

El luto de Jack por la muerte de su supuesto hermano, decidida dos horas antes, era una maravilla de etiqueta victoriana: "siete reflejos" con una anchísima banda de crespón, levitón negro, guantes de gamuza negros, pena negra y puños a rayas blancas y negras, como la sábana de seda ribeteada de negro que sacaba de un bolsillo para enjugar las lágrimas de cocodrilo en su orondo simulacro de aflicción. La entrada de Gielgud con este atuendo que lucirían tantas veces en tantas temporadas distintas - aunque pocas con un elenco de tal calibre - provocaba una larga carcajada por la angustia de su expresión, que Horacio no habría podido superar al despedir a Hamlet de este mundo con el famoso "Good night, sweet prince".

Maravillosa noche de teatro. Cada minuto de ella valió muy bien los cuarenta días de viaje a bordo del "Talk of the Town". En el intervalo entre el segundo y tercer actos Guy decidió salir a uno de los bares a luchar con aquel torrente de Gainsboroughs y Sargents y Reynolds de uniforme. Pero para llegar al mostrador habría que haber librado la primera batalla de la guerra en suelo británico.

El se aplastó contra la pared y allí quedó, distraído por tanta vida como rezumaban muchos de aquellos espectadores que probablemente morirían días o semanas después, muy lejos de este penúltimo reducto de una insolencia estética condenada a muerte. Desde el mostrador, una de sus dos vecinas de asiento le gritó: "Hey! ¡Vd., el de negro, el que está en mufti y tan solo! ¡Pobrecito! ¿Qué quiere de beber? ¡Rápido, que me sacan de aquí en andas!" "Un ron con jarabe de naranja". "¡Se lo llevo triple!" "¡Hurrah!" gritó él.

El compañero de la WREN, un capitán de ojos color de miel y boca un poco brutal, pagó sonriendo por el capricho de la chica. Ella era la

Mrs. Graham de Hainsborough: rostro ovalado, naricilla minúscula, barbilla casi inexistente, botón de rosa por boca, ojos no muy grandes pero sí muy alerta, expresión seria que parecía secretamente divertida, figura elongada, que Guy veía, como la de la Mrs. Graham del cuadro, a la vera de un gran árbol sombroso.

El recibió su vaso lleno y lo levantó diciendo en español: "Que los dioses te bendigan, Hebe". Ella contestó en inglés: "¿Una bendición?" y él le dijo, abandonando su propia lengua y asintiendo con un movimiento de cabeza: "Si en su época de ángel Vd. es así, me imagino los estragos que hará cuando se convierta en demonio".

"Un poco más de respeto" exclamó el joven capitán. "Se está Vd. dirigiendo, señor, a un oficial de enlace que, si estuviera en el Ejército, ya sería un mayor".

"¿Mayor, esta menor? Esta noche todo es paradoja".

Los tres levantaron las copas. "Gracias excesivas" dijo Guy, usando una expresión inglesa ya caída en desuso que hizo reir a la pareja. "Brindemos por la Reina Victoria; sin ella y todas sus malas costumbres, no habría podido nunca escribirse esta obra".

"Vivat regina" dijeron los tres al unísono, sorprendidos de su unanimidad en el latinajo.

"¿Qué hace Vd. aquí tan solo y tan de negro, asociarse al duelo de Jack Worthing?" preguntó la chica.

"No. Pasar vergüenza. Esto no es mufti" dijo él; "simplemente, no soy hombre de uniforme. Aunque un "ouija board" en el barco en que venía aquí me predijo que lo sería para 1944".

Ella hizo los cuernos con las dos manos. "La guerra no puede durar tanto" protestó.

"Será entonces un uniforme de barrendero municipal" dijo Guy, riendo.

"En los dos actos hemos admirado su risa" dijo el Capitán, tomando

la mano de la Hebe marina. "Si yo estuviera solo, como Vd., no creo que pudiera divertirme así".

"Mi risa es más de goce artístico que de otra cosa. Yo soy un crítico profesional implacable y este es un espectáculo perfecto. Brindo otra vez por la Reina Victoria" dijo, levantando su copa; y la pareja se unió al brindis con cómica gravedad diciendo a dúo: "The Queen".

"Y bebemos también por Oscar Wilde, qué caramba" agregó la chica. "¿O no le cae bien Oscar Wilde?"

"Aquí sí, y en sus cuentos también. Pero escribir su "De Profundis" en la cárcel, salir a la calle, sentirse escupido por la multitud y volver a las andadas al tocar suelo francés, me parece patético, y si Vd. quiere me da lástima; pero no me inspira la menor simpatía. Es una estafa al arte y otra al dolor, que para mí son dos cosas muy serias".

"¡Puf! ¡Un moralista! ¡Un moralista en 1942! ¡Con razón me dice siempre mi madre que me guarde de los extranjeros!"

Sobre la risa de los tres sonó el timbre de aviso de que iba a empezar el tercer acto.

"Espero que me permitan devolverles la invitación al salir" les dijo Guy al avanzar por el pasillo.

"Desgraciadamente, es imposible. Ronnie tiene un tren media hora después de acabarse esto: sale de King's Cross para el norte. Y yo, diez minutos antes que él, salgo de Waterloo para el sur".

"Lástima. Pero gracias excesivas de nuevo y que sean muy felices" murmuró Guy.

"¿Felices? Espero que sí. Separadamente. Como vecinos, nos odiábamos; recién empezamos a encontrarnos soportables esta noche". El Capitán, riendo, volvió a tomarle la mano. "¡Ah, ya se me olvidaba: que vivamos, sobre todo eso!" dijo ella con terrible naturalidad para poner el broche final al encuentro. Se sentaron, se apagaron las luces: me-

dia hora después, con un apretón de manos, los dos habían desaparecido a toda prisa. Recién entonces pensó Guy que esta velada se había organizado como un premio a los oficiales que más se hubieran destacado en una misión o comisión, reuniéndolos, sin mayores ceremonias, para que se divirtieran refinadamente, para que rieran con risa dieciochesca, que era lo más difícil de hacer en aquellos momentos; y que esos 1.010 espectadores habían venido de todas partes de Inglaterra a recibir el jocundo diploma de Gielgud por haber sido buenos chicos.

El salió a su vez, se metió en el metro, sonriendo, y sonriendo como un idiota - habría dicho alguien en el coche si las gentes miraran a los demás en Londres como los miraban en Montevideo - llegó a South Kensington y salió a la sombra y al frío, reconfortado y agradecido a la vida después de todos los lujos que había derramado sobre él en una sola noche la ciudad derelicta, empobrecida e irreconocible que era Londres en 1942.

* * *

A las nueve de la mañana un par de discretos artejos despertó a Guy con un sobresalto. La cama estaba fría, como todas las suyas en todos los sitios: cama de cenobita cuyo ahusado cuerpo apenas caldeaba una estrecha área de las sábanas. Al abrir los ojos no le gustaba encontrarse de pronto en un sitio desconocido, pero esta vez la sorpresa fue grata. "¡Territorio Forsyte! ¿Cómo estoy yo aquí?" querían, pero no podían decir las dos aberturas entrecerradas de sus ojos, por las que se escapaban malamente dos minúsculos relámpagos de luz renegrida.

Apenas había tenido tiempo la tarde anterior de colgar sus trajes en un ropero empotrado en la pared, de admirar una chimenea de mármol blanco sobre la que se elevaba, borroso por el tiempo, un alto espejo especial para narcisistas que, puesto como estaba frente por frente al del

lavabo, había compuesto con éste un corredor lleno de Guys, los últimos escorzados ad infinitum; de tirarse un segundo sobre la cama para cerciorarse de que era dura; de ver que la estrecha ventana daba a una plazoleta larga y angosta - quizá los "Cranley Gardens" de los que la calle tomaba su nombre - y de pensar que sus visitantes - si los había - tendrían un par de muelles "wing chairs" en que sentarse a charlar, lo cual le causó cierta satisfacción. Todo esto en menos de diez minutos. Y luego la visita al Consejo Británico y el regalo de haber visto la incomparable puesta en escena del Wilde por John Gielgud.

En diferentes versiones de esa habitación - celdas monásticas del último piso, que invitaban a la claustrofobia, o señoriales salas de recibo en el primero o segundo piso de la casa, Guy pasaría buena parte de los próximos dos años - un viraje en redondo de su vida. Las querría a todas, pese a su impersonalidad y pese a que la mayor parte del tiempo lo pasaría solo en ellas. ("¡Solo! ¡La soledad! Luego lo supe:- el mundo lleno de varones solos", había dicho el poeta José Moreno Villa). Lejos, en otros mundos, Guy volvería siempre a esa casa con la imaginación agradecida, como Peter Ibbetson volvería en la cárcel una y otra vez al jardín de su amor incipiente. Era la balsa desde la que cortaría amarras, dejando atrás la tormentosa costa de su juventud.

Los techos tenían volutas y molduras de estuco blanco, y todos los pisos de las habitaciones, todos los corredores, todos los escalones, todas las roperías de los corredores estaban tan rabiosamente alfombrados que aquello parecía, nó la mordaza voluntaria para una conspiración de silencio ni el símbolo del respeto nacional a la intimidad ajena, sino el resultado de una maniferra disposición municipal, como Guy sospechaba con acierto. ¡Oh, el talento inglés para ponerle sordinas a la vida! ¡Cuánto lo echarían de menos un cuarto de siglo después los soldados niños y las chicas de uniforme qué se quejaban entonces de aquel

mundo agamuzado (a Londres lo llamaban "el sanatorio") al escuchar los ladridos de los cantantes de "rock", las puñaladas rítmicas de las guitarras electrónicas, los "cocktails" Molotov de los estudiantes, el grito herido de los que apedreaban tiendas y bancos en sus estallidos de rabia racial, el silbido inhumano de los aviones supersónicos, los tiros y las bombas de los choques entre parroquia y parroquia a medida que el mundo se lapidaba y dividía en barrios hostiles en vez de unirse en un solo haz!

"¿Puedo entrar a dejar el desayuno?" preguntó la encargada de la casa, que fumaba en cadena y reía en cadena también. Pelo pajizo, encías grises y ojos incoloros, que habían abandonado hacía años toda pretensión de ser azules: todo gritaba "anemia" en ella, pese a la risa obstinada, que quería gritar "fuerza".

"Entre, por favor", dijo Guy, incorporándose en la cama. Y al ver la bandeja con sus tostadas crujientes, su tarro de mermelada, su huevo con "bacon": "Buenos días, Miss Keen. Veo que ha hecho maravillas con mi libreta de racionamiento".

"Pero a Vd. le quedan muchas cosas que comprar aún. Ya le diré cómo utilizar los puntos, y dónde son mejores las cosas. La cocina de la casa está abierta para todos, mañana y noche."

"Gracias. Si le es más cómodo, desde mañana iré a desayunar al comedor".

"Da lo mismo. Allí, puntual como Big Ben, no va generalmente más que Mr. Perkins. Vd. lo vio ayer. Es el que me da menos trabajo de todos".

"Perkins. ¿Perkins? ¡Ah! ¡Ya sé de quién habla! Old Jolyon Forsyte ¿no? El viejecillo de la saga de Galsworthy, el jefe del clan. Al final de su vida, después de tanta pasión por las casas y las cosas, las visitas de Irene. ¿Su nuera? Ya no recuerdo, me debo estar poniendo tan pocho como él" acotó Guy, despertando otro cacareo en la garganta de

Miss Keen. "Irene venía a él con su perfume de violetas y sus "valses" de Chopin; Irene la bella. De eso sí me acuerdo muy bien. Un último amor a los 85 años, veranillo de San Juan que lo descompagina y le trae la muerte. Ayer, al verlo aquí, porque es él, clavado - pensé: "¡Qué perfecta casa Forsyte es esta! ¡Y qué perfecto Jolyon este viejo de ojillos desconfiados!"

"Hmm. Los Forsyte" gruñó ella. "Esos eran los tiempos de la caballería andante, hace 50, 60 años. Había tres veces más criados que amos. Aquí, en el piso alto - el de la servidumbre - hay siete habitaciones. ¿Se da cuenta? ¡Qué vida! Pero ahora estoy sola - pobrecita yo - para limpiarlo todo y hacer desayunos para todos. ¡Y si fuera solo eso! La compra, y lustrar la plata, y tener a raya a tanta gente que viene y va todo el tiempo".

"Pobre Miss Keen. Demasiado quehacer".

"Hay un muchacho que enciende la caldera y hace recados, Percy: la cabeza no le da para más, pobre."

"¿De veras no le queda una hora para hacer de Irene con este Jolyon?"

"¿Con mi olor a lejía y jabón de Castilla? ¡Ja, ja, ja! Mr. Perkins tiene 92 años. Pasito a pasito, avanza por la casa. Pero ¡veranillo de San Juan para él! Sólo me habla de té o de "gammon": quiere té con sabor a jazmín, como si yo tuviéra tiempo de ir a Fortnum and Mason's a buscarlo. Y además ni me mira: no creo que sepa qué cara tengo" dijo ella, felizmente sin vanidad y sin ofenderse por el símil".

"El verdadero amor no tiene rostro".

"¡Ja, ja, ja! ¡Qué labia! Si/Vd. habla así en el momento de despertarse, ¡qué será a medianoche! ¡Ah, los latinos! Son peores que los irlandeses, y ya es decir".

"Miss Keen..."

"Llámeme Ruth: aquí nos tuteamos todos".

"Muy bien, Ruth. Te proclamo sargento en armas del ejército civil de Londres".

"¿Sargento, con la escoba al hombro? Soldado raso y gracias".

"Paro por lo visto, vales un batallón". Otra carcajada.

"Perdón: tengo que seguir. En la cocina hay té listo todo el día".

"Viva el gran alcaloide nacional, bueno para entierros, circuncisiones, derrumbes, bombardeos, bodas y otras catástrofes por el estilo".

"¡Ja, ja, ja, ja, ja!"

"Visitaré la cocina. Gracias, Miss Keen, quiero decir, Ruth".

Aquel otro ejemplo de vitalidad riente pero en apariencia moribunda - como la señora de los "cakes" hechos con huevos en polvo que corría el día entero de acá para allá - cerró la puerta sólida, por la que no entraba ni un hilillo de viento gracias a la gruesa alfombra sobre la cual descansaba, y tomó otra bandeja que había dejado en el rellano de la escalera. Y su risa tocó la diana del despertar para algún otro huésped de aquella casa Forsyte.

VII

"El miedo, el llanto y el dolor, desnudos
guardaba en mí; ganándome los llevo
en el hambriento frío con que bebo
el aire y sus temblores y sus ruidos".
(Ricardo Paseyro - "Soneto de mi advenimiento")

La fila de aquellas construcciones de Cranley Gardens repetía un modelo, era interminable, y llegaba casi hasta los confines de Chelsea. Guy, llevado por un aviso del "Evening Standard", había caído en una de las primeras. La risa de Miss Keen no la anunciaba por cierto como un centro de puritanismo agudo, ni siquiera como un seminario de Ciencia Cristiana; pero sus encías grises y su aire desteñido excluían la idea de celestinazgo de oficio, de "pecado", lo único que no estaba sujeto a racionamiento en Londres, aunque recurriera al mercado negro para sustentarse, anunciarse y aderezarse. A Guy le quedaba por descubrir qué fauna poblaba aquella casa.

Aquella no era una mañana de circuncisión, ni de bombardeo, ni de boda, pero el nuevo huésped de Cranley Gardens se encontró de todos modos tomando su tercera taza de té. Había despertado con una resolución trascendental metida entre ceja y ceja: dejaría de andar de non, sin compaña, con el corazón vacante: se bajaría de su caballo de bronce, como había dicho no recordaba quién; fundiría el metal de ese bronce: el ideal inflexible, la incorruptibilidad que lo segregaba del mundo y era al mismo tiempo su orgullo y su cruz; abdicaría, se animalizaría, confundiría su voz con las del gran coro multánime - y desentonado - que lo rodeaba. Y no en el trato social, que siempre había sostenido con éxito envidiable; se confundiría en la conducta, que era lo que no podía concebir en los demás.

Ya no esperaría a la mujer en quien poner ciegamente toda su confianza, la noble reemplazante de su madre con la que no habría que mentir ni entrar en ningún juego de los que divertían e irritaban en iguales

proporciones a gentes más terrígenas que él, hombres que no llevaban la sexualidad en la cabeza, como él, sino que la tenían caritativamente puesta en la yema de los dedos, en la punta de cada nervio. Puesto que vivía entre bestias - bestias muchas veces pulidas, cultivadas y hasta llenas de majestad - tenía que meterse por fuerza en sus batallas inútiles.

En Montevideo se había resistido como un león a hacerlo. El crítico agazapado dentro de él le decía que ser feliz en el amor le costaba a cualquiera el rendir su yo, vale decir, vivir en perpetua angustia: la máxima de las contradicciones de la vida. Aun en el simulacro del amor necesario para una aventura él habría tenido que rendirlo igualmente, porque simular era mentir, y mentir podía resultar necesario en trámites de compasión y hasta grato en negocios ligeros de la sociedad, pero en lo intrínseco, en lo esencial, era para él como cometer un harakiri. Y poseer a una mujer como quien destripa un juguete mintiéndole palabras de amor - el sentimiento más sagrado - le parecía precisamente eso, un harakiri. Pero el mundo podía siempre más, por más rebelde que fuera el individuo. Ya no era concebible que nadie se riera de él como lo había hecho días atrás la dama de las ubres conmemorativas. "¡Maldita sea su estampa!" fue el pensamiento que le cruzó la mente como un golpe de tos.

Con esa abdicación perdería gran parte de lo que le daba personalidad y que no era una "pose", como creían las bestias, sino un movimiento esencial y espontáneo de su espíritu, donde la líbido quedaba diluída y sublimada. Perdería también gran parte de su prestigio vital, ese prestigio que, por salir del fondo de sus tensiones y represiones, se daba casi siempre en formas contradictorias. ¿Lo perdería? Miedo gratuito. ¿Temía perderlo... o lo esperaba? Quizá lo esperara, pero él no era quién para cerrar las llaves del ingenio electrónico que regía los

pulsos y los ritmos de su ser. La cosa dependía de otros poderes más altos que los de su voluntad: nadie detiene un torrente en plena caída. A los cuatro o cinco años la gente se quedaba a escucharlo en las esquinas, a hacerle preguntas y oirlo hablar: gente desconocida, que ni él ni su madre verían nunca más. El torrente de impresiones y sensaciones que se desprendía de él ya en la infancia, y que no cesaría sino con su muerte, comenzaba ya por aquellos días a hacer fermentar en su tierra, sin que él lo imaginara ni remotamente, lo que se llamaría después su "mito".

* * *

Su visita a la cocina fue corta. Estaba, como en todas las casas del siglo XIX, enterrada en el sótano, pero por la parte superior de la ventana entraba la grisácea luz de la calle. En uno de los hornillos de gas hervía permanentemente el agua de una enorme caldera de metal, lista para preparar la digitalina, tila, aperitivo, digestivo, excitante y calmente a la vez, sin el cual la batalla de Gran Bretaña habría perdido probablemente la mitad de su grandeza. Los bordes de algunos cuadrados de linóleo del piso estaban levantados. Imposible reemplazarlos: eso, entre otras cosas, era la guerra.

Conoció allí al Coronel Blimp, gris, gordo y venerable, que se frotaba incesantemente contra las piernas de Mac, alto, rubio y cotidiano. Los niños del Uruguay, torturadores oficiales de los animales domésticos, habrían creído fantasía de viajeros que quieren siempre transformarlo todo la imagen de la mansedumbre del Coronel. Mac salía a la calle con los pantalones llenos de sus pelos y encantado de llevarlos. Era escocés y estaba en la flor de la edad; tenía unos rasgos tan regulares, tan bien dibujados, tan impecables, que de entrada parecía insípido, sin misterio y en consecuencia sin guapura. Además, el suyo era un rostro engañosamente lleno de paz.

"Vengo por un poco de droga" dijo Guy.

"¿Droga?" preguntó Mac, sorprendido.

"Sí, aunque esté racionada".

Ruth levantó una enorme tetera de barro.

"¡Ah! ¿Ya se ha vuelto adicto, tan pronto?" dijo el muchacho riendo.

"Lo soy desde la infancia".

"¿En el Uruguay? Hombre, eso está muy bien. ¿Quién ha dicho que la cultura francesa es la única que llegó a todas partes?"

"En primer lugar, los mismos franceses, y en segundo, la gente de todas partes. Pero eso es porque llaman cultura a la información literaria. Cultura es también esta tetera y son los voladizos de escayola de esta casa ¿no? Y el mundo lee a Alexandre Dumas, pero compra cosas "made in England". Y de toda Europa venían aquí a fin de siglo arquitectos para estudiar el secreto del "home" inglés".

"¿Ves?" dijo Ruth a Mac con otro cloqueo. "Necesitamos que vengan los extranjeros a decirnos lo que ocurre en casa".

"Pues ahora nos enteraremos: de Europa sola han caído tres millones de ellos que, por lo pronto, nos dicen que no sabemos comer, que no sabemos vivir, que no sabemos vestir, ni hacer el amor".

Esta vez rieron los tres a coro. Guy bebió su dosis de droga líquida y dijo a Mac:

"Mañana o pasado, si está Vd. por aquí, saldremos a tomar una copa juntos ¿eh?"

"Con el mayor gusto. Gracias".

Antes de lanzarse a la calle, el nuevo huésped llamó por teléfono a Ian. "Ya estoy instalado" le dijo "y completamente disponible para cualquier noche que tú quieras y en cualquier casa. Espera. Hay cuatro o cinco excepciones. Te diré qué días son".

"Un momento. Hay un mensaje para tí: llamar a Mrs. Matthews al Servicio de Transcripciones de la BBC".

"Llamaré enseguida. Ya ni esperaba que reaccionaran. Muchas gracias, Ian". Le dijo las noches que no tenía libres, le dio su número de teléfono y lo invitó a ver "Blithe Spirit" con él. Colgó el tubo con la sensación de quien se tira al agua pensando "aut vincere aut mori" sin acordarse bien si sabe nadar o no. Luego bendijo a Perdita Balliol - risa mulata, tetas y todo - y concertó una entrevista con la directora del Servicio para dos días después.

Una vez en la acera, Guy se volvió para mirar la fachada de la casa. Era, con alguna ligerísima variante, idéntica, como ya lo había entrevisto, a las de la orgullosa fila que representaba en aquel rincón de South Kensington la solidez y la riqueza de la Inglaterra victoriana. Pero de toda la calle, existiría para él únicamente aquella casa, aquella sola: un primer piso de ventanas altísimas - ventanaje puro - con remates triangulares de templete griego, y a un costado una puerta negra, reluciente, con una chapa de bronce como boca de buzón, a la que se accedía por cuatro escalones entre elegantes columnas de pórtilo; luego, arriba, tres pisos de ladrillo gris, sucio por el descuido que la contienda había impuesto desde el primer momento como por decreto oficial. En otras casas de South Ken sington la rigurosa mano anual de pintura había cesado, por la fuerza de las cosas, hacía tres años, y ahora se descascaraba, opaca y triste, atacado de un impétigo contra el cual no había cura.

Aquella sola mirada de Guy a la fachada de la casa donde viviría de ahí en adelante fue suficiente: ya la había retenido para siempre en la memoria con todos sus detalles, inclusive el remate trapezoidal de las ventanas de la cocina, para entrar a la cual desde la calle había que bajar cuatro escalones abriendo la puertecilla de una verja de hierro.

Guy se volvió ahora hacia la calzada y se encontró con aquella plazoleta en forma de larga franja que parecía el jardín trasero de las casas de enfrente; y efectivamente todas ellas mostraban desdeñosamente la cola a la augusta fila de puertas negras y columnas helenas de Cranley Gar-

dens. El alambrado que protegía a aquel jardín no invitaba a acercarse a él: entre su docena de grandes árboles añosos, de ramas peladas, y los dos o tres que verdecían todo el año, se ocultaban unas matas sospechosas, improvisando en el centro del conjunto una jungla en miniatura en la que Guy creyó divisar trozos de red cubierta con los consabidos retazos de tela marrón y verde que gritaban "camuflaje".

Siguió hacia Hyde Park por Gloucester Road, que era el nombre que Cranley Gardens tomaba a la izquierda de la casa, y a unos ciento cincuenta metros de allí le intrigó el pudor con que la próxima plaza - Hereford Square - se escondía tras una cintura de arbustos que impedían ver lo que había den tro. Era el primer día en que al mirar a lo alto se entrevían, tras unos chorretes de chantilly que parecían estar pidiendo una guinda confitada como remate, pequeños trozos de cielo azul, azul de verdad, azul sin cuento, como ya había desesperado él de ver en Londres. En Hereford Square otra docena de árboles más que centenarios levantaba el airón de su dibujadísimo ramaje hasta unos diez metros de altura. El cielo, por encima de ellos, quedaba ribeteado por una teoría irregular de chimeneas por las que desahogaban las casas situadas detrás de aquellos árboles mucho malhumor de privaciones, de restricciones y trabajo inacabable que parecía irse en humo por entre las indiferentes tejas de pizarra. Aquella recoleta plaza era una perfecta litografía de 1870, y su soledad, su corazón celado, su soledad y su paz sí fueron una invitación para Guy.

* * *

Al término de Gloucester Road, a lo largo del cual se apilaban las enormes casas victorianas de alguna de las cuales quedaba sólo la fachada, como en un decorado de cine, se continuaba Hyde Park en Kensington Gardens, que él no era capaz de gustar aún por completo en toda la música de su melancolía invernal. Aquella tarde los caminos de tierra que

los bordeaban, destinados a jinetes que estarían ahora cabalgando algún tanque en el norte de Africa, se habían transformado en un barrial, y el aire liento de diciembre no dejaba orear la tierra.

Guy tuvo que marchar un trecho por la calzada. Afortunadamente, una de las bendiciones de aquel Londres derelicto, empobrecido, irreconocible para los que, como Amescua, lo habían dejado sólo cuatro años atrás, era la de no tener uno que torear la avalancha de coches de particulares, que era grande antes de la guerra, sino apenas los camiones del ejército, los de transporte de alimentos, los de correos, los automóviles de la policía, las ambulancias, los coches de los médicos, unos pocos de servicio público, los autobuses y los taxis. Ya había bastante con aquello.

El resto de la gente iba en "metro", o sea en tren subterráneo, misterioso medio de transporte en el que, salvo algunos coches reservados para los enemigos acérrimos del tabaco, todo el mundo fumaba y nunca había colillas ni ceniza por ninguna parte. En los ascensores de las pequeñas estaciones como Gloucester Road los pequeños carteles cuadrilongos de publicidad componían a veces como un anagrama del microcosmos que, derelicta, empobrecida e irreconocible, constituía todavía la capital inmensa. Ya podía uno leer libros y ver películas en Montevideo; este anagrama no lo habría podido sospechar nunca.

Junto a un cartel metodista del que saltaba una frase bien directa: "El Señor dijo: ven a mí" había, por ejemplo, otro del Whitehall, teatro en que se presentaba Andrée, "la mujer mejor formada de Londres" en "Venus viene a la ciudad". Los dos carteles, pareados como estaban, parecían querer sugerir un desconcertante - y refrescante - circuito Cielo-Tierra-Olimpo. Las galletas X, el chocolate Y y el whisky Z se excusaban con la boca chica por haber interrumpido la fabricación de sus productos a causa de la guerra, pero prometían cortésmente a su clientela que algún día, después del armisticio... Esta era la clase de publicidad que más tarde, sutilizando, se haría subliminar.

A ambos extremos de una pared del ascensor asomaba su testa desmelenada y dramática la conciencia social de Londres, testigo pertinaz, aunque no mudo ni mucho menos dormido, de los dramas del mundo. En Caxton Hall se anunciaba una asamblea de protesta contra la "negligencia y corrupción" (de quién, de quiénes?) En la vaguedad estaba la astucia de los organizadores. Y en Westminster Hall se comentaría una vez más un "leit-motiv" de la vida inglesa desde hacía, por lo menos, cincuenta años: "Hambre en la India" (butacas, 7/6). Este "rappel" sellaba automáticamente la boca de quienes se quejaran de la monotonía del racionamiento, pero había mejores consuelos: para los que hubieran recibido el golpe más duro en un escueto telegrama del Ministerio de Guerra, Ronald Ward prometía demostrar la vida eterna en la Sociedad Teosófica, el martes 13 ¡atiza! Y al hombre que, a la espera de esa vida eterna, se iba desgastando y desintegrando mientras tanto, el ascensor del "tube" le ofrecía otros consuelos terrestres, más leves, desde luego, pero mucho más capaces de emplazar su fe, cada vez más vacilante a medida que avanzaba el siglo: "Fijador de dentaduras Kolynos: no más molestias ni vergüenzas..."

Así, solicitado por tanto detalle insólito en la calle, en los teatros, en los museos, en los "restaurants", Guy había podido levantar, aunque no sinn un constante esfuerzo, una represa de olvido para los torrentes emotivos del pasado, y así dejaba correr únicamente los arroyuelos que salían de las fuentes más inmediatas, las que tenía allí ante su vista, concentrando toda su atención en ellos. A veces la vida le ganaba la partida, y este fue uno de esos momentos. Avanzaba por una de las avenidas internas de Kensington Gardens. Inesperadamente, la resolución que había tomado al despertar y que se había concretado en la llamada telefónica a Ian le puso por delante un álbum imaginario y empezó a pasar página tras página antew sus ojos. Algunas imágenes amarilleaban ya, como las hojas que, barridas entusiastamente por el viento, rasca-

ban, al cruzarlas, las avenidas de duro pedregullo.

De un lado a otro de aquel camino habrían podido pasar diez hombres juntos, hombro a hombro: pero él estaba solo, solo entre compañías enteras de árboles sin capitán. Por dondequiera que posara uno la mirada un par de cientos de aquellos gigantes vegetales se mostraban apretados, solidarios, espléndidos. Y contra ellos, trémulamente, se pusieron a avanzar, sin darle aviso alguno, las imágenes de su patético historial amoroso.

. . .

Primavera: su Beatriz de los 13 años: un preludio. La madre de Guy se burlaba de sus éxtasis cuando volvía de las fiestas de una pariente ligeramente mayor que él y se ponía a soñar con una de las invitadas: la afiligranada, espigada criatura de ojos verdes y voz ronca que efectivamente llevaba ese hombre, aunque la anfitriona sugiriera más que ella el sol y las hambres de la Naturaleza en su despertar con su sensualidad pelirroja y agresiva, que no hacía soñar a Guy.

¿Cómo sería él por aquel entonces? El escultor de mal genio que desde los 18 años empezó a trabarle a martillazos los huesos de la cara todavía no se había puesto a la obra: la pasión de su metabolismo no le había consumido la carne. No era alegre: para él la alegría fue una cosa que se aprende, como la técnica del histrión. Quizá su verba lo animara y disimulara esa castidad tan ridícula en un muchacho haciéndolo acertar en la burla de todo lo que lo rodeaba; burla, crítica, muestras furiosas de su terrible ganas de un mundo mejor, que fueron su coraza y al mismo tiempo su máscara fatal.

. . .

Celeste: una Colleen Moore de la calle Uruguay, a veinte pasos de donde vivían su abuela y sus tías. Un estudio de Czerny. Con ella se delineó la primera intención de noviazgo. El tenía 16 años, todavía llevaba luto

por su madre y usaba nada menos que un "Homburg hat" negro de hombre de negocios. Visitaba a Celeste en el vestíbulo de la casa, después de haber pedido el consabido permiso a los padres para hacerlo. La visitaba principalmente para presentar batalla a un pretendiente de gafas y aire atildado y presuntuoso que había pretendido atemorizarlo dos veces por la calle: un anciano de 22 años que le despertó una antipatía cerril.

Celestita no existía aún. Guy se quería cautivado por sus ojos negros un poco saltones, le compraba "kwepie dolls" vestidas de papel crepé y le traía "crèmes de menthe". Los dos se ponían azufre para sus espinillas. El sentía con claridad la pobreza de aquella relación y, a veces, hasta el ridículo. Nunca cambiaron un beso. Guy no recordaba ya por qué había dejado de verla: una larga "grippe", probablemente, o algún artilugio triunfante de su anciano rival.

.
. .

Aurora: una vecina de su casa del Parque Rodó que no había cumplido 16 años y tenía el pelo rubio rizado casi como mota. Una lección de solfeo. El ya había pasado los 17. Hablaban en la puerta de calle; él, muy suelto de lengua; ella, asustada, con monosílabos. El diálogo de los ojos a la distancia, que por fin los había acercado, tenía mejor tono que el de sus entrevistas nocturnas.

Aquel ensayo de amorío no duró dos meses. De los lechos de rosas de Elinor Glyn en los que él veía el amor en el cine al oscuro zaguán de aquella casa la distancia era más que humillante. Hubo - sin rosas - un beso. Pero la falta de experiencia de ambos era como un pulmón de acero que no funcionara bien, y las dos criaturas se ahogaban. A Aurora la aterrorizó la idea de ser la novia de una novelista cuya obra se anunciaba - con la perdida ingenuidad que Guy ponía por entonces en todas sus cosas - no sólo por medio de "affiches" callejeros sino también con carteles portátiles que tres empleados de la agencia de publicidad que por

entonces tenía su padre paseaban por la Plaza Independencia, el corazón de la ciudad, como si estuvieran anunciando "La garçonne" de Victor Margueritte. (Del libro no llegaron a venderse ni 20 ejemplares).

.·.

Elina: su primera y única intimación de felicidad: "allegretto" breve al que sucedió, beethovenianamente, una sonata patética. Al descubrir la en Buenos Aires Guy descubrió simultáneamente la gracia de la juventud, el lujo de ser aceptado y querido a ojos cerrados por un grupo de primos hermanos de su madre que cronológicamente - y en todos los demás sentidos - eran hermanos suyos y lo seguirían siendo siempre.

Elina y su hermana mayor iban a menudo a aquella casa. Cuando Guy decía que toda su sexualidad estaba en la cabeza olvidaba deliberadamente la vibración súbita de todo su ser a los pocos minutos de haberla visto por primera vez. Ella tenía una mirada irrumpiente, no acariciadora: una mirada de estarlo reconociendo todo como si fuera a dar la primera noticia de aquella casa, aquella calle, aquella ciudad; y cuando posó esa mirada en él, sin poner en el gesto intención particular alguna, ya le había trazado un curso orbital al corazón, la cabeza y el sexo de aquel visitante "hors série" que solamente allí, en aquella casa, en la riqueza de juventud de aquella casa, respiraba al ritmo de las demás gentes. Y la risa de Elina ¡oy! la risa de Elina bastaba para hacerle subir instantáneamente la presión sanguínea. Por eso tenía que enterrar bien hondo aquel fracaso de su piel, encendida ante la sola idea de verla y oirla. Porque ella - la única mujer biológicamente coqueta que conocería en su vida - festejaba con entusiasmo y a veces hasta con medida todo lo que Guy hacía y decía, pero estaba enamorado de un fantasma opaco, rubio, inerte, que salía raramente de la cortina de humo en que Elina parecía envolverlo. Así - opaco, rubio, inerte - lo describían los hermanos y amigos de ella, añadiendo que para encontrar igual en Buenos Aires a aquella cataplasma habría habido que buscar con ahinco.

¡Qué sabían! ¡Ah, la gente! ¡Cómo perdía el tiempo intentando hallarle motivos al amor! El caso es que el amor siempre los tenía, motivos recónditos, raramente visibles, y no por eso menos verdaderos: pero todos somos malos detectives cuando se trata de investigarlos dentro de nuestro corazón ¡y no vamos a serlo frente a los demás!

Aún así, Guy no enmudeció. La fatalidad no le trabó la lengua, pero Elina, al oirlo, sacudió obstinadamente la cabeza una y otra vez, como si se tratara de un capricho y como si él no estuviera en el mundo para querer a nadie (en lo cual, más que probablemente, reaccionó por única vez en su vida como la sabiduría misma).

Pero a ese "no" sucedían todos los "tal vez" de sus risas y sus frases y todo el "sí" de su presencia misma. Porque aunque invariablemente fiel a su amor - que duró años y años - la chica seguía soliviantando el aire. Un instinto levantino, oriental, remoto, nada común en las mujeres de su tierra, la movía. Y removía todo en torno suyo. Ella no parecía demasiado consciente del efecto. Pero sus ojos árabes, su piel color oliva, la fiesta en que convertía todo, el desenfado con que se burlaba de todos los muchachos dándoles al mismo tiempo la sensación de que los admiraba, eran un extraño afrodisíaco. La vibración anímica de Elina no sólo se le escapaba por los ojos y quizá hasta por el esmalte de los dientes, sino por toda la figura, menuda, nunca en reposo, nunca entregada al cansancio y al aburrimiento. ¿Quién podía resistir aquello entre los ejércitos de mujeres lentas, pasivas y frígidas que llenaban ambas márgenes del Plata?

Tampoco Guy se aburría nunca ni se rendía al cansancio; también él tenía una carga voltaica extra que despilfarrar el día entero. ¿No era este parentesco vital con la chica la mejor garantía de que había pareja para él en el mundo; que el dúo le era posible, que no tenía por qué sentirse y verse y producirse como el unicornio al que se mira con incredulidad primero y luego con el menosprecio del rebaño que se siente seguro

en los confines de su corral? Pero ¿cómo explicar que la compañía de Elina era una varita mágica, y que de guiar los pasos de Guy, éste habría dejado por el camino aquella maldición que él mismo se había echado al decir que nunca sería feliz; que no tenía derecho a ser feliz? Ella lo veía alegre, feliz y feroz. ¿Era el amor aquel alboroto de la sangre, aquel delicioso vértigo, o simplemente el mismo proceso orgánico que a su debido tiempo sufrían todas las bestias que lo rodeaban? Sólo podían haberlo dicho el paso de los otoños y las primaveras, la capacidad para domarse mutuamente, para administrar mutuamente aquel escándalo de vitalidad; la paciencia para tener a raya la veta contenciosa que engendra siempre el convivir de las gentes, y - "last but not least" - una evolución casi paralela, y por tanto casi imposible. Pero si no era el amor, era una pasión, "la" pasión de su vida. ¿No bastaba? ¿Cuántos hombres y mujeres eran capaces de amor? ¿Cuántos lo vivían en toda su magia?

Si Elina hubiera sido capaz de leer la verdad dramática detrás de los chistes y las risas del uruguayo, habría sabido que en sus manos estaba el cambiar el curso de toda una vida. Sólo frente a ella sintió fácil Guy el dolor y el deslumbramiento del querer. Afortunadamente para ella, que no era un ser profundo (¿y quién quería que lo fuera?) Elina no leyó esa verdad en el visitante de Montevideo. Esto la salvó de la tentación del sacrificio. De todos modos, el sacrificio no lo haría, de eso estaba él muy seguro. A lo mejor lo estaba haciendo ya, por ese amor que los demás encontraban inexplicable. Pero un sacrificio por amor no es sacrificio: es un regalo. No. Ella había nacido y vivía en el ámbito de los porteños típicos, que no soportaban la menor molestia; "¡Qué secante que es ese tipo, che! ¿Cuándo corno me va a dejar en la paz? Esta vez sí que no lo recibo. Decile que se muera".

Y así había seguido Guy casi quince años, con su corazón infracto e infrangible a cuestas, aunque haciéndose de vez en cuando la ilusión romántica de que quería, o podía querer verdaderamente a alguna otra mujer.

(Romántica porque ninguna de ellas llegó, como Elina, a hacerlo sentirse completamente dueño de sí, naturalmente plantado en la vida, directo como animal y totalmente despreocupado de lo que, frente a todos los demás, veía él como cuantiosa colección de "handicaps").

* * *

Y, casi simultáneamente con aquella visión de Elina, la de Alicia, una Ruby Keeler criolla que técnicamente era su tía (prima hermana de su madre) pero que, al igual de los otros primos de Buenos Aires, era cronológicamente "de su misma quinta". A los 20 años, empleado en la Asociación Rural del Uruguay, la veía casi todo el tiempo. La había descubierto poco antes, al asistir, en visitas que le hacían pensar en D'Annunzio, la Duse y "La fiaccola sotto il moggio", a la agonía de la madre de ella, que se extinguía lentamente de tuberculosis a la garganta, extendida en un "perezoso" en una veranda de su casa-quinta de la Avenida Millán.

Allí, por las tardes, recibía la enferma un montón de visitas casi póstumas. Era una mujer hermosísima, un espejo de la madre de Guy en todos los rasgos fisionómicos y aún en el porte, aunque a su madre, sana, se le asomaba con frecuencia la muerte a los ojos mientras que ésta, moribunda, tenía en los suyos la serenidad de quien va a vivir largo tiempo. Como si quisiera aventuar el drama romántico de su desaparición en el esplendor de la edad y de la belleza, Alicia madre estaba siempre vestida de negro, con un traje opaco de mangas perdidas.

Ir a verla con frecuencia era un movimiento sano y malsano en Guy. La muerte de su madre había sido una catástrofe tumultuosa, como una revolución llena de puñaladas; esta era una muerte con ritmo de "adagio", y la larga, lenta angustia que iba produciendo en él era como una compensación a aquella grotesca brutalidad del pasado.

El iba allí a sufrir, pero también, inconscientemente, a macerar el sufrimiento permanente que llevaba dentro, a hacer cicatrizar un poco

la úlcera de su alma. ¡Qué disparate y qué acierto!

Casi todos los hijos de la moribunda, espléndidos, lucían los ojos de su madre y una feliz inocencia de que aquella muerte también iba a hacerlos romper filas, dividiéndolos en conventos y monasterios o ideologías extremas; un vendabal, porque las cosas en el Río de la Plata raramente se hacían a medias. La mayor de ellos, Alicia, no sólo llevaba el nombre de su madre, sino también su mismo rostro, aunque con una diferencia notable de acentuación: lo que en la madre era serenidad había pasado a ser en la hija una rara inexpresividad (por eso la calificaba Guy de "Ruby Keeler criolla"). Pero a él le parecía deliciosa, y no se aburría nunca de estar junto a la chica o de hablar con ella.

Contemplar aquel semblante por el que no pasaba una nube de fastidio, ni de orgullo, ni de deseo, ni de nada, le hacía muchísimo bien. Pero después de la muerte de su madre iba a cenar a su casa siempre con reparo, convencido de que nadie sabía que era Alicia la que lo invitaba cada vez, llamándolo por teléfono a su oficina; nadie, ni su padre ni su madrastra (el fue un viudo típico que no tardó un año en reemplazar a la consorte perdida y ponerse a recibir de Dios con su nueva mujer, como con la otra, un hijo por año). ¿Presentarse Guy por su cuenta a comer en aquella casa cuatro o cinco veces por semana? Nunca; no se habría atrevido nunca. Además, no se podía acusar a la chica ni siquiera de persistencia en su hospitalidad (no habría sido caballeresco) aunque tanta frecuentación sólo podía indicar una cosa. (Técnicamente, se trataba de tía y sobrino: pero sólo técnicamente).

Aun así, después de montones de cenas, y encuentros en Buenos Aires, y tardes en el "tennis" e invitaciones a conciertos por parte de él, que ya era comentarista de teatro y cine y tenía acceso libre a todas las salas de espectáculos, cuando en un palco del Cine Ariel, viendo a Chevalier y Jeannette Mc.Donald en "El desfile del amor" una tarde de 1930, intentó Guy tomarle una mano, Alicia la retiró bruscamente, como desagra-

dada y ofendida.

Aquella "amitié" tuvo así su definición, o por lo menos él quiso creerlo así. No se trataba de "amitié amoureuse" sino de una fraternidad con visos de complicidad, como si no tuviera justificación genealógica; una tierna costumbre; la asociación tácita de quienes se sentían aún perdidos sin su madre; uno de esos tratos en que reina la confianza y que, años después de cesar en su cotidianeidad, y al recordárselo de tanto en tanto, se presenta siempre exactamente con los mismos acentos: los de una pausa en las marchas forzadas de la guerra que es el vivir; en suma, algo tan fuera del canon montevideano de entonces como la sonrisa balsámica de la dama que, desde la ventana medieval de su castillo, mira al puente levadizo y da su bendición al caballero que parte con los continuos del rey.

.·.

El álbum imaginario siguió pasando sus páginas. Los jardines, ateridos de frío, respiraban invierno en cada hoja, cada piedra, cada hilo de agua del "Long Water", cada listón de madera de los bancos desconchados; pero el cielo despejado reveló a Guy, por vez primera, una primavera japonesa organizada en el aire. La niebla de todo aquel mes no lo había dejado ver nunca los globos cautivos que se levantaban diariamente como una trampa para los aviones de la Luftwaffe. Para él era problemático que éstos pudieran enredarse en el artístico cerco, pero indudable que los nenúfares de plata sujetos desde el suelo - aquellas enormes flores brillantes - ponían un lujo festival en el triste paisaje de diciembre y eran una gozosa contra a todo lo que le hacía pesar el corazón.

.·.

María Elena; un "requiem" por el amor condenado a muerte y al mismo

tiempo un "lied" extinguible sólo con ésta. Era la hermana mayor de Elina y, en la contradanza de los quereres cruzados que siempre estamos bailando todos, se había enamorado profundamente de Guy al poco tiempo de verlo por primera vez. Nunca pudo saber él si esta criatura estilizada, que al recuperarse y ganar kilos reveló, junto a su planta aristocrática, unos grandes ojos negros y un bello rostro alargado; esta criatura de los tiernos y largos silencios que establecían en torno suyo una atmósfera de tristeza otoñal - nada desagradable por cierto - había adivinado alguna vez la congestión de sensaciones, el angst y la distancia entre la máscara y el rostro, el apetito vital y, al mismo tiempo, el ímpetu rector del espíritu de Guy, un espíritu que era un padre inflexible, siempre de pie, palmeta en mano; lo que él sabía - por qué eso resultaba evidente - es que María Elena lo aceptaría todo de él, todo, su contradicción, su tormento, su talento para dispersarse, y que era muy posible que, con el aura de maternidad que ella irradiaba, fuera aquietando poco a poco aquellas corrientes contrarias y canalizándolas en una sola dirección. Si el instinto amoroso de una mujer podía hacer eso, ella era la indicada.

Una tarde se presentó Mónica Legrand en Montevideo, en el Polo Club de Camino Propios, adonde Guy iba a comentar los partidos para la prensa y a mezclarse luego en el ajetreo mundano de la hora del "cocktail", que lo divertía tanto como las tertulias de café con los cómicos de paso por la ciudad. Así era de diversa su vida: sus días de trabajo tenían 36 horas, y los sábados, 54.

Mónica era cuñada de Elina y María Elena y cruzaba "el charco" con frecuencia para visitar a unos parientes suyos, de un catolicismo conspicuo y, como el de los de Guy, poco o nada cristiano. Pero ella no era así; ella comprendía y aceptaba muchas cosas: otras las perdonaba, como hacen tantas mujeres llenas de amor y felices en el amor. Era joven y guapísima, de ojos glaucos, sonrisa serena y extraordinariamente seductora - sobre todo desde el punto de vista estético -; cabellos de

lino, cutis relso aunque siempre tostado por el sol (y ni aun en las tardes de calor soltaba sus vinagres aquel rostro; simplemente, no había vinagres). Tan discreta e íntegra como ella era difícil concebir otra mujer en aquellos medios regidos por el chisme. La especie de socaliña que la movió a verlo agitó por eso a Guy como un seismo.

La visitante no anduvo con vueltas. Inmediatamente después de saludarlo, le dijo:

"María Elena está mal ¿sabe?"

"No... No sabía nada. Hace días que no recibo noticias de Buenos Aires" contestó él. Tenía a su lado a uno de los militares que jugaba allí a menudo, réplica de los lanceros, húsares y dragones que habían competido hacía ya unas cuantas décadas en Inglaterra mientras el juego iba renovando sus reglas y ajustándose. Lo sabía servicial y cordial y le pidió que le anotara los tantos y le hiciera un apunte del desarrollo general de los dos próximos "chukkers" mientras él atendía a su visitante.

"¿Qué le pasa a su cuñada?" preguntó Guy, alejando a Mónica de las filas de asientos que hacían las veces de tribuna.

"Voy a ser franca... y breve. Dos "chukkers": 16 minutos, y con el descanso, 20. Ya lo he oído. María Elena tiene un pulmón atacado y se niega a comer. Mi impresión personal es que se está dejando morir".

"Es horrible. ¡En plena juventud! ¿Y por qué?"

"Ha sufrido mucho con la enfermedad y la muerte de su padre. Ella fue su enfermera durante meses. ¡Qué digo meses! años. En realidad, si hablamos en plata, la pobrecita no ha tenido nunca una verdadera satisfacción".

"Eso se ve. ¡Ha estado siempre tan delgada! ¡Parece siempre tan frágil! Es como si no perteneciera a este mundo".

"Lo mismo podría decir de Vd. quien no lo oyera hablar".

El rió.

"Venga, Mónica, vamos a tomar algo. ¡Algo se podrá tomar en 20 minutos! Ya sé que el viaje en avión es corto, pero a lo mejor Vd. se deci-

dió a último momento y eso cansa". Ella recorrió con él el corto trecho hasta el bar con andar pando, desganado y como arrepentido.

"Perdóneme que le haga esta pregunta, Guy. No la hago sin violencia, créame. Nadie me ha mandado, nadie sabrá que he venido a verlo - espero- y esto no debe trascender. Vd... ¿Vd. tiene idea de lo que María Elena siente...?"

"¿Por mí? Sí, claro. Pero no lo entiendo. ¡Yo me encuentro tan poco digno de amor, tan lejísimos de lo que querría ser!"

"¿¿Vd.??

¡Sí, yo. Ya sé que esa no es la impresión que doy. Pero así es. Yo, sí".

"Y Vd..." - y la visitante se mordió los labios - "esto es verdaderamente difícil de decir. Vd... bueno ¿qué sentimientos le inspira ella? Sé que le es simpática, eso sí".

"Simpatiquísima. Le tengo un afecto de amigo, y más que de amigo, de hermano. Pero aun así, está el incesto, una institución arcaica, honrada por los hombres en todas las épocas".

"Guy. No hable en esa forma, por favor. Esto es serio. Yo he venido... me he atrevido a venir, y perdóneme... porque creo que Vd. puede salvar a esa chica. Vaya a verla en cuanto pueda, mañana mismo si lo puede arreglar. Si necesita dinero, yo le prestaré - sin compromiso de devolución - todo lo que quiera. Hay ya una habitación reservada para Vd. en el City, y pagada por todo el tiempo que se quede. Avíseles cúándo llega, nada más".

"Bueno, muy bien. Pero ¿qué se supone que haga con María Elena, que le declare mi amor ?"

Esta pregunta era una de esas audacias de Guy que él nunca sabía de dónde se descolgaban y cuándo iban a estallar en sus labios.

"No, no" dijo ella bajando los ojos. "Esa es una cuestión muy seria. ¡Cómo voy a sugerirle yo semejante cosa! Nada más que que se muestre atento con ella, preocupado por su salud. Eso bastará para arrancarla

del pozo en que está sumida. Si empieza a comer y tiene un aliciente, y Vd. es amable y afectuoso con ella, yo estoy segura de que se recuperará".

"Pongamos entonces que ha venido Vd. en una misión tipo Thomas Mann. O Stefan Zweig. "Impaciencia del corazón" o algo por el estilo".

"¡Ay, Guy! Es Vd. incorregible".

"De acuerdo. Y Vd., Mónica, ¿tiene bastante imaginación como para ver en qué berenjenal va a meter a María Elena?"

"No me preocupa lo que vendrá: me preocupa lo inmediato. Yo no puedo verla morir sin hacer algo. Las frases que Vd. suelta aquí y allá no son un mal tan grave. Yo sé que Vd. siente las cosas hondamente".

"¡Hola! ¿Y desde cuándo lo sabe?"

"Desde la primera vez que lo oí tartamudear".

El la miró largamente, le tomó una mano y se la besó.

"El lunes por la mañana pediré licencia en la oficina y el martes estaré en Buenos Aires. Pero no tema: no pienso ni por un minuto ser su "gigoló" en esta operación de rescate. Ya me las arreglaré yo mismo. Tampoco voy a ir al City: iré a un sitio menos caro".

"Me hará quedar muy mal. Lo he anunciado ya dos veces. Vaya aunque sea por un par de días".

"Bien; pero el hotel me lo pagaré yo. El hotel y todo lo demás. Si Vd. quiere que yo haga algo, déjeme hacerlo no como actor, sino como autor".

Ella se fue ahogada en medio del ruido de los tacazos de los jinetes, de los relinchos y resoplidos de los "ponies", de los "Hola qué tal" de las niñas que recién llegaban, de las risas lejanas y el aire foráneo de aquel campo de juego que parecía transportarlo a uno a las afueras de una Calcutta doblada al español.

. .

La visita a Buenos Aires se desarrolló felizmente. Fue a casa de la enferma acompañado por dos de sus primos, que lo dejaron una hora y media solo con ella. El la regañó, la elogió, la hizo reir, no la dejó hablar, le tuvo la mano entre las suyas, le trazó el plan de unas vacaciones en Atlántida. Fue una de sus mejores "performances", porque el aspecto de ella era terrible (había rebajado casi cuatro kilos desde la última vez que la vio) y ante la perspectiva de su muerte a él le daban ganas de desmayarse. Pero almorzó allí junto a ella, y la hizo tomar un gran bife, dos vasos de leche y un postre de tapioca que tenía muchísima azúcar.

La cuñada se hizo la sorprendida.

"¿Qué le ha hecho, la ha hipnotizado?"

"No; simplemente he aplicado mi perfil de John Gilbert y, ante mi despampanante belleza natural, se le ha despertado el apetíto" dijo él con una carcajada.

"¿Vos encontrás bello a este horrendo villano cinematográfico?" la interpeló la cuñada. "Entonces, el que te ha hipnotizado es otro".

"No me gustan los hombres bonitos" dijo la enferma con un hilo de voz envejecida. "Lo encuentro buen mozo, que es distinto; buen amigo, simpático".

"Siga, María Elena, siga. En ese tren, el que se va a curar enseguida soy yo".

"¿De qué?"

"Ya lo irá sabiendo. Por lo pronto, si aquí me dan tan bien de comer, vuelvo mañana".

Llamó por teléfono a un amigo, para hacerle ver a la enferma que no había llegado a Buenos Aires en guisa de alicientehi de aperitivo, sino por sus propios asuntos, y el olor a desinfectante que despedía el tubo del teléfono casi lo hace descomponerse. La tuberculosis en

la casa. Otra vez el espectro de la tuberculosis. Cortó en seguida la comunicación y se despidió, ordenando a la enferma que hiciera una siesta.

Su consonante en la gana de vivir, que él se esforzaba desde hacía tiempo por mirar con indiferencia, no estaba en la casa. Al día siguiente, cuando él se presentó con un gran ramo de rosas, la encontró en el vestíbulo, pronta para salir.

"Estás produciendo un milagro" le dijo ella tuteándolo de pronto.

A la semana, al regresar a Montevideo después de siete "déjeuners à deux", María Elena había recuperado ya dos kilos. Quince días después, nuevamente en Buenos Aires, Guy la encontró de pie, y la oyó hablar con una voz abemolada, una voz que parecía maquillada, tan llena de calidez estaba. Le había mandado dos tarjetas postales y había llamado una vez por teléfono. El rostro de la enferma no parecía maquillado, aunque lo estaba. Los milagros son súbitos o lentos; este se anunciaba lento.

El tardó tres semanas en presentarse otra vez, y estuvo sólo un "week-end". Ella lo esperaba esta vez cerca del lugar donde se posaría el hidroavión de la Pan-American, en el último piso del Cavanagh, desde el cual el Río de la Plata, por la cargazón de limo que arrastraban sus tributarios, se veía color de rosa, como el Nilo; un sorprendente río de jade, no de plata. Guy no le dijo una sola palabra de amor, aunque la llevó a su casa muchas horas después, al ponerse el sol; pero María Elena parecía segura de que la súbita asiduidad, la galantería del muchacho, la manera de hacerle sentir que sólo ella existía en el mundo, eran lo más cercano al amor que podría darse nunca en su vida. Y eso le bastaba y le sobraba; para eso estaba empeñada hasta la última célula en aquella terca lealtad de su corazón.

* * *

Un mes después, completamente en su peso, con los ojos dos veces más grandes, las mejillas redondeadas, una sonrisa un poco incrédula colgada de los labios y un vestuario elegantísimo, era una mujer que llamaba la atención por la calle. Imperceptiblemente fue llenando el pensamiento de Guy: así pasaron los meses y los años; él iba a Buenos Aires siempre que podía; las cartas se cruzaban con frecuencia; dos veces hizo ella el viaje "a la otra orilla", una de ellas acompañada de Elina.

Y en los besos, ahora, él quedaba encendido de deseo, deseo que ella rechazaba con toda su fuerza; la superstición de la virginidad, que todavía era una espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de tantas mujeres católicas y honestas, la defendía de la felicidad mutua, de la mutua salud. Pero con ese deseo como garantía, Guy pensó que podría dejarse querer por el resto de sus días. Fuera de Silvia, nadie lo querría mejor que aquella heroína de Perrault; la fea besada por el príncipe, que despierta convertida en la bella del bosque (Perrault con variaciones); Cenicienta deslumbrante de majestad por las esquinas del Barrio Norte. Sem dejaría querer y la vida sería grata y quizá, en algunas horas, hasta plácida para él.

Pero el hombre es fuego, la mujer estopa, y etc. etc. Esta vez el diablo - Elina - sopló como quien respira, con la misma inconsciencia y la misma naturalidad del que respira, y en vez de avivar aquel fuego naciente, lo apagó del todo. Le bastó con estar frecuentemente con ellos, con pasear ante ambos su fruición de la vida, con reir como reía, con adelantarse galopando junto a Guy cuando los tres salían a caballo, con salir a bailar con él cuando María Elena se declaraba cansada. No es que el afecto de Guy muriera por virtud de aquella presencia incandescente; es que él imaginaba, en vez de la paz que pedía a gritos su gran simpático, una vida así, con la tentación entre los dientes, con un tizón en los riñones, sentado entre ambas en un cine, teniendo entre las suyas las ma-

nos de ambas - Elina no iría a vivir sola, ni tampoco hablaba nunca de amores o de casamiento, próximo o remoto - y, aún con su gran "penchant" natural hacia el desastre, no podía figurarse infierno más refinado que aquél, ni siquiera las calculadas pesadillas del Bosco. (En cuanto las inquietudes de aquella época despuntaban de nuevo en su mente, ya se encontraba diciendo, como entonces, "penchant" y "déjeuner à deux" y "amitié amoureuse" y todas las palabras de Maurois en "Climats"; no decir ni pensar cosas en francés habría sido un motivo de inmediata desclasificación intelectual y social para cualquier rioplatense que se estimara).

El drama de Carmen pasaba entonces por uno de sus momentos más críticos. Exhausto por los escándalos, las persecuciones en automóvil que duraban horas y horas y costaban decenas y decenas de pesos, las declaraciones ante los jueces y el eucono que todo ello, con fuerza inusitada, había levantado entre él y su padre (ya no cambiaban cuatro frases sin algún denuesto; los dos parecían certificar con su excitación que la locura es el más contagioso de los males humanos) en cuanto se dio orden de internar a la enferma en una colonia Guy se fue a vivir a un hotel; una cura de silencio que debía durar más de un año. Allí llegó un día una carta de María Elena con un "ultimatum". Quería que se casaran lo antes posible. Deseaba y necesitaba un hijo. Y tenía razón; ya no era una niña.

El le contestó con la verdad: dada la situación de su hogar y la negativa de su padre a reconocer el mal de Carmen, él no podía, ni económica ni moralmente, dejarlo todo en el aire; estaba preso en aquella red de cobardías e ignorancias de la colectividad que poblaba Montevideo, siempre mendaz y mitomaníaca, pero además, en aquel caso particular, sorda y abellacada; cuanto más religiosa, más dura, tartufa e incapaz de compasión inteligente. Y no sólo estaba preso sino desesperado, privado de ayuda, con el alma en un hilo. Ella no contestó. Pocos meses después se había casado, y a su tiempo tuvo el hijo que tanto deseaba.

Tal fue el fin de aquel idilio, premeditado pero no por ello menos acendrado. Y él quedó solo, sin la ternura de una de las hermanas y sin la acucia que la otra ponía en su sangre; solo y con las manos vacías. Solo con su trabajo, con sus epigramas, con sus críticas y sus conferencias, cada vez más celebradas; con sus zapatos de gamuza y sus corbatas de terciopelo, solo entre la gente "chic" y los embajadores, y los cómicos bohemios, y los compañeros de oficina, y los linotipistas de la imprenta y los porteros de los teatros, los sitios en los que trabajaba; y los mil conocidos de todos los pelajes; solo frente al fantasma de sí mismo, ese fantasma que sería el comienzo de toda una leyenda. Josefina irrumpió en aquella soledad como una fiesta, trayendo a su ser entero una embriaguez dionisíaca que ya no era del siglo ni del mundo, pero irrumpió para morir enseguida, dejando un acentó circunflejo sobre aquella sempiterna soledad, tan llena ya de acentos graves y agudos.

Speke. ¿Speke? ¿Quién era Speke? Guy se alarmó. ¿Estaría desvariando? Miró derecho frente a sí, y se dio cuenta entonces de que su pupila, aunque distraída, superponía una visión puramente física a las imágenes del álbum imaginario, y que en esa visión física había entrado un obelisco de piedra "in memoriam" que, debajo de aquel nombre, decía "Victoria Nyanza y el Nilo, 1864" en el cruce de la anchísima avenida por donde transitaba con otra igualmente impresionante.

Un lago y un río: Speke tendría que ser un explorador. Pero Guy no sabía nada de él, absolutamente nada, y con su álbum todavía abierto y las heridas de la memoria reabiertas por el paseo solitario se sintió de pronto y por primera vez forastero, verdaderamente extranjero en aquella ciudad que veía como "el mundo" de su yo más secreto y más antiguo.

(A la mañana siguiente bajó a desayunar en el comedor con el propósito de hablar a Jolyon Forsyte - nunca podría llamarlo Mr. Perkins - y ver si recordaba a Speke, o sea si la gloria, con obeliscos y todo, no era el más engañoso de los fantasmas que persigue el hombre. Alguien todavía vivo para el que Speke hubiera significado algo vivo también, no una lápida en forma de aguja que apunta al cielo, como las de las iglesias de High Street y de Notting Hill Gate.

El viejecillo hablaba con una voz de ocarina, pero con envidiable precisión. "Sí, cómo no lo voy a recordar" dijo; "Speke buscó en Africa el lago que debía dar origen al Nilo. Lo encontró. Publicó un libro sobre sus andanzas. Pero Richard Burton rebatió la teoría y se pelearon".

"¿Y quién diablos es Richard Burton?" preguntó Guy.

"¿Quién va a ser? Otro explorador. Los dos decidieron tener un debate público en una academia. Toda mi escuela estaba muy excitada con aquello. Recuerdo que hice una apuesta y perdí seis peniques. Una suma enorme para mí, y para cualquiera en aquellos días. Pero la perdí porque Speke no acudió al debate. La defección contaba entre las condiciones de la apuesta. El día anterior el hombre salió a cazar perdices, se le escapó un tiro de la escopeta y se mató. Parece que hubiera sido ayer, y sin embargo yo ya tenía catorce años. Speke era un hombre muy mayor ¿sabe?; de los treinta y cinco o treinta y seis no bajaba".

El tiempo era una goma elástica en manos de aquel juglar de los almanaques, capaz tanto de insertar tres meses en el oktaeteris griego como de sustraer una semana de sesenta días del calendario chino. Pero Guy no pudo reir, como Mac, ni siquiera sonreir, porque se le formó un nudo en la garganta, nudo no de pena, sino de enternecimiento.

El explorador del Victoria Nyanza vivía, no en la piedra del obelisco del parque, sino en los tejidos, en las células de aquel supervivien

te trepidante; aunque quedaran contemporáneos de aquel Jolyon Forsyte - no muchos - Speke empezaba ya a desvanecerse como vivencia, como latido, en este mundo que cada treinta años borra y hace cuenta nueva. Para aquel puñado de supervivientes había logrado pasar después de muerto ¡oh proeza! al haber de dos de aquellos balances implacables. Era el saldo de una contabilidad de héroes victorianos, y el recuerdo de su querella geográfica todavía hacía temblar un rincón del cerebro del viejo Jolyon, al que daba una gana loca de devolverle sus seis peniques.

¡"Una suma enorme para mí"! ¡Pobrecillo! Speke. Seis peniques. Es posible que con aquel ajuste de cuentas, luego de una ligera demora de 78 años, Jolyon se tranquilizara un poco por dentro, pese a lo frenéticamente que cambiaba el mundo; no todas las gentes de fuera tenían que ver, ni siquiera en su pasividad, con los creadores de las cámaras de gases o los autores de la liquidación del "ghetto" de Varsovia, los mismos que vendían al por mayor a las fábricas, como si fuera manteca de cerdo, la grasa humana recogida en los hornos crematorios de Buchenwald o Auschwitz).

Dejado Speke en su obelisco, el desfile, el paso abigarrado de las imágenes del álbum continuó, siempre prismático y angustioso.

Nélida: un "leit-motiv" que reaparecía periódicamente en la vida de Guy desde los 23 años de éste formando, a lo largo de los diez que pasó todavía en Montevideo, una serie de "intermezze" que oscilaban entre lo romántico y lo absurdo.

Si, desde la primera excursión campestre a la que fueron juntos dentro de un grupo muy grande de gente joven, él no hubiera advertido, como profesional de la timidez que era, que Nélida lo superaba en sus mejores (o mejor dicho, peores, marcas de difidencia frente al mundo) el gran placer que Guy experimentaba siempre al verla se habría ido

convirtiendo en una adhesión sentimental más sólida, más capaz de permanencia. ¡Pero dos tímidos juntos! ¿Adónde podía conducir aquello? La tercera vez que charló con ella en un teatro después de aquel "picnic" en "La Boyada" - un aparador de amigos mutuos que acababa de inaugurarse en la carretera a Colonia - Guy quedó encantado. La examinó, la escuchó, y después de dejarla, la repensó. Le gustaron la figura de la chica, suelta y elástica gracias al "tennis"; su discreción, su finura, sus breves sonrisas, el impulso de corza asustada que dictaba alguno de sus gestos, o sea, la franqueza de su timidez, tan distinta del disimulo insolente con que él plantaba sarcasmos, pegaba manifiestos y paseaba oriflamas por todas partes, dando cuenta del carácter desesperado de la suya.

Dos días después de ese encuentro Guy confió esta inclinación suya a un compañero de oficina, mordaz, divertido, chancero, que al felicitarlo por su buen gusto le echó encima al mismo tiempo, absolutamente sin querer, todo un tanque de agua helada. "Gran negocio, petizo Delatour: al padre de ella, el viejo Bonino, con todos esos edificios que está construyendo, no lo matan por menos de dos millones de pesos" (frase corriente con la que, sin saberlo nadie, se estaba apuntando a un futuro de pesadilla en que la importancia del hombre - y su propia vida- se medían por el rescate que pedían sus secuestradores, los nobles enemigos del no menos noble capitalismo).

La idea de casarse por dinero, de venderse, era propia de las mujeres - madres e hijas - a quienes la sociedad estimulaba en esos tratos. En su decadencia, el Occidente había producido desde fines del siglo XIX un ejemplar de varón prostituido que recorría salones y balnearios - desde Hanover Square hasta las "villas" de Anacapri - en busca de "debutantes" con dinero de las que recibir, una vez casados y debidamente divorciados, una gorda pensión mensual, que aumentaría luego con

nuevas bodas y nuevos divorcios. Nabokov elevaría luego esta arte novecentista a la categoría de un nuevo mito del sexo y del dinero, aunque sus esposas no elogiaban sus proezas de alcoba tanto como sus mimos retóricos y sus atenciones de enfermero: el Don Juan de las cuentas de banco era un animal nuevo, tan inteligente y diestro como un delfín, en una época de inesperadas mutaciones. Pero un uruguayo de 1933 - y aún de 1963 - del que pudiera sospecharse que se unía por interés a una mujer, podría recuperarse difícilmente de esa vergüenza.

Hubo un puñado de jóvenes góticos que se atrevieron a esas alianzas, pinchados y perseguidos por las candidatas, que luego de asegurárselos los insultaban sistemáticamente y convertían su vida en un infierno. Pero Guy, Guy con su desinterés por el dinero, con su generosidad orgánica - que no habría sido suya si él no la cultivaba con sus cuatro cuartos - ¿casarse con una mujer rica? Sólo podía concebir algo peor: dedicarse a los negocios o a la política, dos cosas por las que sentía una aversión suprarrenal. Más valía lavar platos en un hotel, como George Orwell, si no se encontraba cosa mejor que hacer.

Y así, en otra difícil secesión, archivó "el caso Nélida", aunque no su imagen, que resucitaba siempre que alguna perspectiva de mejorar económicamente o alguna pausa en la batalla doméstica lo empujaba a soñar, su defecto - o cualidad - más rioplatense. (Soñar no cuesta nada). Suponer, tampoco. "Supongamos" se decía " que me acepta. Aceptarme equivaldría a negarse a recibir un solo centavo de su padre; yo no podría permitirlo. Y eso sería renunciar a todas las comodidades y hasta los lujos que tenga ahora. Es mucho suponer, demasiado. Y mucho pedir, también".

Años después sospechó Guy que aquellos millones que tanto lo trababan quizá estuvieran más en la fantasía de su compañero de oficina que en los libros de caja del viejo Bonino: pero ya era tarde. Timidez versus timidez, y entre ambas timideces la sombra de la sospecha de su venalidad, en la que solamente él pensaba; exquisito melodrama a la Henry James que nadie imaginaría al ver hablar o bailar a Nélida y a Guy en el Club Uruguay o en el Parque Hotel.

Pero derrumbando todos esos parapetos, de repente, como un sarampión, brotaba en él una crisis de entusiasmo y enviaba a su exquisita amiga unas flores con una carta. Las íntimas de ella le hacían traición y decían que se había encerrado dos noches con aquellos pliegos llenos de cosas legibles pero poco creíbles y se las había pasadd llorando. Pero él no podía creerlo. Nélida y Guy eran dos personas esencialmente honestas y sinceras, pero ninguno de ambos se lanzaba a decir la verdad. ¡Maldito, execrable miedo al puto mundo, indomeñable miedo que los obligaba a enmascararse en esa forma! Porque con esa máscara, él presentía que nunca podría haber verdadera confianza entre los dos, y, cobardemente, no reconocía que era a él a quien correspondía suscitarla.

* * *

Como puro sueño impuro, flotó por fin entre aquellos rostros de mujer la boca insolente de Blanca, que tendría en su vida la gran virtud de seguir siendo un sueño para Guy, aún arañando los 90 años: Blanca la del mundo - en el Uruguay no había "gran" mundo -, espigada, inquieta, insolente, elegantísima, pendiente de los ojos admirativos de media docena de hombres, adorada por un marido que no podía dejarla, madre irreprochable de dos hijos educados mejor que los de casi todas las castas madres catoliquísimas de Montevideo; mujer ubicua, que había inventado el "speed reading" saltándose cinco renglones de un libro pero adivinando con la piel la esencia de lo que decían todos los grandes ingenios contemporáneos; Blanca modelo de frivolidad y, a la vez, de inteligencia; alfa y omega de toda fiesta y ejemplar favorito de la calumnia suburbana, que cada semana le inventaba - y siempre sin razón - un nuevo amante o un nuevo escándalo. Frente a ella - personaje puramente uruguayo - la Odette Swann de Proust era, en los gustos, en sus ropas, en la estampa, en el perfume de su personalidad, como una especie de Madame Verdurin en los comienzos de su resistible ascensión mundana.

Guy la veía como la verdadera esencia de Europa, contradictoria y profunda; también la soñaba como único instrumento posible de ciertas perversidades de alcoba que tendría que aprender en esos brazos calificados de ultrasabios por la maledicencia de la ciudad.

A la distancia, entrevista en fiestas, o cerca, bailando con él de ves en cuando, dialogando con él en una mesa de un "club" o en la mesa de té de una parienta de su madre, comentando con él sutilísimamente y en cuatro palabras un espectáculo de una "trouppe" francesa que no era posible que hubiera visto - porque se había pasado casi toda la representación discutiendo sabe Dios qué tras la cortina de un antepalco - aquella mujer era para Guy lo inalcanzable, lo inefable, la condecoración máxima a que poder aspirar en la vida. Pero había perdido el tiempo sufriendo y tartamudeando como una ametralladora. Y de repente cruzó los retazos de cielo londinense una pregunta: ¿Se pierde el tiempo sufriendo?

En cualquier caso, todo era culpa de él, de su loca aspiración a ser olímpico, sereno, dominador, físicamente luminoso.¡Si aún con su tartamudez y sus huesos torturados y sus miedos y su falta de dinero se hubiera mostrado una sola vez, una sola, dispuesto a jugarlo todo a rojo y negro, a cara o cruz, todo pero todo: su personalidad, su peculiaridad, su pureza, su idealismo, su orgullo y su humildad intrínseca - dos reversos de una misma medalla -; pronto a hipotecar su vida entera, como un héroe de Pushkin! Bastaba el impulso; un primer impulso. Guy sabía que ella lo miraba como un hombre muy distinto de los demás; lo que no veía en ella era la ternura, que vino más tarde con Josefina.

Pero jugarlo todo a cara o cruz habría sido romper el muro de los axiomas tanguísticos que lo separaba del mundo y que le parecían todo ridículos: pero estaban en el aire, flotando, coloreando las actitudes y opiniones de cuanta gente conocía, viviera en las mansiones de la

ciudad vieja, en los apartamentos pequeñoburgueses, en los conventillos o en los burdeles. Era un código inescapable.

Blanca también sabía ser imperiosa, impertinente; y una risa que viniera de aquel teclado de dientes desafiantes, una sola carcajada de ella ante un gesto de timidez o de tartamudez por parte de Guy, podrían ser el golpe peor de su vida. Esta herida quería postergarla; por lo menos esto no, esto no. Se miraban a la distancia muchas veces como si no se conocieran, y él la rehuía y la admiraba, y se sentía como el seminarista miope que no podía salir del fondo de sus glándulas a gritar: "¡Vivo, estoy vivo! ¡Y te deseo locamente y te voy a hacer mía ahora, ahora mismo!"

¿Qué podía más en la memoria de su corazón aterido en este aire colado de los jardines y en esta luz tristísima: la sirena de gran área vital, la primera pasión, el trato relapso con el espejo de sus propios miedos, el gran amor de que fue objeto y al que no pudo corresponder?

El desamparo de amor que lo tenía como encerrado en una campana neumática había provocado hasta un montón de cartas a Julita, la Mélisande de una lectura teatral con música de Debussy que él había dirigido en la Universidad: Julita asustadiza también, como la heroína del poema de Maeterlinck, atrayente por su tan femenina necesidad de protección, menuda, rubia, y con unas manos cortas y cuadradas de asesino, que una vez le mostró con horror. Julita, bellísima y poética; la que mejor había hecho vibrar una cuerda retórica en la que latía su gran necesidad de querer; pero que después de leer un buen montón de cartas diarias, había sacudido la cabeza con la persistencia de un metrónomo. Peor que Mina: mucho peor; más obstinada, más perdidamente, como si Guy la hubiera invitado a suicidarse juntos.

Odile, ya en un momento más maduro de su vida (él le llevaba diez años) habría solucionado sencilla y artísticamente - sobre todo ar

tísticamente - el pleito del casto varón. Habrían flirteado por un tiempo más en tres idiomas y abundando en alusiones a Beatrice y Benedick, el Cid y Jimena, Millamant y Mirabell, Ondine y Hans, Violaine y Jacques, y se habrían divertido muchísimo juntos, como ya lo hacían en los días anteriores a la partida de Guy. En las fiestas en que aparecían el semblante de éste respiraba felicidad, y la gente a veces se lo decía con un poco de envidia. A Odile habría podido quererla tanto en el plano de la ternura de la sangre como en del "scherzo" intelectual. Pero al descubrirla se iba, se partía; ríos y océanos lo habían separado de sus amores (en un caso, todo un caudaloso río de timidez) y ríos de tiempo también. Era una historia que las grandes pausas, las sostenidas parálisis, parecían hacer interminable. Y ahora, avanzando por la avenida de Kensington Gardens, con la garganta cansada por tanta emoción antigua que resucitaba y le subía a la boca con gusto a sangre, Guy se encontró repitiendo con Jorge Manrique:

"No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vio".